CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

584

febrero 1999

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

DIRECTOR: BLAS MATAMORO
REDACTOR JEFE: JUAN MALPARTIDA
SECRETARIA DE REDACCIÓN: MARÍA ANTONIA JIMÉNEZ
ADMINISTRADOR: MAXIMILIANO JURADO

AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL

Cuadernos Hispanoamericanos: Avda. Reyes Católicos, 4
28040 Madrid. Teléfs: 91 5838399 - 91 5838400 / 01
Fax: 91 5838310 / 11 / 13
e-mail: Cuadernos.Hispanoamericanos@aeci.es

Imprime: Gráficas VARONA
Polígono «El Montalvo», parcela 49 - 37008 Salamanca

Depósito Legal: M. 3875/1958 - ISSN: 1131-6438 - NIPO: 028-98-001-6

584 ÍNDICE

DOSSIER
Las bibliotecas públicas

PUNTOS DE VISTA

CALLEJERO

BIBLIOTECA

DOSSIER
Las bibliotecas públicas



Biblioteca Nacional. Madrid

Entrevista con Luis Alberto de Cuenca*

Carlos Alfieri

–¿Cómo encontró la Biblioteca Nacional al asumir su cargo, el 4 de junio de 1996?

–Digamos que no encontré nada especialmente problemático en cuanto a la marcha de la Biblioteca. La encontré muy reformada, puesto que desde 1986, en que asumió la dirección Juan Pablo Fusi, experimentó una modernización importante, continuada por los directores que sucedieron a éste, Alicia Girón, Carmen Lacambra y Carlos Ortega. Durante esta etapa se ejecutó un plan de puesta al día basado en la informatización y reconversión de la institución, que de ser fundamentalmente una biblioteca para todo el mundo se convirtió en una más restringida, de último recurso, en un centro de investigación. Hace poco me comentaba el director de la Biblioteca Nacional de Argentina, Oscar Sbarra Mitre, que debía afrontar las necesidades derivadas del alto número de usuarios que concurrían cada día: casi tres mil. La suya es una biblioteca abierta, para todo el mundo. La nuestra, en cambio, está dedicada esencialmente al investigador; por eso contamos con una cantidad mayor de usuarios: alrededor de ochocientos diarios, lo cual es mucho, sin embargo, para el personal que tenemos. Aquí existen otras instancias bibliotecales, como las instituciones municipales y las públicas, que absorben a todos esos lectores de la novela de moda o del periódico del día. Nosotros creemos que es mejor especializar las bibliotecas, y de hecho esta tendencia está predominando en los países más avanzados, sin perjuicio de que en Argentina, por ejemplo, se siga el modelo tradicional y consideren que funciona adecuadamente.

Por otra parte, me enfrenté a una Biblioteca en perpetuo estado de obras; me temo que ése va a ser el aire que vamos a respirar en los próximos años. Afortunadamente, hemos recibido ahora un dinero suplementario que nos permitirá acortar el plazo de ejecución de esta fase de las obras: estaba previsto finalizarlas en el año 2002 y vamos a culminarlas en 1999. Pero luego quedará el jardín y quedarán flecos sueltos. Pienso que la historia grande

* *Director de la Biblioteca Nacional*

de la Biblioteca Nacional es también la historia de sus obras. Es lógico: ha sido preciso ir adaptando a los tiempos lo que se llamaba un Palacio de Bibliotecas y Museos, en donde coexistían, por ejemplo, la Oficina de Depósito Legal con los museos de Arte Moderno y de Arte Contemporáneo. Era una concepción clásica del pensamiento del siglo XIX, y del XVIII también, porque no olvidemos que el Museo del Prado era multidisciplinario en su momento; se trataba de hacer un centro de cultura en el que hubiese museos y bibliotecas: el Museo Arqueológico sigue existiendo, ocupa un tercio del cuadrado de la manzana, en tanto nosotros disponemos de los dos tercios restantes.

–¿Qué se está haciendo actualmente?

–En primer lugar, rentabilizar al máximo el espacio, multiplicar los metros cuadrados construyendo nuevos depósitos para albergar libros; luego, en respuesta al mandato social de habilitar la Biblioteca para el siglo XXI, se está cableando el edificio para adaptarlo a la creciente informatización con que funcionaremos. Claro, eso trae consigo una remodelación completa, una serie de obras muy complicadas que incluye también a los laboratorios, que no siempre están en óptimas condiciones. Por último, pretendemos convertir las salas nobles que dan a la calle en sede del Patronato, para que el diálogo de la Biblioteca con la sociedad se realice en un lugar acorde con su trascendencia. Creemos que los patronatos son fundamentales en cualquier estructura democrática y estamos decididos a potenciar el nuestro.

–¿Se ampliarán las salas de lectura?

–No, no es necesario. Hemos cuantificado el número de usuarios diarios, no sólo de la gran sala de lectura sino también de las que corresponden a las distintas secciones especiales, como Música, Cartografía, Bellas Artes, Raros y Manuscritos, y hemos llegado a la conclusión de que se cuenta con el espacio suficiente. Es más, la paulatina informatización del servicio incidirá en la menor presencia de lectores en el edificio, puesto que tendrán la posibilidad de acceder a los documentos en la pantalla de sus ordenadores. Esto no es jugar a la ciencia ficción: la gente utilizará las bibliotecas del siglo XXI, en gran parte, desde sus casas. Obviamente, existirán investigadores a quienes no les va a valer la digitalización por perfecta que ésta sea; para ciertos estudios necesitan «tocar» el manuscrito, por ejemplo. Pero siempre serán los menos. Estamos inmersos en un proceso de microfilmación, primero, y en ocasiones de digitalización directa. Una parte de nues-

tro banco fotográfico, que asciende a cerca de un millón de imágenes, ya puede ser consultada en pantalla.

–¿Cuál es el perfil del lector que acude cotidianamente a la Biblioteca Nacional?

–El perfil medio corresponde a personas de educación universitaria, con mayoría casi abrumadora de licenciados, muchos doctores, estudiantes de doctorado que vienen a hacer su tesis aquí, y profesores e hispanistas de todo el mundo que vienen en busca de ese libro o folleto raro que no tienen en sus bibliotecas. Tenemos bastantes visitantes extranjeros, sobre todo hispanistas, naturalmente, porque hay que decir que la Biblioteca Nacional de España está especializada en lo hispánico y en lo hispanoamericano. No gozamos de buenos fondos como para realizar investigaciones sobre anglística, o sobre literatura alemana o italiana, porque España, lamentablemente, ha tendido en su historia a la autarquía, y la verdad es que resulta muy difícil corregir ahora, en el plano de las adquisiciones, esa autarquía tradicional. A mí, por supuesto, me gustaría que aquí se pudiese estudiar también a Dante, Shakespeare o la Segunda Guerra Mundial, pero es realmente difícil alcanzar esa posibilidad. Debemos conformarnos con seguir alimentando y robusteciendo nuestra especialidad, por lo menos. En esta biblioteca se estudia sobre todo historia y literatura de España. También ciencia, pero fundamentalmente humanidades, de acuerdo con el espíritu de las bibliotecas nacionales, que se crean en el siglo XIX recogiendo iniciativas del XVIII. Historia y filología son las dos grandes áreas de privilegio aunque, por supuesto, no podemos dejar de mencionar cartografía y bellas artes. Poseemos una colección de dibujos increíble: varios de Velázquez, por ejemplo, de los pocos que se conservan; una colección de grabados de Goya impresionante, tal vez mejor que la del Prado, una riqueza en estampas inigualable. Destacable es también nuestro fondo de partituras. Digamos que haciendo este recorrido informal por las secciones más importantes de la Biblioteca nos damos cuenta de las características de sus usuarios, enrolados en general en el campo de las humanidades o de las ciencias sociales en su sentido básico.

–¿A cuánto asciende la cantidad total de volúmenes de la Biblioteca Nacional?

–Si hacemos la suma de todos los ítems nos salen aproximadamente catorce millones de piezas, para ser exacto, 13.923.509. Digo piezas, no

volúmenes; hay que tener en cuenta la distinción. Por ejemplo, cuando hablamos de periódicos diarios contabilizamos 1.610 piezas; una pieza es *ABC*, otra es *El País*, otra *La Vanguardia*, etc. Es decir, consideramos cada cabecera como una pieza, no todos los volúmenes o ejemplares que tenemos de ese periódico. Si contáramos volúmenes, sólo en periódicos podríamos llegar a una cifra astronómica, no sé, algo así como treinta o cuarenta millones de volúmenes, o muchos más. No quiero ni hacer la cuenta, se marea uno. Toda biblioteca nacional es una Biblioteca de Babel, que diría Borges, y todas aspiran de alguna manera a la exhaustividad: evidentemente, ninguna la consigue. Pensemos que la célebre Congress Library, de Washington: posee, creo, unos cuarenta millones de piezas, y sin embargo tiene también infinidad de lagunas. La biblioteca que reúna todas las bibliotecas todavía es un sueño.

–De esas casi catorce millones de piezas que constituyen los fondos de la Biblioteca Nacional, ¿cuántas corresponden a cada ítem?

–Aquí tengo la estadística. Los fondos de la Biblioteca nacional se distribuyen de este modo:

LIBROS (posteriores a 1830)	5.245.971
PUBLICACIONES PERIÓDICAS	84.000
CARTELES	1.539.125
FOLLETOS	3.756.855
MICROFORMAS	117.072
PARTITURAS	205.006
DIARIOS	1.610
MANUSCRITOS	25.000
INCUNABLES	3.000
IMPRESOS RAROS (anteriores a 1830)	237.970
DIBUJOS	20.386
GRABADOS	600.738
RETRATOS	35.000
FOTOGRAFÍAS	1.000.000
POSTALES	462.000
EX-LIBRIS	98.000
MAPAS	91 .250
MAPAS MANUSCRITOS	652
MAPAS MUDOS (carpetas)	553
ROLLOS DE PIANOLA	1.288
DISCOS	195.171
CASETES	86.133
AUDIOVISUALES	20.848
ARCHIVOS DE ORDENADOR	4.925
MULTIMEDIA	211
EFÍMERA	90.145

–¿Tiene la Biblioteca Nacional de España convenios suscritos con sus homólogas latinoamericanas?

–Sí, los tiene con las de varios países hispanoamericanos y existen proyectos en vías de realización con otros. Se trata de convenios-marco muy amplios que se pueden ir desarrollando en temas puntuales. Por ejemplo, hay un proyecto llamado A.B.I.N.I.A. que en este momento está funcionando muy en serio; consiste en configurar un fondo común de todas las bibliotecas nacionales iberoamericanas para editarlo en CD-ROM y ponerlo en la red, de manera que todo el mundo pueda acceder a un gran archivo de temas iberoamericanos y saber en qué biblioteca están los libros que se buscan. Dentro de este amplio proyecto que es A.B.I.N.I.A. hemos desarrollado un apartado de enorme interés: el *Novum Regestrum* (se llama así por seguir un poco el *Regestrum* de Hernando Colón, aunque en latín correcto sería *Regestum);* es una especie de movilización de todos los fondos antiguos –anteriores a 1800– de las bibliotecas iberoamericanas, incluyendo las de Brasil y Portugal. Esto significa agrupar todo el fondo documental y bibliográfico de la Península y América Latina, una tarea cuya importancia y trascendencia son notables.

–Usted es poeta, doctor en filología clásica, profesor de investigación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, bibliófilo y estudioso del cómic, entre otras cosas. ¿En que medida estas facetas profesionales y vocacionales facilitan o entorpecen su labor como director de la Biblioteca Nacional?

–Yo diría que son facetas diferenciadas que en ningún momento entran en colisión entre sí. Como bibliófilo, en verdad me encanta estar en la Biblioteca Nacional; cuando pienso que estoy tan cerca de unos fondos bibliográficos tan importantes siento un gran placer, pero no tengo tiempo para ir a visitarlos ni he tenido la menor opción de estar en relación íntima con esos tesoros. Entonces, cuando vengo como gestor a la Biblioteca me olvido de que soy bibliófilo, y cuando estoy comprando un libro o en una subasta de ellos me olvido de que soy director de la Biblioteca Nacional. No siempre es fácil: he sido toda la vida un asiduo de las subastas de libros, y en muchas ocasiones me sentaba fatal cuando un representante de la Biblioteca Nacional ejercía el derecho de prioridad del Estado para la adquisición de un libro en la cantidad última de la puja, como está establecido legalmente. Sigo asistiendo a esas subastas a las que siempre acude un funcionario de la casa que no soy yo.

–¿Cree, como Borges, que la biblioteca es la cifra del mundo?

–Creo que cifras del mundo hay muchas, y la biblioteca es una de ellas. Pero también lo es la baraja, por ejemplo. El microcosmos y el macrocosmos están interpenetrados; si uno ve un átomo en el microscopio electrónico está viendo a la vez el universo. Ahora bien, hay artículos más simbólicos que otros: pienso que el artículo biblioteca o el artículo mazo de naipes es más representativo del cosmos, o las matemáticas, que son un sistema paralelo al mundo que intenta explicarlo y cuantificarlo. Todos son artilugios que hace el hombre para ordenar lo inordenable.

–Indudablemente, Borges prefería como cifra del mundo a la biblioteca.

–Claro: «Yo, que me imaginaba el paraíso bajo la especie de una biblioteca». Esa frase resume el sentir de Borges respecto de la biblioteca, y también es curioso que emplee ese término escolástico, subspecie, con el genitivo de biblioteca, lo que le otorga una cierta visión medieval del mundo, justamente a él, que es un intelectual enormemente moderno. Pienso que Borges quiso manifestar así su respeto a la tradición, y nada encarna mejor la tradición que la biblioteca, porque aquí se guarda todo, lo bueno, lo malo, lo infame y lo maravilloso, lo que puede inducir al mal, lo que puede inducir al bien. Aquí no hay moral, en las bibliotecas está todo. Ya no hay infierno. Algunos, como el gran cineasta Luis García Berlanga, me preguntan a veces: «¿Hay infierno en la Biblioteca Nacional?» Se refieren a los famosos infiernos de las bibliotecas, donde están los autores malditos, el Marqués de Sade, por ejemplo. No, no lo hay. Como es lógico, se albergan todos los libros publicados por igual. Lo que ha habido alguna vez es censura propia de la casa, como la que trató de ejercer una señora muy celosa con las cuestiones de la moral –de esas que piensan que la moral es exclusivamente sexual–, que procuró eliminar las revistas pornográficas que iban viniendo en los primeros tiempos de la democracia. Creo que las bibliotecas se están profesionalizando cada vez más y asumen la responsabilidad de dar cabida a todos los productos de la cultura. Si desapareciera todo y sólo quedara una biblioteca tendríamos, por supuesto, una imagen del mundo.

–¿Cuáles son las bibliotecas que más admira?

–Probablemente dos, y ambas del mundo anglosajón: la Congress Library, de Washington, y la British Library, de Londres. Son las que más

admiro por su capacidad de gestión, por su dotación presupuestaria, por su organización y, desde luego, por sus fondos. La Biblioteca Británica, en concreto, tiene algunas de las cosas más hermosas, por ejemplo el Códice Sinaítico de la Biblia, encontrado en el Sinaí por un erudito alemán al servicio del zar de Rusia y posteriormente adquirido por el Reino Unido gracias a una suscripción popular. Hay otras bibliotecas que me parecen maravillosas, como la John Pierpont Morgan Library, de Nueva York, un modelo de biblioteca privada selecta –yo me quedaría con esa biblioteca particular– o la Juan V, de la Universidad de Coimbra. En fin, también son maravillosas las bibliotecas de cualquier *college* de Oxford o Cambridge: en ellas da gusto estudiar; cualquiera que sea la edad que uno tenga, allí recupera el entusiasmo por el estudio.

–Desde hace años se habla del fin de la lectura, del fin del soporte papel como transmisor de la cultura, y del auge de los medios audiovisuales e informáticos. Desde este punto de vista, ¿qué piensa acerca del futuro de la biblioteca?

–Creo que de momento la biblioteca no corre ningún peligro. En Estados Unidos, que tiene el mayor número de afiliados a Internet del mundo, la industria editorial sigue siendo una apuesta importantísima y no deja de multiplicar sus títulos. No tengo dudas, en cambio, en cuanto a que el funcionamiento tradicional de las bibliotecas sufrirá grandes transformaciones a causa de su creciente informatización. Como comentaba antes, en diez o quince años más habrá un porcentaje elevado de fondos bibliográficos digitalizados, lo que permitirá a los usuarios consultarlos desde sus casas y evitará, por lo tanto, su presencia en el recinto de las bibliotecas. Claro está que esto creará un enorme problema jurídico, por la no percepción de los correspondientes derechos de autor de los libros que están «vivos». En las últimas conferencias que hemos tenido los directores de bibliotecas nacionales del mundo hemos abordado de manera central el problema de los derechos de autor y de las fotocopias. Estos temas deben recibir en el futuro mayores precisiones jurídicas.

–¿Y cómo almacenarán las bibliotecas las revistas que sólo se difunden a través de medios informáticos?

–Ese es un problema tremendo con el cual ya me enfrento. En este momento están saliendo 250 revistas que sólo tienen soporte de red. ¿Cómo las conservo yo? ¿Las leo a diario y hago papel con ellas? ¿Las grabo en

disquetes? Como bibliotecario mayor de este reino tendría que tener todas grabadas y catalogadas pero me veo en la absoluta imposibilidad de acceder a todas ellas; no es sólo mi caso: los directores de bibliotecas de Londres, París o Washington alucinan frente al mismo dilema. Existen en estos momentos unos problemas de concepción de productos; luego está el problema del depósito legal de esas revistas que sólo se difunden por la red: es impracticable.

–¿Qué proyectos inmediatos tiene la Biblioteca Nacional?

–Hemos firmado un convenio con Fundesco, que depende de Telefónica, con el objeto de sentar las bases para la digitalización global de los fondos de la Biblioteca. Otro proyecto es culminar las obras cuanto antes y resolver el acuciante problema de la falta de personal. Como es sabido, desde 1992 no ha habido oferta de empleo público, para adelgazar el cuerpo del Estado, que estaba hinchado desmesuradamente. Me parece una medida justa y correcta, pero como todas las medidas globales, no contempla casos particulares. El de la Biblioteca Nacional es uno de ellos: aquí debemos prestar cada vez más y mejor servicio, pero nuestro personal es escaso. Hay más de 150 vacantes, que necesitamos como el comer, dotadas para esta institución, pero no pueden ser ocupadas. Creo que existe sensibilización por parte del Gobierno para afrontar este problema: hace poco hemos tenido contactos con el Ministerio de Administraciones Públicas, en los que ha sido de gran ayuda la intervención de Antonio Fontán, presidente del Real Patronato de la Biblioteca Nacional, un hombre de gran experiencia intelectual –es latinista, y da la casualidad de que ha sido maestro mío– y en la gestión pública.

–¿Cuál es el total de personal de que dispone la Biblioteca?

–Alrededor de 440 empleados. Lo ideal sería tener, por lo menos, 100 personas más.

–¿Y cuál es el presupuesto anual?

–Desde 1992, en que se superaron los 5.000 millones de pesetas, el presupuesto de la Biblioteca fue descendiendo: en 1997 fue de 3.700 millones. Afortunadamente, este año ha crecido mucho, porque ha habido un plan de inversión en instituciones culturales de cabecera, de mane-

ra que en 1998 el presupuesto ha subido a un récord histórico: 5.300 millones de pesetas. Fue una decisión del presidente del Gobierno destinar a Cultura los fondos que quedaron libres –unos 10.000 millones de pesetas anuales– tras concluirse el pago del Museo Thyssen-Bornemisza. De todos modos, nuestro presupuesto es muy bajo comparado con el de otras bibliotecas nacionales; la de Francia, por ejemplo, gasta el equivalente a la mitad de nuestro presupuesto general sólo en su sistema de seguridad.

–En la actividad de la Biblioteca Nacional existen aspectos museísticos importantes. ¿Qué piensa acerca de ellos?

–Me siento especialmente orgulloso de nuestro Museo del Libro: es moderno, interactivo, con técnicas multimedia, incluso con hologramas, por ejemplo de la historia del libro. Es muy agradable para los estudiantes, y para todos los públicos. Claro, esto también tiene que ver con la función de Casa de Cultura de la Biblioteca. Digamos que este es un centro de investigación y por tanto su labor bibliotecaria es básica, fundamental y nuclear, pero también es una Casa de Cultura y como tal tiene que mostrar sus tesoros e interesar a todos los españoles. Ya he dicho que en otro tiempo esto se llamaba Palacio de Bibliotecas y Museos, y se celebraban aquí exposiciones de pintura. Ahora se tiende a que las muestras tengan un carácter más relacionado con el mundo del libro, lo cual no obsta para que en ocasiones extraordinarias, como puede ser en el año 2000, la celebración de los 400 años del nacimiento de Calderón, se hagan exposiciones especiales, que comprendan libros, cuadros y hasta mobiliario vinculados con la época de determinado escritor u obra.

–¿Tiene un bibliotecario favorito?

–Tengo uno, pero me voy muy lejos en el tiempo, porque como soy de clásicas... Es Calímaco, que fue el bibliotecario de Alejandría en el siglo III a.C. Ya me gustaría ser tan buen organizador como fue él: escribió los *Pínakes,* un catálogo de la Biblioteca de Alejandría, y los fragmentos que se conservan de esta obra nos hablan de una organización de cada ficha tan extraordinaria y tan maravillosamente hecha que resulta insuperable. Además me siento muy cautivado por su faceta poética; escribió unos epigramas bellísimos.

–¿Cómo se imagina la Biblioteca de Alejandría?

–De una manera menos romántica que cuando era joven. Sabemos que su edificio estaba situado relativamente cerca del puerto y que sufrió una serie de incendios en distintas épocas, antes del supuestamente ordenado por el califa Omar por aquello de que habla de quemar los libros porque o eran el Corán o se oponían a él. Lo cierto es que los incendios eran la gran plaga que devastaba las bibliotecas de entonces, y motivaron el traslado de la de Alejandría a otro lugar. En ella se albergaban sobre todo los *volumina,* que eran los rollos de pergamino; para su conservación se tapaban con cera en sus extremos y quedaban como cilindros, que se volvían a abrir cuando se requerían. Pero me gusta imaginar la Biblioteca de Alejandría, fundamentalmente, como una metáfora del saber. Un arquitecto francés del siglo XVIII, Boullée, dibujó lo que concebía como la biblioteca ideal: un inmenso rectángulo, casi infinito, con barandillas y dos pisos, que se extendía kilómetros y kilómetros; así prefiero imaginar la Biblioteca de Alejandría.

–¿Cuáles son las piezas más antiguas que existen en la Biblioteca Nacional?

–Lo más antiguo que tenemos es medieval, del siglo IX, el *Calendario de Metz.* Antes del medievo sólo hay, prácticamente, fragmentos: el mundo de los papiros es esencialmente fragmentario, y eso gracias a que el desierto de Egipto nos los transmitió. Una de las joyas que poseemos es el *Skylitzes*, uno de los códices miniados más importantes de la cultura bizantina, que cuenta la historia de Bizancio. Me lo han pedido para varias exposiciones pero no lo he podido entregar, porque tiene tal grado de desgarro el papel que al abrirlo se cae polvo de oro de sus miniaturas. La conservación es el gran problema de estas reliquias bibliográficas: por eso pensamos hacer una colección en CD-ROM para que el público pueda acceder a ellas sin amenazar su existencia.

–¿Cómo está de espacio la Biblioteca Nacional? ¿Necesitaría edificios anexos o uno infinito como el que proyectó Boullée?

–Ya disponemos de una serie de torres en Alcalá de Henares que albergan todo el material que no es de consulta diaria. Este año se construirán otras dos y el funcionamiento de estos depósitos se irá robotizando, de modo que en el futuro todas las piezas se moverán sin manipulación humana.

La imagen del conocimiento

Manuel Blanco

Si alguna arquitectura ha sido capaz de tener su imagen vinculada permanentemente a un concepto esa era una biblioteca. El propio nombre de biblioteca tiene una doble acepción, por un lado nos referimos a la colección de materiales, libros, manuscritos, estampas, y a los instrumentos que nos permiten su manejo, esto es al contenido, y por otro lado al propio edificio, al continente. Con varios significados simultáneos que confluyen en una realidad arquitectónica. En unos casos nos referimos al nombrarla a la colección contenida. Cuando decimos que El Escorial albergaba la biblioteca del Rey de Marruecos estamos hablando evidentemente de la colección capturada por los barcos de Felipe II, no del barco que la transportaba, ni del edificio que la albergó originalmente. En otros casos, nos referimos a la institución: cuando hablamos de la Library of Congress en Estados Unidos, o de la Biblioteca Nacional Española, o de la British Library, tenemos normalmente en la cabeza la institución que representan, evidentemente gracias a la fuerza otorgada por los fondos que poseen y por sus instalaciones, pero hablamos más bien de una estructura que de una colección, independientemente de cuál sea su importancia o el edificio que la albergue. Otra cosa es cuando éste asume la carga, o mejor dicho consigue el objetivo, de representar a la institución como en el reciente caso de la Biblioteca Nacional de Francia, que se ha hecho cristal para habitar a orillas del Sena.

Muy pocos visitantes de Venecia al contemplar la biblioteca de Sansovino en la plaza de San Marcos, frente al Palacio Ducal, piensan en su origen como Biblioteca Marciana (1537-1554), construida para albergar la colección del cardenal Bessarione cuando huyó de la toma de Constantinopla. Su valor arquitectónico como magnífica pieza del paisaje urbano veneciano nos hace olvidar una parte de su función primitiva, en detrimento de la otra más evidente, la de constituir un elemento clave de la ciudad, que nos puede incluso entretener con los juegos de lenguaje clásico que experimentó Sansovino en la fachada de su lonja.

Sin embargo, no podemos olvidarnos de que a la vez que son edificios funcionales encarnan, también, la imagen del conocimiento, de que su des-

trucción, en el caso de Alejandría, llega a simbolizar el mito clásico del conocimiento perdido, y su mantenimiento en los monasterios, la preservación de la llama de la cultura en una edad oscura, que volverá a renacer en las bibliotecas de los humanistas. En un Renacimiento que pasará de las memorias del incendio de Alejandría, o de los restos todavía existentes de la biblioteca levantada por Adriano en Atenas a los nuevos espacios de Michelozzo en el convento de San Marcos (1437-44), claros y modulados, perfectamente proporcionados, o a la gran escalinata monumental de acceso al conocimiento, a la Biblioteca Laurentina (1523-59), que levanta Miguel Ángel en San Lorenzo en Florencia, encargada por el papa Clemente VII para acoger la colección de su familia, los Medici, y tan protagonista de la cultura del momento como su Capilla Medicea o las distintas obras de Brunelleschi con las que compone uno de los conjuntos arquitectónicos más importantes del Renacimiento italiano.

En El Escorial la biblioteca se dispondrá desde la gran fachada principal dominando el paso a su interior, al eje principal del monasterio. En una estructura en la que todo está simbólicamente controlado, no es fortuito que el paso al camino que desemboca en el santuario se inicie bajo el Conocimiento, pasando bajo la gran sala abovedada cuyo pavimento marca el eje principal del conjunto, o que se enfrenten en el Patio de los Reyes, llave del monasterio, en las dos fachadas de su eje, de un lado la iglesia y del otro la biblioteca. O que su disposición, respecto al convento y conectada con él, sea simétrica del coro, éste entrando en el espacio de la iglesia, la biblioteca lindando con el mundo exterior. Sus estanterías, diseñadas por Juan de Herrera, presentan el envés de sus libros, el canto interno de sus páginas, al espectador, ocultando hacia el interior su lomo, su nombre.

Podemos preguntarnos con Kahn, qué es lo que quiere ser una biblioteca (el propio Kahn responderá en parte a esta pregunta en Exeter), cuál es su cometido, cuál es el conjunto de tareas funcionales o simbólicas que debe seguir su forma. Esa idea del edificio, de cómo funciona y en qué niveles, de cómo refleja su cometido, ha tenido una serie de respuestas diferentes que han marcado la configuración de algunos edificios muy significativos, reflejando parcial o totalmente una respuesta propia a estas preguntas. Este concepto múltiple se ha materializado, se ha encarnado, si nos podemos permitir la expresión, de forma distinta a lo largo de nuestra historia arquitectónica más reciente simultaneando muchas veces distintos cometidos, si bien en algunos casos prevalece un aspecto sobre los otros.

El volumen

En muchos casos ha prevalecido el concepto de la biblioteca como el gran depósito, la torre donde se almacena el conocimiento sagrado, la imagen que Umberto Eco transmitía magistralmente en *El Nombre de la Rosa,* la torre emblemática que conservaba los restos del conocimiento perdido y que había que recorrer conociendo las claves, las signaturas, como un iniciado para poder llegar a él. Un espacio que en su versión cinematográfica nos recordaba esas perspectivas infinitas de los grabados de las *Cárceles* de Piranesi, de mundos dentro de otros mundos.

Esta idea de la gran torre-depósito en que lo más visible de la biblioteca es el volumen exterior que alberga sus fondos, la recogen muy bién dos universidades americanas, el gran depósito rojo de la Biblioteca de la Universidad Central de Caracas (1952), obra de Carlos Raúl Villanueva, y el perteneciente a la Universidad Central de México, cubierto éste por un gran mural de Juan O'Gorman que convierte su volumen en un gran símbolo de la identidad cultural mexicana.

Al contrario de este planteamiento de exhibir el depósito como símbolo principal de la biblioteca, Gordon Bunshaft, de la firma americana S.O.M., recogía en una de sus mejores creaciones, la Beinecke Rare Books Library (1961), realizada para albergar una de las mejores colecciones norteamericanas de manuscritos y libros raros, una idea casi religiosa, como si fuera un sagrario: la biblioteca como un espacio sacro protegido del exterior y en su centro refulgente un pequeño edificio de cristal conteniendo el depósito de libros raros. Bunshaft crea para la Universidad de Yale un espacio aislado, dentro de una gran caja de alabastro que tamiza a través de sus paredes la luz exterior y protege el núcleo interior transparente que alberga la colección, como en un juego de cajas chinas, una caja dentro de otra, y en el centro lo más precioso, la colección. La gran caja exterior se alza del suelo de la universidad sostenida tan sólo por cuatro pilares en sus esquinas, por lo que cada una de sus paredes es en su totalidad una gran viga Vierendeel, como un gran reja recubierta de granito y cerrada con alabastro.

El gran espacio

Otro de los elementos de su conjunto que asume el protagonismo es la sala de lectura. La gran sala que centra el espacio interior del edificio donde se agrupan y controlan las mesas de lectura, un único espacio de gran altura que permite una iluminación cenital y que aparece en casi todas las gran-

des bibliotecas de la segunda mitad del XIX. En un espacio único y circular en el caso de la Biblioteca Británica (1823-57), diseñada por los Smirke, o articulado en grandes edículos como la sala de lectura (1868), corazón y símbolo, hasta hace poco, de la Biblioteca Nacional francesa en su antigua sala de Richelieu, obra de Henri Labrouste. La disposición de este espacio emblemático en el centro del edificio, rodeado de libros, correspondía además a una organización en que los fondos estaban, en su gran mayoría, ocultos al público, y eran servidos desde los depósitos con un punto central de distribución, siendo así lo único visible de su función el trabajo de los investigadores en la gran sala que se convierte en símbolo visible de la Institución.

Boullée proponía en 1780 en su *Vista de la nueva sala proyectada para la ampliación de la Biblioteca Nacional* un gran espacio abovedado en que los libros eran los verdaderos protagonistas. En 1785 defendía su punto de vista en un pequeño panfleto titulado *Memoria sobre los medios de procurar a la biblioteca del Rey las ventajas que este monumento exige*: «Profundamente conmovido por la sublime concepción de Rafael, *La Escuela de Atenas,* he determinado llevarla a la existencia... La biblioteca tiene varios problemas. Hay un espacio insuficiente para albergar los libros. Están, también, diseminados por varias galerías, lo que hace que el servicio sea lento y la supervisión un problema... mi diseño transformaría un patio, de 300 pies de largo y noventa pies de ancho, en una inmensa basílica iluminada desde arriba... Porque nada puede parecer más grande, más noble, más extraordinario, ni tener una apariencia más magnifica que un vasto anfiteatro de libros. Imaginad este vasto anfiteatro, dispuesto en tercios, los empleados dispuestos de forma tal que puedan pasar los libros de mano en mano. El servicio sería tan rápido como la petición, por no mencionar que esto evitaría el peligro que a menudo resulta del uso de escaleras de mano».

Un espacio, en cierto modo similar, sería propuesto y llevado a cabo por Labrouste en la biblioteca de Santa Genoveva (1839-50), en París, enfrente del Panteón, substituyendo, eso sí, la gran bóveda por una solución técnica más acorde con los tiempos, dos bóvedas paralelas sostenidas por arcos decorados de fundición y cerrando su perímetro exterior una gran arcada, acristalada en su parte superior permitiendo el paso de la luz, mientras la inferior albergaba hacia dentro de la biblioteca una triple galería de libros y hacia afuera, en su fachada, lápidas de piedra con los nombres de los principales autores.

El paso a otras formas de gestión de los fondos con depósitos de libre acceso marcó un cambio importante en la estructura de los edificios. El arquitecto finlandés Alvar Aalto se convierte una vez más en el maestro de

unos espacios libres y controlados, en que la circulación de los usuarios y la disposición del puesto de control elevado, que permite una gestión del centro con un mínimo personal, diseñan por sí solos la planta y la sección de edificio en la biblioteca municipal de Vilpuri (1927-35). La luz natural, preciosa en esas latitudes, entra a través de una gran trama de lucernarios redondos que puntean todo su techo y se convertirá en uno de los rasgos característicos de su obra, apareciendo de nuevo en la biblioteca que realiza para la Caja de Pensiones de Helsinki (1952-56). En la ciudad de Seinäjoki (1963-65) proyecta nuevamente un espacio en dos niveles, con una parte de la sala semihundida, y con la sección de su techo cuidadosamente estudiada para introducir la luz. Las bibliotecas del politécnico de Otaniemi (1955-64), de Rovaniemi (1965-68), de Wolfsburg (1960-63) en Alemania, o de Mount Angel Benedictine College (1965-70) en Oregón, son otros tantos ejemplos magníficos del entendimiento funcionalista de su arquitectura.

Stirling concibe la biblioteca de su Facultad de Historia de Cambridge (1964-67) como una gran tienda desplegada entre las alas del edificio de la facultad, como un libro abierto que alberga entre sus páginas la sala de lectura dispuesta como un invernadero, en la mejor tradición inglesa, pero con una fácil imagen irónica de los universitarios como flores de estufa. Organiza el edificio con una disposición que permite controlar desde el puesto del bibliotecario, situado en su vértice, a los lectores agrupados en el hemiciclo en un nivel inferior, al mismo tiempo que se vigilan los depósitos de libre acceso cuyos pasillos están orientados radialmente hacia el bibliotecario vigilante. El edificio responde a una transcripción directa, funcional, de su programa. Al mismo tiempo que el despliegue estructural de la gran cubierta de cristal, sus paredes se configuran mediante superficies blancas rasgadas por los miradores que conectan visualmente con la sala de lectura, las aulas y seminarios de la facultad, semejando formas aerospaciales similares a los corredores de la nave en el filme *2001,* respondiendo así, tanto técnica como aparentemente, a una imagen acorde con el desarrollo tecnológico más avanzado.

El gran volumen de la Staatsbibliothek (1967-76) de Scharoun en Berlín alberga en su interior las distintas plantas que soportan las secciones abiertas de la biblioteca, cobijadas todas bajo la gran cubierta que proporciona unidad e iluminación.

El «qué quiere ser una biblioteca» es lo que se plantea magistralmente L.I. Kahn, uno de los mejores arquitectos de este siglo, cuando realiza la biblioteca de la escuela de Exeter. La gran escala del edificio se marca en el interior, en un espacio mítico que centra al hombre que domina desde él

toda la biblioteca a través de los colosales óculos de hormigón que revelan su interior, como una custodia, apareciendo a través de ellos las distintas plantas del depósito. Hemos pasado de la Beinecke, en la que los depósitos ocupaban el centro y los usuarios deambulaban peregrinando en torno a ellos, como en la mezquita de La Meca, a un espacio central desde el que se domina visualmente, paseando simplemente la mirada en torno, todo el conocimiento acumulado. Kahn invierte el concepto de Bunshaft y en lugar de ser los libros, el centro sagrado es el hombre, que observa y domina y selecciona, y luego se retira a la intimidad de su celda, a un espacio individualizado, a estudiar. La cultura es lo colectivo y el estudio una actividad privada, aunque evidentemente al tratarse de una universidad se exhibe en su propia fachada. Se trata de un entendimiento humanista muy distinto de los *scriptoria* medievales o de los renacentistas de Michelozzo para San Marcos o de Miguel Ángel para San Lorenzo.

Dos piezas de la ciudad

Las bibliotecas desempeñan un papel urbano clave no solamente como hito visible, como elemento primario de su trama, una de las piezas singulares que organizan su tejido, sino también como punto de referencia de su cultura, especialmente a finales del XIX, donde se disponen como el caso de Madrid en el Ensanche, en el nuevo eje Norte Sur, a caballo entre el Paseo de Recoletos y el recién creado barrio de Salamanca. En Madrid al igual que en Londres se presenta un edificio bifronte que suma las dos caras del saber enciclopédico, en nuestro caso la Biblioteca Nacional y el Museo Arqueológico (1865), obras de Francisco Jareño, el British Museum y la British Library (1823-57) en Londres, que encierran detrás de sus clásicas fachadas, en un ambicioso programa, la suma del conocimiento de la época. No en vano se crea poco antes, en 1857, un cuerpo de nuestra Administración encargado de su conservación, los Conservadores de Archivos, Bibliotecas y Museos, y así en paralelo el edificio del Paseo de Recoletos albergaría los tres campos hasta el traslado del Archivo Histórico a un nuevo emplazamiento.

No es solamente en los grandes museos donde se mantiene ese doble juego de lo uno y lo otro en el coleccionismo del XIX. Coleccionistas privados tan importantes como Sir John Soane, que entre las piezas de su casa museo incluía el sarcófago de Seti I, una de las esculturas del Erecteion y una de las mejores colecciones de Hogarth, eran a la vez grandes bibliófilos. Las instituciones académicas simultaneaban los dos campos; la Escue-

la de Minas de Madrid (1884-1922) obra de Velázquez Bosco, albergaba una gran biblioteca con una colección heredada de la Escuela de Almadén, fundada por Carlos III, y al mismo tiempo en una posición simétrica en la organización del edificio, su museo geológico, con el mismo fin didáctico y una disposición similar, una sala de doble altura con los libros en grandes vitrinas de cristal en las paredes y una galería superior para acceder a ellos, con una estructura muy similar a la magnífica biblioteca neogótica, de fundición, del Palacio del Senado en Madrid.

Chicago y New York reproducen dos esquemas urbanos similares en su implantación del dipolo biblioteca-museo. En New York, el Metropolitan Museum (1880) y la Public Library (1899-1901,1911) marcan los dos principales hitos institucionales del lado oeste de la Quinta Avenida, dando fachada a dos grandes espacios verdes de la trama urbana de Manhattan. El Metropolitan está respaldado por el Central Park, mientras que los leones del pórtico de la Biblioteca Pública ocultan a su espalda Bryant Park en el baricentro de la ciudad, en el cruce de la 42 y la Quinta Avenida.

Esa dualidad se reproduce en el esquema de Chicago: el Art Institute (1893-1916) y la antigua Chicago Public Library (1897), ambos obras coetáneas de la firma sucesora de Richardson, Shepley, Rutan & Coolidge, flanquean en el Loop, en pleno centro de la ciudad, ambos lados de la avenida Michigan. El museo actúa de fachada del gran parque y la biblioteca como una de las piezas fundamentales de la fachada de la ciudad mirando al lago. Chicago, que ha mantenido su tradición arquitectónica, ha erigido recientemente una nueva Biblioteca Pública, destinando el antiguo edificio de la avenida Michigan a Centro Cultural de la ciudad. La Harold Washington Library Center (1991), obra de Hammond, Beeby & Babka, denominada en honor del primer alcalde afroamericano de la ciudad, muerto además en su propio despacho oficial, es un gran edificio monumental, una versión postmoderna de una gran fachada Beaux Arts, digna de figurar al final de un gran eje urbano pero difícilmente perceptible en su entorno actual.

París, casi un siglo después, repite ese mismo esquema doble, esta vez a lo largo del Sena, y desplaza su Biblioteca Nacional de las proximidades del Louvre a Tolbiac, en la orilla opuesta, revitalizando otro polo de su crecimiento y constituyendo una de las piezas fundamentales de la Gran Avenida arquitectónica contemporánea en que se va transformando el río. Louvre, Museo d'Orsay, Instituto del Mundo Arabe, Porte Monumentale, Ministerio de Finanzas, Biblioteca Nacional de Francia y Bercy mezclan sus siluetas con la Torre Eiffel, los Inválidos, el Instituto de Francia o Nôtre Dame, convirtiéndose en una de las piezas fundamentales del gran paisaje cultural francés.

Curiosamente, a finales del siglo XX los dos, biblioteca y museo, separados esta vez, han vuelto a constituir las grandes tipologías de moda en las inversiones políticas en arquitectura, en la demostración del interés de invertir en cultura, que se vuelca en los dos grandes representantes del conocimiento, más bien en aquellos dos grandes «almacenes» de sus producciones, en los museos y en las bibliotecas, en los dos grandes símbolos de los finales del milenio.

París implanta una gran pirámide en el Louvre como clave fundamental de la reforma del museo y oculta a los investigadores de su nueva Biblioteca Nacional en una gigantesca pirámide escalonada de madera, al borde del Sena, de la que emergen los grandes volúmenes de los depósitos como cuatro libros transparentes abiertos al bosque que alberga su interior. Los grandes fondos de la biblioteca se muestran al público, al aire, enseñando *urbi et orbe* el volumen inmenso de la cultura francesa. Mientras tanto los investigadores, en un recorrido iniciático, tienen que subir a lo alto de la gran pirámide para descender nuevamente a sus entrañas a través de una rampa mecánica que les introduce en el corazón oculto de la biblioteca, en torno al bosque secreto.

Su importancia como punto de identidad cultural, incluso nacional, quedaba evidente en el Berlín Oeste de los años sesenta. Tres eran las instituciones que reforzaban la identidad de la parte occidental de la ciudad dividida, casi en el límite con el muro, en las proximidades del Tiergarten: la Neue Nationalgalerie (1965-68), el nuevo museo construido por Mies van der Rohe, la Philarmonie (1960-63), la magnífica sala de conciertos construida por Hans Scharoun, y la Staatsbibliothek (1967-76), la gran biblioteca obra, también, de Scharoun. Una selección que es bastante reveladora del concepto cultural alemán.

Emblema académico

La imagen de las bibliotecas vinculada al mundo del conocimiento, la convierte en el edificio más representativo del mundo universitario. Ese vínculo indisoluble hace que Thomas Jefferson, que no solamente fue el presidente más ilustrado de Estados Unidos sino también uno de sus mejores arquitectos, dispusiera en su diseño de la Universidad de Virginia (1817-26), en Charlottesville, la rotonda de la biblioteca como foco del gran espacio del *campus*, con los distintos pabellones conectados a las dos aceras cubiertas que partían de ella. El primer plan maestro (1893-94) creado por McKim, Mead & White, para la Universidad de Columbia en New-

York, seguía el mismo esquema de Virginia, con la gran biblioteca en el centro del conjunto, actuando de foco, y todos los demás elementos de la universidad subordinados a ella. Su carácter de edificio más noble se veía reforzado al ser el único edificio enteramente de piedra y realzado por la serie de terrazas y escalinatas que conducían a ella. Este plan nunca fue completamente realizado y curiosamente uno de los edificios que sí fueron ejecutados por la firma fue otra biblioteca, Avery Hall (1912), probablemente la mejor biblioteca de arquitectura existente en el mundo y que acoge en sus pisos superiores la Escuela de Arquitectura de la universidad. Sí, usted ha leído bien, en Columbia es la biblioteca la que alberga la escuela y no al contrario.

Su importancia en el mundo académico era tan evidente que la Universidad de Pennsylvania, en 1887, avergonzada por el hecho de que era «la última sede de la enseñanza en el país sin una biblioteca», encarga a Frank Furness un nuevo edificio para su biblioteca (1888-91). Furness realizó uno de los edificios más poéticos y representativos de Filadelfia, que ha sido restaurado recientemente por Robert Venturi y cuya sala de lectura, evidentemente, ha sido hace poco uno de los escenarios de la película *Philadelphia*.

De igual modo, una biblioteca incardina en el *campus* de la Ciudad Universitaria de Madrid el símbolo de la cultura iberoamericana en el edificio que crea Antonio Fernández Alba para la Biblioteca Hispánica, en 1979, y por el que obtiene el Premio Nacional de Arquitectura.

Único vínculo

La importancia de la biblioteca fuera del mundo urbano es evidente, constituyendo uno de los pocos instrumentos que nos permiten relacionarnos con nuestra cultura en las pequeñas poblaciones, eso que llaman el equipamiento cultural. Es el propio Alvar Aalto el que en su obra más emblemática, el ayuntamiento de Säynatsälo (1950-52) nos muestra la importancia de una biblioteca en una comunidad rural, aislada en este caso en una pequeña isla situada en un lago al norte de Finlandia. En un conjunto en que la naturaleza entra hasta un patio dominado por la imagen arquetípica de la torre de la sala de juntas comunal, la biblioteca se erige como un elemento aislado, que aunque contribuye a cerrar el patio como corazón de la comunidad, sigue siendo el único edificio independiente del conjunto. Está en el centro, sí, pero relacionada con la población de una forma distinta a la organización administrativa municipal.

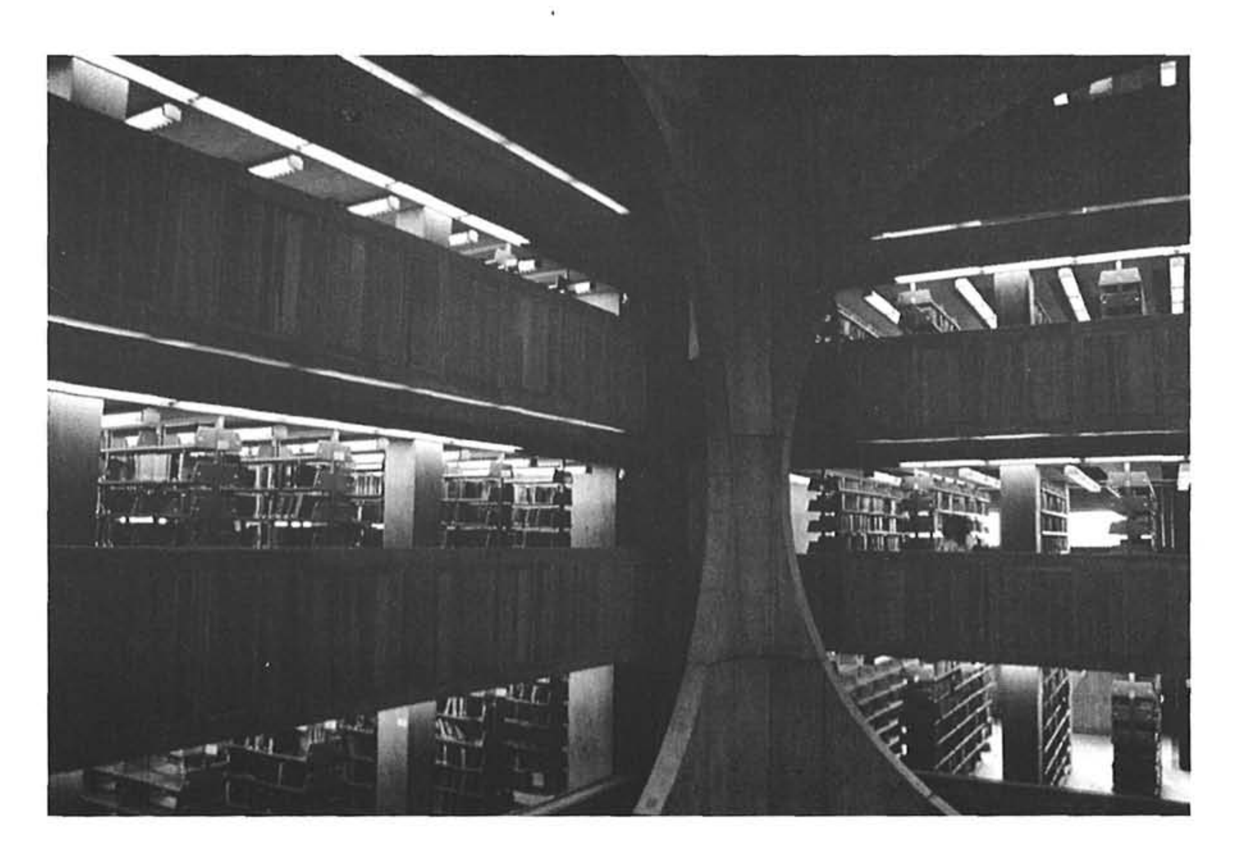
Ese vínculo primordial de una pequeña comunidad con el mundo cultural a través de su biblioteca no está tan claro actualmente en el reino de los *media*. Downtown Celebration, el centro urbano concebido por Disney, en su enclave de Orlando, como el «escaparate para el trabajo de alguno de los diseñadores más importantes de América» tiene: una oficina de ventas, el Preview Center, obra de Charles Moore, un ayuntamiento de Philip Johnson, un edificio de correos de Michael Graves, un banco de Robert Venturi y Denise Scott Brown, una Teaching Academy y una escuela, obras de W. Rawn, un cine de Cesar Pelli, una gran variedad de edificios de Robert Stern, incluyendo un restaurante y un hospital clínico en sus proximidades, así como un gran complejo administrativo realizado en sus cercanías por Aldo Rossi, pero no hemos logrado durante nuestra visita encontrar, ni tampoco en la cuidadosa publicidad arquitectónica de la pequeña ciudad, ni rastro de un edificio dedicado específicamente a biblioteca pública. En algo tan cuidadosamente planeado, como todas las operaciones de Disney, no puede ser un olvido, sino una falta actual de demanda social; puede ser que refleje realmente, según dice Stern, los «términos de lo que sabemos de cómo la gente vive».

Los nuevos sistemas

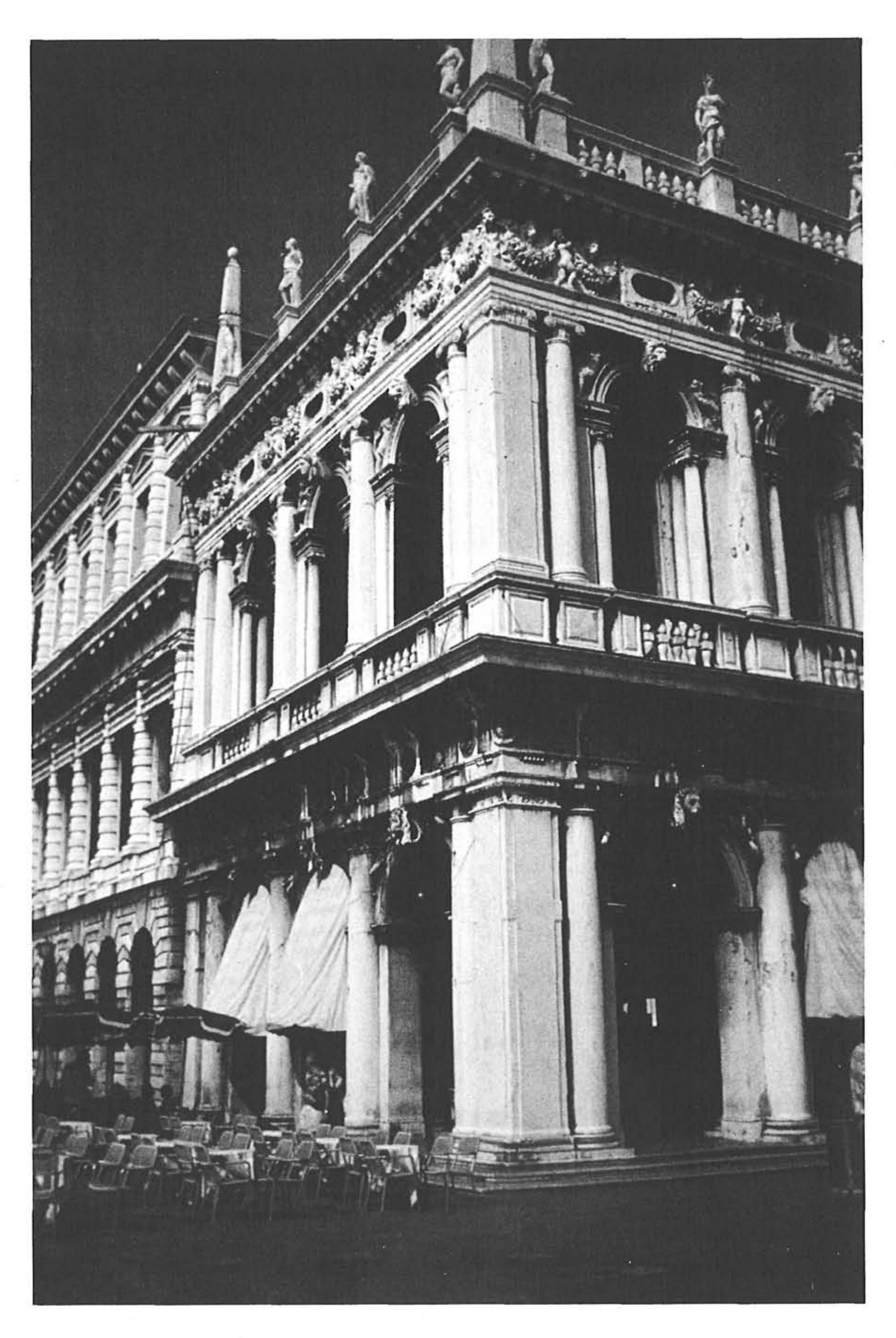
Las nuevas tecnologías están permitiendo una mecanización, en constante incremento, del proceso de servicio en las bibliotecas. La nueva biblioteca del Congreso de los Diputados romano combina una magnífica restauración neorrenacentista con los últimos sistemas diseñados de transporte automático. Paris-Tolbiac simultanea, con una imagen arquitectónica tan fuerte que es casi una pura metáfora, el funcionamiento perfecto de su planta pública como una biblioteca de libre acceso que combina, por secciones temáticas, libros y revistas con puestos de trabajo. Desde ellos se puede acceder por un terminal a todo los catálogos de la biblioteca o realizar una conexión, vía Internet, con otros centros, al mismo tiempo que su mesa dispone también de un punto de enganche con la red de la biblioteca para nuestro ordenador personal. En estos momentos se está procediendo al traslado de sus fondos desde Richelieu a los nuevos depósitos por lo que todavía no podemos juzgar el funcionamiento de su nueva sala de investigadores, *au niveau du jardin*, o la rapidez de los sistemas de acceso a los libros en un organismo tan grande.

En el espacio virtual hemos dado un nuevo salto: ya no pensamos en las colecciones, o en los edificios, sino en los catálogos, en las bases de datos.

Cuando entramos o salimos, desde nuestra casa o despacho, de la red de bibliotecas de la Universidad de California, no pisamos el umbral del último edificio de Kahn en Berkeley, o de cualquier otro de los edificios de las bibliotecas de esa universidad, sino que hacemos una entrada en MELVYL, la base de datos *online* de la universidad. Columbia ya no es para nosotros una de los edificios de McKim, Mead & White sino CLIO, el nombre de su sistema, y nuestra propia Biblioteca Nacional empieza, ya, a ser Ariadna. Ya no vemos los edificios, nuestros nuevos pórticos son la página de entrada a un *website*. Nuestra imagen del conocimiento se transforma muy rápidamente en los últimos tiempos y comienza a estar más vinculada a una red global que a la «simple» y siempre compleja imagen de unas arquitecturas. Aunque esto sea cada vez más cierto, fenómenos recientes como la ya citada Biblioteca Nacional de Francia o el Museo Guggenheim de Bilbao en que la arquitectura, independientemente de su calidad intrínseca, trasciende su propio campo y se convierte en una poderosa imagen mediática, nos hacen volver a plantearnos cuál será en nuestro futuro, ya inmediato, la imagen del conocimiento. Puede que esté vinculada a un entendimiento mucho más global.



L. I. Kahn: Biblioteca de la Philips Exeter Academy



Sansovino: Biblioteca Marciana, Venecia

De los bibliotecarios, la información y la formación

Pilar Irureta-Goyena Sánchez

1. Introducción

«Los bibliotecarios serán de honrado nacimiento y buenas costumbres, excelentes en la lengua latina, teólogos, juristas o canonistas, y graduados en alguna de las universidades.» A mediados del siglo XVIII, en la creación del cargo de bibliotecario de la Biblioteca Real en España, encontramos las primeras especificaciones españolas del *curriculum* del profesional, un profesional al que se le pedía que fuera anticuario (porque antigüedades y medallas son un objeto particular en la biblioteca), humanista, lingüista, historiador, etc. Estas especificaciones determinan también de forma implícita la adquisición de determinados conocimientos por parte de los bibliotecarios, es decir su aprendizaje, y además vinculan (y en este caso por mandato Real) al bibliotecario con la enseñanza superior en una mención expresa a la universidad.

También en esa época, 1785, y en las bibliotecas públicas, se dice que «para su ordenación quiero que se nombre un bibliotecario que esté en la biblioteca las horas que le destinen con la obligación de enseñar la historia literaria (...)». Más relaciones con la enseñanza, con la necesidad de aprender, se establecen en las bibliotecas universitarias, donde se exigen bibliotecarios que enseñen, expertos en lenguas griega, latina y arábiga.

El objeto de esta enseñanza por parte de los bibliotecarios no son técnicas documentales, análisis documental, tesauros o clasificación, ni tampoco planificación o recuperación de información, sino aquello que entonces se encontraba en su universo. Y hay que pensar que la profesión, que entonces tenía que ver especialmente con los libros y las antigüedades, se ha enseñado, y los bibliotecarios se han formado desde siempre aunque no haya sido hasta el siglo pasado cuando se ha estructurado la vertiente académica, consolidada en nuestro tiempo en el caso de España.

Una reflexión sobre la formación en este ámbito, el de la biblioteconomía y la documentación, el de la información, obligatoriamente tiene que moverse en terrenos movedizos porque movedizo es el própio objeto de la formación en una disciplina cuyo función es organizar los conocimientos

humanos de la forma más adecuada para que todos podamos hacer uso de ellos. Además, la idea del cambio, que inunda la literatura profesional, ciertamente está muy presente en todo lo que tiene que ver con nuestra parcela de mundo, y es inseparable por lo tanto de cualquier consideración sobre la profesión y sobre su enseñanza.

Esta situación de variabilidad y también la relativa juventud de la integración en la universidad, entre otras cosas, hacen que la formación despierte un gran interés en multitud de foros y sea motivo de investigación para muchos de los profesionales y docentes españoles, que, en su conjunto han tratado este asunto desde muy diversos aspectos[1], y remitimos a estos trabajos para un estudio exhaustivo[2], pero resulta conveniente recordar someramente la evolución básica de esta formación educativa en biblioteconomía antes de llegar a la situación actual.

2. La perspectiva histórica

En general, hay que situarse en el siglo XIX avanzado para encontrar las ideas de necesidad de formación para los bibliotecarios[3]. Y, fundamentalmente, esto se da en el contexto del movimiento bibliotecario anglosajón, al amparo de profesionales que sientan los principios de la biblioteconomía moderna, coexistente con el surgimiento de las asociaciones científicas, y, en definitiva, cuando las bibliotecas adquieren importancia dentro de la sociedad como elementos de desarrollo a los que todos tienen derecho. Estas primeras escuelas fueron creadas deliberadamente para formar a los bibliotecarios profesionales, y por lo tanto era muy lógico el carácter eminentemente práctico de la formación que impartían, y no es hasta los años treinta cuando se produce un cambio de perspectiva desde la idea de entrenamiento de los profesionales hacia el enfoque con idea de

[1] *Un estudio del estado de la cuestión, con bibliografía seleccionada y sistematizada puede encontrarse en: López Yepes, José: «La licenciatura en documentación, marco formativo de un nuevo profesional»,* Revista General de Información y Documentación, *5(1), 1995. Ver también: Espelt, Constança y Pons, Amadeu: «La formació universitària en Biblioteconomia i Documentació a Espanya: estat de la qüestió». En:* Anuario Socadi de Documentación e Información, *Barcelona, Sociedad Catalana de Documentació i Informació, 1997.*

[2] *Especialmente, para una visión global, consúltese: Delgado López-Cózar, Emilio: «La enseñanza de la biblioteconomía y documentación: una perspectiva global»,* Boletín de la Asociación Andaluza de Bibliotecarios *(35) 1994.*

[3] *La primera escuela de biblioteconomía la funda Dewey en 1887; es la Library School, en la Universidad de Columbia, y en ella se realizan cursos y prácticas simultáneas en la biblioteca de la universidad.*

educación[4]. Digamos que poco a poco se van creando otras escuelas, y en 1937 se pueden contar 26 escuelas de biblioteconomía en Estados Unidos, para las que la ALA había elaborado unas normas de funcionamiento en 1925, en el inicio de una presencia de las asociaciones profesionales, en la formación de los bibliotecarios, que se va a continuar hasta hoy.

La historia de escuelas y bibliotecas a partir de entonces se ve muy influida por los acontecimientos que rodean a la profesión, sobre todo por la aparición de la documentación como disciplina, lo que da lugar a polémicas y enfoques diversos sobre la identidad, objeto, función y, lógicamente, forma de enseñar la profesión; diversidades que, en algunos casos, subyacen todavía hoy entre los profesionales, y que quizá fueron entonces irremediables, como son ahora las divergencias actuales en los planteamientos, porque se derivan de la necesaria adaptación a la gestión de la información en cada momento.

En cualquier caso, el camino largo para la integración sistemática de las enseñanzas parece que dobla uno de los recodos importantes entre los años sesenta y setenta de nuestro siglo, en que se fundan una gran parte de los centros de enseñanza, no sólo en Estados Unidos, sino también en Canadá y Europa, donde el proceso es más complicado, y los estudios de biblioteconomía, aunque no son homogéneos ni están exentos de problemas, se pueden considerar ya en ese momento medianamente organizados de forma global.

Han pasado cien años desde las primeras acciones en este sentido, lo que no es mucho tiempo si pensamos que se trata de una disciplina cuestionada como tal, y que además varía muy profundamente con la situación de cada momento. No es un período muy largo. Se diría que los profesionales de la información se pueden ver encajados en el hueco que les corresponde dentro de una universidad que imparte enseñanza reglada, en un tiempo que ya es su tiempo, cuando entonces, igual que el duende mágico de los cuentos, aparecen la informatización, la globalización, la sociedad del ocio y a la vez de la competitividad, el valor añadido de la información, la calidad total y el espacio digital. Y entonces el espacio conquistado se tambalea un poco dentro de una situación que de repente cambia, y a la que hay que adaptar las enseñanzas, porque los que en realidad se tienen que adaptar son el propio profesional y el mismo objeto de la profesión.

[4] *Hay que recordar que, en realidad, esta dicotomía «teoría o práctica», «disciplina científica o técnica» en el enfoque de las enseñanzas va a ser punto de debate a lo largo del tiempo, y casi hasta hoy.*

3. La formación en España

En España, la evolución tiene algo de retraso con respecto a lo que se ha mencionado, y es en la década de los ochenta, y especialmente de los noventa cuando se configura y consolida el panorama de la enseñanza de la biblioteconomía en la universidad.

Como se ha dicho, existen en la bibliografía un gran número de aproximaciones a la historia y situación actual de la formación en biblioteconomía dentro de España. Muchos de estos trabajos exponen los antecedentes históricos, explican la creación de la diplomatura, licenciatura y tercer ciclo, exponen los planes de estudio de las distintas universidades españolas, comparan los programas, detallan los créditos de prácticas, y realizan estudios de adecuación de estos planes en relación al mercado laboral. Remitimos a ellos para un análisis detallado de cualquiera de estos aspectos, aunque quisiéramos recordar algunos puntos básicos.

El primero de ellos es que los orígenes de la formación en España se pueden contemplar incluidos dentro del modelo continental, y, en general, no enmarcados en la filosofía del movimiento bibliotecario que imperaba en el ámbito anglosajón a finales del siglo XIX, lo cual no obsta para recordar el interés demostrado por intelectuales como Menéndez Pelayo en la formación de los bibliotecarios. Antes, en 1821, se habían creado en las universidades cátedras de historia literaria y bibliografía así como de numismática y antigüedades, que debían impartir los bibliotecarios. Y ya en 1814 se había establecido en la Universidad Central un curso de diplomática y otro de paleografía, que también impartían los bibliotecarios, antes de que existiera *l'Ecole de Chartres*, en Francia, reputada como la primera escuela de paleografía del mundo. Estos cursos pasaron a realizarse en la Escuela de Diplomática y Paleografía, creada en 1856, en donde realmente se inició la formación académica del bibliotecario en España, y en los tres núcleos de conocimientos (historia literaria, bibliografía y paleografía) está también el origen de la formación profesional.

El peso que tuvo la Escuela de Diplomática fue muy grande en la conformación de la profesión bibliotecaria en España durante el medio siglo de existencia, hasta 1900. De hecho, los títulos otorgados (paleógrafo, paleógrafo-bibliotecario, archivero-bibliotecario, bibliotecario, archivero y anticuario, sucesivamente) fueron mérito en un principio y más tarde único título valido, junto con el de Filosofía y Letras, para las oposiciones del Cuerpo de Facultativos. Como se ha dicho, las enseñanzas respondían a un tipo concreto de profesional, que debía estar versado en las materias contempladas dentro del programa: paleografía general, paleografía escrita y

literaria, historia de España, elementos de arqueología, y diversas lenguas tales como latín de la Edad Media, gallego, castellano de la época romance, etc. Entre todo ello encontramos también asignaturas propias y exclusivas de los bibliotecarios como clasificación y arreglo de archivos y bibliotecas, reglamentos de bibliotecas, métodos, y, más tarde, bibliografía, incluida en la clasificación.

A la Escuela de Diplomática siguieron las cátedras de bibliología, más tarde de bibliografía), en Madrid y Barcelona, dentro de la Facultad de Filosofía y Letras, con maestros como Pedro Sáinz Rodríguez, Simón Díaz, Rubió Lluch o Bohigas Balaguer. Y, al margen de otros intentos oficiales, hay que hacer mención a otros centros de formación. Especialmente al primero de ellos, la Escuela de Bibliotecarias de Barcelona, idea de Eugenio d'Ors, en funcionamiento desde 1915 hasta 1976, y dependiente de la Diputación, con programas que se fueron aproximando a los de las actuales escuelas, y germen de la actual Escuela de Barcelona. En Madrid, desde 1928, funcionaba la Escuela de Bibliotecarias del Instituto Internacional o de la Residencia de Señoritas, formalizada por la señorita Poley, que se había formado en Estados Unidos, y donde dieron clases, entre otros, Homero Serís y Elena Fortún. Además de la Escuela de Bibliotecarias de la Universidad de Navarra, creada por Alvaro d'Ors en 1967, hay otro centro que tiene una enorme importancia en la formación de muchos de los actuales profesionales, la Escuela de Documentalistas, en la Biblioteca Nacional, vinculada a la Dirección General de Bibliotecas, luego Centro de Estudios Bibliográficos y Documentarios, con formación a nivel de postgrado. Por último hay que recordar la Escuela de Documentación de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense, que tendría mucho que ver en la actual Escuela de Biblioteconomía de dicha Universidad.

El panorama no está completo, pero sí dice de los muchos intentos para establecer una enseñanza para nuestros profesionales, y dice también de la necesidad existente a lo largo de todo el siglo XX para la formalización de estas enseñanzas, que hoy están integradas en la universidad española con todos los niveles académicos. En el año 1978 aparece la diplomatura en biblioteconomía, por medio del Real Decreto en el que se faculta a las universidades para crear sus escuelas o facultades e impartir las enseñanzas. Se cierra entonces una época, marcada por reuniones, escritos, y entrevistas en que los profesionales dejaban constancia de sus demandas, y empieza otro tiempo de consolidación de esta integración de la biblioteconomía en la universidad.

En todo este proceso se pueden establecer distintas etapas según autores; como ejemplo, López Yepes propone una etapa de antecedentes hasta 1978,

otra etapa de la diplomatura, y una última de la licenciatura, iniciada en 1992 con la aprobación del Real Decreto por el que se crea el título de licenciado[5]; y Garrido propone los siguientes períodos: implantación de la diplomatura, extensión de los estudios, asentamiento del título universitario oficial y establecimiento de la licenciatura[6].

En cualquier caso, y al margen de estas y otras divisiones que se puedan hacer, la realidad es que actualmente se imparte la diplomatura en biblioteconomía en 10 universidades españolas[7], y la licenciatura en documentación en tres de ellas; los planes de estudios se ajustan a las directrices ministeriales con la autonomía propia de cada una de las universidades, y el tercer ciclo está también presente en forma de *masters* y programas de doctorado impartidos en varias universidades.

Por otra parte, no hay que olvidar la existencia en España de otros escalones de la educación formal, establecidos mediante la LOGSE en 1986, en forma de módulos profesionales que posibilitan la formación de técnicos especialistas en archivos y bibliotecas, con lo que quedaría completa la escala de niveles de profundidad en la enseñanza de la biblioteconomía.

4. Algunos aspectos de interés

Una vez expuesta la situación en España, retomemos el final del punto anterior; pensemos de nuevo en el colectivo que se ocupa de poner la información a disposición de otros, (españoles incluidos, a quienes contemplamos ya superados sus desfases), todos ellos con posibilidad de enseñanza formalizada, a cien años vista de los primeros bibliotecarios profesores, y situados en el epicentro de una sociedad de cambio. Dado por supuesto lo imprescindible de la formación en biblioteconomía, y también el hecho de que la formación que se está impartiendo influye positivamente en el desempeño de la profesión y, por tanto, en los objetivos de los profesionales de la información, la pregunta a formular, a formularnos, podría ser *a quién se forma para que haga qué*, pregunta que parece ser el verdadero punto en que basar cualquier reflexión sobre este asunto, para poder planteamos si la formación que se imparte es la adecuada.

[5] *López Yepes, José:* Sobre formación profesional y problemática laboral de los bibliotecarios y documentalistas. *IX Jornadas Bibliotecarias de Andalucía, Granada, 1996.*

[6] *Al respecto véase: Garrido Arilla, María Rosa. «Licenciados en Documentación: plan de estudios y mercado laboral»,* Revista General de Información y Documentación *3(2), 1993.*

[7] *Son Barcelona (1982), Granada (1982), Salamanca (1982), Murcia (1988), Zaragoza (1989), Madrid (Complutense y Carlos III, 1990), León (1990), Alcalá de Henares (1992) y Extremadura (1995).*

No se pretende en este trabajo encontrar soluciones mágicas ni siquiera puntos de vista originales ante algo sobre lo que escriben intelectuales y profesionales de prestigio. Pero existen algunos aspectos sobre los que se podría reflexionar, que tienen que ver con las bibliotecas y los centros, con la formación y la información, y que se exponen a continuación.

4.1. *La situación actual de la profesión*

La cuestión central de todo esto, como ya se ha dicho, apunta a lo que es hoy esta profesión. Qué debe hacer el diplomado, el licenciado en biblioteconomía o documentación. En la época de Tritheim, un bibliotecario adquiría los libros, los reunía en algún lugar, los ordenaba y organizaba, daba cuenta de ellos de alguna forma, posibilitaba su eventual consulta y los guardaba para el futuro. Con el tiempo todos los mecanismos para desarrollar estas funciones fueron cambiando y mejorando, y, con el tiempo también, se originaron algunos desplazamientos, distintos en las diferentes zonas del mundo, en la importancia que se daba a cada uno de estos procesos, de forma que en este siglo la tendencia a facilitar la difusión y la consulta adquirió una importancia significativa sobre el papel de la conservación, que había imperado durante muchos siglos.

«La vida es corta. Escríbela.» Es un reclamo de la firma Inoxcrom que estos días podemos encontrar como publicidad en muchos de los diarios, y bien vale aquí. Se escribía, se imprimía, y había muchos libros, de muchas clases, para ordenar y guardar. Así es que si se piensa en la evolución a lo largo del tiempo, aunque a partir de un momento determinado, y relativamente reciente, hace su aparición el usuario como elemento de interés en torno al bibliotecario, el objeto real sobre el que se trabajaba eran siempre los libros.

Las décadas de los setenta y los ochenta han empezado a desplazar todos los modelos mucho más allá de la presencia de ese usuario (que en algunos países llevaba ya cien años de existencia[8]). No es de objeto aquí analizar en profundidad el cambio de la sociedad, estudiado por un sinnúmero de autores, ni tampoco en lo que ha supuesto para la biblioteconomía. Es conocida y aceptada la relación entre adquisición y manejo de información, por una parte, y desarrollo de los pueblos y las instituciones por otra, desarro-

[8] *De hecho, hay que recordar que la creación de las primeras Escuelas de Biblioteconomía en Estados Unidos se produce en el contexto de servicio público que dio lugar a la revolución de las bibliotecas de finales del XIX y al establecimiento de la biblioteconomía como tal.*

llo que se ha convertido, al menos en teoría, en cosa de todos. Es conocida también la irrupción de la competitividad en la sociedad del bienestar, de forma que el nuevo orden mundial de la información propuesto en el que apoyar el desarrollo se ve alterado por esa competitividad. Y en todo esto, claro, tiene mucho que ver la información. Y las bibliotecas, y los libros; pero se habla de información, no de libros; es la información la que se maneja, se trata y se ordena.

Es un cambio profundo, que todos conocemos, y al que todos tratamos de adaptarnos, entre otras cosas porque la tecnología ha tenido mucho que ver en ello, y el camino de la tecnología no tiene retorno. Es difícil pensar en volver al epistolario tradicional cuando el correo electrónico nos permite comunicarnos con auténtica inmediatez, y así con tantas otras cosas. En uno de los periódicos de mayor tirada nacional, el escritor Félix de Azúa comentaba recientemente que su generación era la última generación que leía, y, al margen del alcance de esta afirmación, sí pareciera que la cultura impresa se tambalea, sin que se quiera decir que esto sea bueno o malo, únicamente una realidad. Alvin Kernan, en un artículo comentado por López Yepes[9], explica el abandono progresivo de la práctica de la lectura en las sociedades que se mueven en un marco tecnológico, explicación que es posible asumir en muchos puntos.

Por otra parte, el cúmulo de material informativo es inmenso. De hecho, ya en 1613 Barnal y Rich se quejaron de esta abundancia: «Una de las desgracias de esta época es la multiplicidad de libros; sobrecogen el mundo de tal manera que no es posible digerir la abundante cantidad de materia inútil que cada día se produce y se publica.» Huelga hablar de la multiplicación de los recursos informativos desde entonces hasta ahora. Y también este material es variopinto, y tampoco es necesario hablar de ello. Pero entonces, con más razón, es deseable su selección y es imprescindible su organización, es decir la organización del conocimiento que atribuimos como función a la biblioteconomía.

Esta es la situación. Y, en relación con nuestro marco profesional, las implicaciones son extraordinariamente importantes para organizar esa resolución de las necesidades de información de los usuarios, que es la función generalmente asumida para la que se tiene que formar. La revisión de las formulaciones propuestas por teóricos como Shera o Nitecki acerca del objeto de la biblioteconomía como una relación entre libros, conocimiento y usuarios nos conduce a pensar que los libros han cambiado, la información no es la misma, las herramientas para crear conocimiento son diferen-

[9] *Kernan, Alvin. «¿El adiós a la lectura?»,* Facetas, *1994 (2), pp. 68-72. Y López Yepes, José.* op.cit.

tes, y los usuarios también son distintos. Todo se ha movido de su sitio, y por lo tanto esa relación entre los elementos también. Expresado de otra forma, los puntos del trinomio tradicional en que se sostenía la biblioteca (libros, edificios y personal) tienen una importancia diferente y son difíciles también de situar.

La función del profesional de la información ante este cambio está documentada en multitud de trabajos, y digamos solamente que la flexibilidad y la adaptación propuesta por Michel Heery[10] son imprescindibles para este profesional que, en muchos casos, podrá no tener que ver con libros dentro de poco, aunque ahora formen parte de su entorno cotidiano. Su papel ha pasado desde custodiar el material bibliográfico a difundir la información; más aún, en esa difusión de la información, si en un principio dirigía el proceso de transferencia, se ha convertido en un simple intermediario, en vista de que el usuario sabe cada vez más lo que quiere y, cada vez también, sabe utilizarlo mejor[11]. Todavía más, ese usuario, que hemos transformado en un cliente, resulta que puede ser perfectamente un cliente a distancia, un cliente invisible, y cuyas necesidades acerca del tipo y forma de recibir la información varían tremendamente. De hecho, en algunos casos se empieza a pensar que el profesional de la información, no es sólo un gestor de información sino un creador de conocimiento porque ha pasado de proporcionar información a organizarla, y a organizarla tanto que en muchísimas ocasiones esa información elaborada es tan reelaborada que es nueva información, conocimiento nuevo. Esto se puede aplicar a los profesionales que trabajan en muchos ámbitos, universidades, empresas, centros de investigación o centros de toma de decisiones. Y, paralelamente, se mantienen los usuarios o clientes que no acceden a la información, valga la redundancia, por necesidad de informarse, sino por gusto, por entretenimiento, por diversión, como elemento de placer. Estos son entonces el universo, el tiempo y espacio en los que se mueve la información.

4.2. *Las características de la formación en biblioteconomía y documentación*

Otro aspecto a tratar son las características inherentes a la enseñanza de la biblioteconomía y la documentación.

[10] *Heery, Mike: «Cómo conducir el cambio a nuestro favor: las implicaciones del cambio organizativo, educativo y tecnológico para las bibliotecas universitarias»,* Boletín de la Anabad, *1996.*

[11] *Morán Suárez, Mª Antonia y Rodríguez Bravo, Blanca: «La formación y los profesionales»,* V Jornadas de Documentación automatizada, *1996.*

a) La dicotomía teoría / práctica

Seguramente la más importante de todas ellas, característica distintiva de la educación en biblioteconomía, es la dicotomía teoría / práctica, derivada de su propia naturaleza como disciplina orientada a la organización de servicios para facilitar el conocimiento, y cuyo enfoque resulta decisivo a la hora de elaborar un planteamiento de formación, y de pensar en la propia integración en la universidad.

Algunos profesionales y docentes hacen frente a esa tendencia a la práctica de que hablamos, manifestada en muchas ocasiones, y derivada del devenir histórico de esta disciplina, como es Manuel Carrión, quien argumenta lo conveniente de hacer doctrina en vez de limitarse a copiar modelos. Y una propuesta interesante y formulada en defensa de la necesidad de teoría y discurso biblioteconómico es la de Josefa Sabor, que presenta varias razones de apoyo.

La primera de ellas es la visión del *corpus* teórico como fuente de imaginación y creación, porque sólo con los principios y teorías los profesionales son capaces de crear, sin perderse en la realidad de lo exterior y cotidiano, teniendo en cuenta además que, muchas veces, la pobreza técnica y administrativa de los centros hace que los procesos o servicios que en ellos se prestan no puedan ser considerados como modelos de lo que realmente tiene que ser la práctica de la profesión.

Otra razón tiene que ver con los propios profesionales y con el significado de la educación. Se pretende, dice Sabor, fomentar en los profesionales actitudes y aptitudes críticas y dialécticas, más que formar individuos expertos en rutinas, y eso sólo se consigue con un discurso teórico sobre el que apoyar principios y discusiones.

Por fin, una última razón afecta a la biblioteconomía y documentación como disciplina. Una disciplina científica se fundamenta, en parte, en la investigación, y la investigación surge desde un cuerpo teórico que se va formando sobre nuevas aproximaciones al conocimiento. Y además es indudable que para los bibliotecarios, aunque lógicamente no todos se dediquen a la investigación, es importante conocer la información producida en su campo para enfocar adecuadamente sus actuaciones, para tomar decisiones, para valorar su propio trabajo.

Josefa Sabor propone como procedimiento para la educación en biblioteconomía un conjunto de mecanismos, entre ellos, el desarrollo de un procedimiento expositivo, la discusión en clase, los trabajos escritos, las conferencias y comunicaciones, la observación de centros y procesos, etc. Pero no deja fuera las prácticas en las bibliotecas, la metodología del estudio de casos concretos ni el contacto con los profesionales para el éxito de la formación.

b) La importancia de los profesionales

Este aspecto, la importancia de los profesionales, es otra característica de la formación en biblioteconomía y documentación, como ya se ha esbozado. Es cierto que hay que partir de unas bases teóricas en toda disciplina científica, pero en nuestro caso, la resolución de problemas en esta intermediación entre información y usuario tiene mucho que aprender de la experiencia. La batalla teoría-práctica no se ha producido porque sí. Aquellos que ya han llevado a cabo determinados procesos, y con más o menos éxito, saben cómo se deben realizar o no realizar, y por lo tanto, la experiencia de los profesionales es entonces fundamental, al margen de la necesidad del discurso teórico.

c) La adaptabilidad

También se puede hablar de otra característica de mucho interés, que es, como las anteriores, un requisito para el planteamiento adecuado de la formación. Es imprescindible ser adaptables. Adaptables en los procedimientos de enseñar, en los propios contenidos. Y así es precisamente por la naturaleza del mundo de la información, por todo lo que ya se ha dicho. Se trata de resolver problemas, unir información y usuarios, unir usuario y conocimiento, usuario y mensaje, intervenir en el proceso de la comunicación humana. Si los elementos que rodean este proceso son susceptibles de cambio, es obligatorio que la enseñanza sea adaptable a ello. Y recordemos que lo distintivo de nuestro tiempo es que el cambio se produce en mucho menos tiempo que el que una generación necesita para adaptarse. Entonces, si no revisamos y adaptamos contenidos es posible que, en un momento dado (y muy pronto), nos encontremos con que estamos tratando de enseñar la utilización de unos recursos que ya no sirven, o tal vez unos procedimientos que no son de uso, o incluso explicar (y no desde el punto de vista histórico sino para su resolución) determinadas situaciones que los alumnos ni siquiera pueden recordar porque no han conocido.

d) La amplitud y la interdisciplinariedad

Por último, parece conveniente hacer mención a otra aspecto, que es la amplitud de contenidos. Obligatoria en el caso de una profesión que se relaciona con tantas materias, desde las puramente técnicas como la informática a las tradicionalmente llamadas sociales como la psicología, la

sociología o la organización de empresas, además de pensar que la documentación puede estar especializada en cualquier área temática. Esta interdisciplinariedad se deriva del hecho de que la biblioteconomía se ocupa de resolver situaciones y ser nexo de unión; al unir distintas disciplinas científicas necesita de ellas para su investigación y desarrollo, y hay que tener en cuenta que las cuestiones no se pueden solventar dentro de los límites de una sola disciplina, porque ninguna tiene todas las respuestas a la complejidad de la situación y, por lo tanto, es necesario utilizar teorías, análisis, técnicas y tecnologías de cualquier disciplina que sirva para organizar la información con vistas a la creación de conocimiento por parte de los usuarios.

La necesidad de vinculación con otras áreas, (entre otras, todas las ciencias del libro, la psicología, la lingüística, la gestión y planificación, la informática), trata de resolverse con su inclusión en los planes de estudios de las diversas universidades, como respuesta académica a esta característica derivada de la misma esencia de la biblioteconomía.

4.3. *Consideraciones sobre la situación actual de la enseñanza*

El último punto de esta reflexión trata de reflejar algunas consideraciones sobre la situación actual. Recordemos que, en general, el planteamiento de la biblioteconomía dentro de la universidad está establecido a todos los niveles, como cursos para impartir un grado (de diplomado o licenciado) y como cursos para postgraduados (másters o doctorados), y también hay que considerar los cursos propios de esta especialidad que, además de figurar en los planes de estudios propios, se imparten en otras carreras para la enseñanza de la documentación especializada en otras materias. Las denominaciones más frecuentes de los titulaciones impartidas en Europa son *Library and Information Science*, *Information Science* y *Librarianship*.

En cuanto a los planes de estudios, hay numerosos estudios comparativos, tanto para España como en general. Estos planes de estudio responden, lógicamente, a esa necesaria adaptación de la que se hablaba, aunque hay que tener en cuenta que las estructuras, y más las académicas y administrativas, irán siempre un poco por detrás de lo que existe en la realidad. Los profesionales se preguntan: «¿Tiene algún sentido consagrar todas nuestras fuerzas a defender el último bastión de la enseñanza de lectura y la interpretación de materiales impresos? Sin dejar de atender esas actividades tan vitales para la sociedad, ¿no sería sensato empezar a desplegar grandes esfuerzos para desarrollar no sólo la alfabetización en informática sino también nuevos materiales audiovisuales que complementen la enseñanza

de las asignaturas básicas tradicionales?[12]». Y también: «¿Para qué hacer de ella [la catalogación] un elemento tan fundamental en la formación del personal si en el futuro con sistemas como los de la OCLC serán pocas las personas destinadas a estas tareas?[13]». Todo tiene que tener su tiempo para producirse, desde luego, pero los planes de estudios responden en la medida de los posible a estas preguntas, tratan de anticiparse a ellas, y buena prueba es que asignaturas relacionadas con las tecnologías de la información o con la gestión de la información están presentes cada vez en mayor medida en los planes de estudios de todas las universidades, y siguen en franco crecimiento. Las prioridades de investigación, ya en 1994[14], estaban muy alejadas del estudio de los sistemas tradicionales de almacenamiento y difusión de la información, y análisis comparativos más recientes demuestran la consolidación de esta tendencia. Y como temas para tener en cuenta en los planes de estudio, además de las áreas de tecnología, se apuntan la planificación de recursos humanos, la cultura de la organización, la estrategia de la planificación, la comunicación dentro de la organización, el desarrollo del liderazgo, el mecenazgo, la educación profesional continuada, o el aprendizaje en el trabajo.

Estos planes de estudio, en España y fuera de nuestras fronteras, contemplan siempre una parte de prácticas, más o menos duradera según universidades, en términos de créditos a cursar. Y tienen muy en cuenta la adaptación a las demandas del mercado, como demuestran las comunicaciones a congresos y seminarios que tratan este tema cada vez más en profundidad. Pero su adecuación a la realidad es permanente objeto de debate en estos y otros foros, donde se suele mencionar la distancia que existe entre las enseñanzas impartidas y la realidad con que se encuentran los diplomados o licenciados como factor a mejorar. Las perspectivas son diferentes según se manifiesten por parte de los docentes, los profesionales en ejercicio o la propia sociedad, representada por los administradores o responsables de contratación, y puede ser de interés aportar una pequeña muestra de estas opiniones.

Por una parte, las observaciones de los docentes más frecuentemente recogidas en la bibliografía tratan de la ineficacia de la selección que se realiza entre los aspirantes, que debería ser más rigurosa tanto en cuanto

[12] *Koenig, Marie Hélène: «Bibliothécaire: quel métier?»,* BBF *39(5) 1994, p. 68. Citado por López Yepes,* op. cit.

[13] *Delgado;* op.cit.

[14] *Según un estudio publicado en 1994, los porcentajes en el interés de la investigación eran entonces:* Library and Information Science *(13,0%),* Information retrieval *(10.0%),* Foundations and theory of information science *(9,5%),* Hypertext, hypermedia, multimedia *(9,5%, en crecimiento),* Information management *(8,5%).*

al número de alumnos para adecuarse a las demandas del mercado, como en lo que se refiere a la calidad para admitir a los mejores y conseguir una mayor investigación de calidad. Los profesores también se pronuncian por cursos la realización de cursos de biblioteconomía dentro de otras diplomaturas o licenciaturas y, paralelamente, la presencia en los programas de estudios de complementos de formación relacionados con otras materias.

En cuanto a los profesionales en ejercicio, que no siempre apoyan a las asociaciones profesionales (que parecieran su cauce de expresión más efectivo), son parte interesada en la dialéctica teoría / práctica de la que se ha hablado, y están de acuerdo en general con la educación teórica apoyada en un periodo de prácticas. Piden especialistas tanto en áreas de conocimiento como en temas profesionales, y proponen la inclusión del criterio de utilidad en la evaluación de asignaturas a incluir en los planes de estudio. En definitiva, son ellos quienes luego van a trabajar con los nuevos titulados y quienes verán de cerca si la formación responde a la realidad.

Los responsables de seleccionar y contratar al personal, en primer lugar, consideran la titulación como un factor positivo ya que es un criterio fácil para la selección, prefieren a los aspirantes con especialización técnica y, en realidad, buscan el empleado ideal, con conocimientos que puedan resolver los problemas de información que se presenten en cada centro.

Por otra parte, además de la regulación de las autoridades académicas, con la integración de la enseñanza en la universidad, hay que hacer mención al papel, ya esbozado, de las asociaciones profesionales en la formación que se imparte. En el ámbito internacional, la acreditación de las asociaciones como la ALA, la LA o la ADBS deja de ser un mérito para empezar a convertirse, cada vez con más frecuencia, en un requisito. Se acreditan profesionales, cursos, y también programas de estudios completos o Escuelas, de forma que, por ejemplo la acreditación de los MSS (*masters on Library Science*) de la ALA es muchas veces imprescindible para optar a un puesto de trabajo.

El *Committee on Accreditation* de la ALA, creado en 1956, el mismo año en que salieron los primeros *Standards for Accreditation,* ha establecido uno de los modelos con más prestigio para la certificación; actúa para Estados Unidos y Canadá, y con ocasión de la última revisión de las normas de acreditación, ha integrado entre sus miembros a representantes de otras asociaciones profesionales de Estados Unidos, la ASIS (*American Society for Information Scientist*) y la SLA (*Special Library Association*). La acreditación es un proceso voluntario, y pretende mantener la calidad

en la formación profesional, con criterios flexibles, más de calidad que de cantidad, y en el caso de la acreditación de las Escuelas, son puntos a tener en cuenta en los estándares no sólo la especialización y variedad de los programas, sino también la biblioteca, las instalaciones, y la bibliografía, entre otros. Un punto importante es la exigencia de que el programa esté garantizado por la universidad e integrado plenamente en ella. En parecida línea se mueven otras asociaciones como la LA, que mantiene además un registro de profesionales, o la ADBS, cuyo sistema de acreditación ha servido de base para los planteamientos en el caso de la certificación para España.

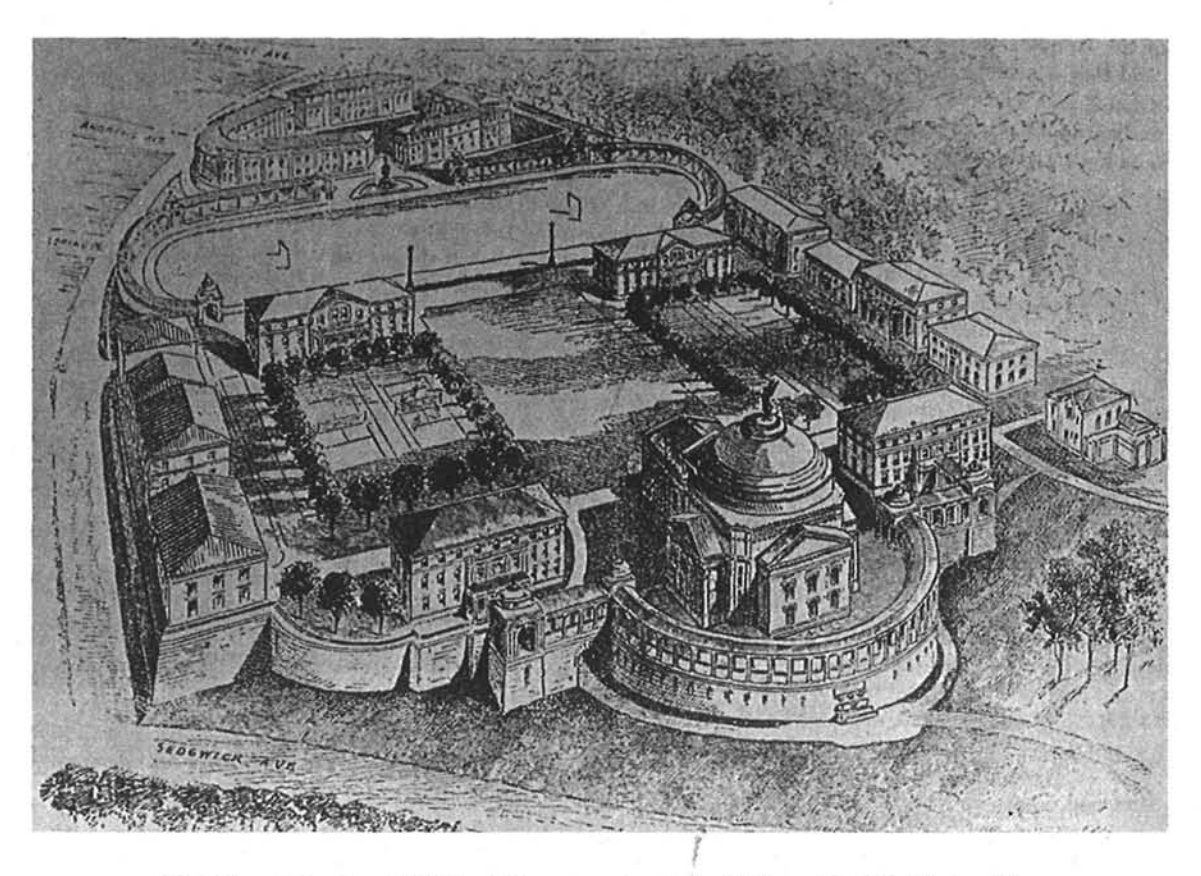
Para España, es cierto que la integración de las enseñanzas en la universidad ha llegado con un poco de retraso. Pero hay que pensar que en el curso de muy pocos años se ha llegado a una integración de las enseñanzas completa, la investigación avanza de forma muy esperanzadora, como lo muestra el aumento de publicaciones y tesis doctorales, y la regularización de los docentes, enmarcada en la LRU y su posterior desarrollo normativo, se puede considerar un hecho. Se puede decir que el autodidactismo, uno de los rasgos atribuidos a los profesionales españoles de la información, explicable por otra parte, pertenece a una etapa que empieza a terminarse. Y la preocupación constante por la armonización de las enseñanzas con vistas a la libre circulación de profesionales dentro de la Unión Europea ha hecho que actualmente podamos pensar que quizás ese desfase con el que empezábamos la década de los noventa ya está superado. Por último, el Plan de Certificación de documentalistas, bibliotecarios, archiveros y otros profesionales de la información está puesto en marcha desde 1997 por parte de la SEDIC, de acuerdo con la normativa europea[15].

5. A modo de conclusión

A modo de conclusión de esta exposición sobre bibliotecarios, información y formación, las palabras que Perian Danton formulara en 1950: «Una escuela de biblioteconomía no puede dirigir su esfuerzo exclusivamente hacia las necesidades y prácticas comunes y tradicionales de las bibliotecas; debe, además, fomentar lo nuevo, investigar lo viejo, reexaminar lo aceptado, experimentar lo no experimentado, y, en suma, convertirse en

[15] *Portela, Paloma: «La certificación de profesionales de la información y la documentación»,* Anuario Socadi de Documentación e Información, *Barcelona, Societat Catalana de Documentació i Informació, 1998.*

guía dentro de su especialidad.» Fomentemos lo nuevo, investiguemos lo viejo. Tratemos de experimentar lo no experimentado. Podemos convertirnos en creadores o no, no sabemos, pero sí es seguro que lo que hagan los humanos para continuar la civilización y seguir consolidando la sociedad seguirá dependiendo mucho de la forma en que se organice y facilite la información que ya existe y que se va produciendo, y eso tiene su importancia; igual que la ha tenido en todas las épocas y en todos los sitios, la misma que tenía en Alejandría, en la Biblioteca.



Mc Kim, Mead and White: Plan maestro de la Universidad de Columbia

Las bibliotecas en España

Victoriano Colodrón Denis

Pocos índices mejores del estado de salud de una cultura que la situación de sus bibliotecas; pocos síntomas más claros de los cuidados que una sociedad prodiga a su cultura –es decir, que se prodiga a sí misma– que los esfuerzos que dedica al mantenimiento de sus bibliotecas. Y es que todas las bibliotecas, cualesquiera sean sus funciones específicas, son, en un sentido amplio, instituciones culturales y símbolos de la cultura de un país.

Por otra parte, las bibliotecas de todo tipo forman parte del sector de la información, junto con otras instituciones, recursos y mecanismos, como los centros de enseñanza, las editoriales, los medios de comunicación social y las redes de telecomunicaciones, y participan en la cadena de la información como intermediarias entre productores y consumidores.

La clave del trabajo bibliotecario es el servicio a los usuarios, la adecuada satisfacción de sus necesidades específicas de información. Guiadas por esa idea, las bibliotecas han experimentado en los últimos años un importante cambio de paradigma, en el que ha ganado importancia el concepto de acceso: acceso a la información y al conocimiento independientemente de su presentación material (libros y revistas, discos y vídeos, microfichas y CD-ROM) y de su ubicación (acceso a la información almacenada en la biblioteca y a la disponible fuera de ella, en otras bibliotecas e instituciones o en las redes telemáticas).

Todo ello, basado en una renovada concepción de la profesión bibliotecaria, ha contribuido a superar con creces la idea –y en muchos casos la realidad– de las bibliotecas como almacenes de libros que deben preservarse del deterioro causado por un uso excesivo.

* * *

El propósito de este artículo es presentar la situación actual en España de los principales tipos de bibliotecas (escolares, públicas, universitarias y Nacional), exponer los avances que han realizado en los últimos años y apuntar los problemas a las que se enfrentan.

La situación de las bibliotecas españolas no es homogénea, ya que presentan diferencias importantes según su clase y su ubicación geográfica, en función del apoyo recibido de las administraciones o instituciones de las que dependen. Así, junto a casos de evidentes progresos, existen situaciones deficitarias por las que España quizá no cumpliría los criterios de convergencia europea de un hipotético Tratado de Maastricht cultural, y no podría por tanto formar parte del grupo avanzado de países de la Unión Europea.

Por otra parte, las mejoras materiales de las bibliotecas españolas en las dos últimas décadas son innegables, pero cabe sospechar que no se ha avanzado tanto en la calidad de los servicios, es decir, en su adecuación efectiva a los intereses de los usuarios.

* * *

La situación general de las bibliotecas escolares en España es muy deficiente, en lo que constituye un hecho singularmente grave, dado que son indispensables para la calidad de la educación. Como recurso pedagógico básico, brindan a estudiantes y profesores los medios necesarios para la docencia y el aprendizaje. Por otra parte, pueden contribuir a la formación de niños y jóvenes en la búsqueda, análisis y utilización de todo tipo de recursos informativos y documentales, habilidades imprescindibles en la Sociedad de la Información. En relación con ello, son fundamentales para el fomento de la lectura como placer, como medio de acceso al conocimiento y como vía para el crecimiento personal.

Ahora bien, las bibliotecas escolares en España, por lo general, están muy alejadas de este modelo. Muchas de ellas, reducidas a la condición de cuartos con libros y –en los casos mejores– salas de estudio, ni siquiera podrían considerarse bibliotecas con un criterio mínimamente riguroso. Por todo ello, el número de las que hay en España es un dato poco significativo. Más del 90% de los colegios e institutos públicos cuenta con una biblioteca, según datos de un estudio de 1996.

Ese estudio revela también que las bibliotecas escolares españolas no disponen de los medios materiales ni los recursos documentales necesarios para prestar los servicios básicos. Más grave aún es la práctica inexistencia de responsables de bibliotecas escolares con una mínima formación especializada.

Pero su principal problema consiste en que, incluidas por la regulación vigente entre las «actividades complementarias y extraescolares», no suelen estar integradas en la vida de colegios e institutos y funcionan al margen de sus proyectos educativos y curriculares. Su situación depende nor-

malmente de la voluntad del director y los profesores de los centros a los que pertenecen, sin que las actuaciones en este terreno de las administraciones central y autonómicas hayan tenido continuidad ni hayan conseguido avances significativos en la resolución de sus males.

* * *

Existen en España aproximadamente 3.600 bibliotecas públicas. Con esta expresión se designan en la terminología especializada no las bibliotecas que dependen de una institución o administración pública, sino las que están al servicio de una determinada comunidad (ya sea un barrio, un pueblo o una comarca) y atienden, normalmente de forma gratuita, a todos sus habitantes, cualquiera que sea su edad, condición social u ocupación.

Las bibliotecas públicas, como servicio bibliotecario básico de un país, contribuyen a garantizar la igualdad de posibilidades de acceso al conocimiento de todos sus ciudadanos. Son al mismo tiempo centros de información e instituciones culturales, fomentan la lectura y brindan apoyo a la educación formal y el autoaprendizaje. Para ello deben ajustar sus fondos, servicios y actividades a las características de la población a la que sirven y a sus demandas y necesidades específicas.

En España, como en la mayoría de los países, la biblioteca pública es un servicio local, el único de tipo cultural que están obligados a prestar por ley los ayuntamientos de localidades con más de 5.000 habitantes, aunque otros más pequeños también lo hacen. De las 3.600 bibliotecas públicas españolas, aproximadamente 3.300 son municipales. Caso aparte es el de las 52 Bibliotecas Públicas del Estado, situadas en casi todas las capitales de provincia y otras ciudades importantes, ya que están adscritas al Ministerio de Educación y Cultura y son gestionadas por las Comunidades Autónomas.

Pero al margen de su titularidad y dependencia administrativa, son las Comunidades Autónomas las responsables de la coordinación y el impulso de todas las bibliotecas públicas de sus territorios, a las que proporcionan servicios técnicos centrales y en algunos casos apoyo financiero. Por su parte la administración central, a través del Ministerio de Educación y Cultura, fomenta la cooperación entre los sistemas bibliotecarios autonómicos y contribuye al desarrollo de algunos de sus principales nudos.

En los últimos veinte años las bibliotecas públicas españolas en conjunto han experimentado un intenso proceso de mejora y modernización, favorecido por el progreso social y económico general de España y por la instauración del sistema democrático. En ese contexto, la causa directa de los

avances en las bibliotecas públicas son los esfuerzos que han dedicado a su creación e impulso muchos ayuntamientos y gobiernos autonómicos, además de la administración central, esfuerzos basados en la consideración creciente –aunque aún no generalizada– de la biblioteca pública como servicio público básico.

Pero los progresos han sido insuficientes, no tan intensos como los de las bibliotecas universitarias y muy alejados de los de otros servicios públicos, como la sanidad o la educación, acaso como síntoma del desconocimiento y la escasa preocupación social y política por el valor y el potencial de la biblioteca pública.

Concebidas como centros locales de información a la comunidad, las bibliotecas públicas españolas podrían agrupar, potenciándolos, otros servicios de información municipales que hoy tienden a ofrecerse de forma dispersa (turísticos, juveniles, de empleo). Pero la realidad es que en muchas ocasiones se ven reducidas a la condición de salas de estudio para niños y jóvenes, dadas las carencias de las bibliotecas escolares.

El mal más evidente de las bibliotecas públicas en España es la insuficiencia de recursos y medios de todo tipo (económicos, materiales y humanos). El problema no es tanto que haya pocas bibliotecas, sino que las que existen están por lo general mal dotadas, con colecciones ridículamente pequeñas y mal actualizadas, debido a presupuestos bajos e inestables.

Entre los problemas debe contarse también la escasa concienciación de los bibliotecarios acerca de las funciones de la biblioteca pública según el modelo aquí aludido y de los desafíos planteados por la sociedad de la información. Hacen falta nuevos estilos de gestión, ágiles y flexibles al tiempo que rigurosos, y aptitudes y actitudes profesionales en que primen los conceptos de comunicación y de servicio sobre algunas tareas técnicas como la catalogación. Ello contribuiría a extender en España una biblioteca pública consagrada a la atención a los ciudadanos en sus necesidades y demandas de información y lectura.

* * *

En el apartado de las bibliotecas universitarias y científicas hay que referirse a las bibliotecas de las sesenta universidades españolas y a las noventa bibliotecas de los centros integrados en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).

Estas bibliotecas, indispensables en su papel auxiliar de la educación superior y la investigación, son las que han experimentado un mayor desarrollo en España en los últimos años. El origen fue la Ley de Reforma Universitaria de 1983 y el consiguiente proceso de modernización y reorgani-

zación de la universidad española, favorecido por su nueva autonomía de gestión. También fueron decisivas las considerables inversiones económicas que las universidades destinaron a las bibliotecas.

Las mejoras son evidentes en muchos aspectos, empezando por los relativos a su organización y gestión, gracias, entre otras cosas, al aumento de sus plantillas y a la cualificación y capacidad profesional de sus bibliotecarios. Aparte del crecimiento y los progresos, en términos absolutos, de las instalaciones, los equipamientos y los fondos, hay que destacar el avance en los servicios, desde la extensión de los horarios de apertura hasta el empleo de las tecnologías de la información y la comunicación.

Por último, hay que referirse a la fructífera experiencia de cooperación desarrollada en los últimos años en el seno de la Red de Bibliotecas Universitarias (REBIUN), que recientemente ha obtenido el amparo institucional de la Conferencia de Rectores de las Universidades Españolas.

Con todo, también estas bibliotecas se enfrentan a algunos problemas, entre ellos los derivados de los males de la universidad española, como la masificación de algunos centros y los estilos de docencia y estudio más apegados a la memorización de los apuntes del profesor que a la investigación personal a partir de recursos de información variados.

El grado actual de desarrollo de las bibliotecas universitarias y del CSIC les permitirá afrontar otro de sus retos, el de la calidad de los servicios basada en la satisfacción de las necesidades de los usuarios, hacia la cual muchas de ellas han empezado ya a avanzar con reflexiones y acciones concretas.

* * *

La Biblioteca Nacional de España es, de acuerdo con su regulación legal, la «institución bibliotecaria superior del Estado» y la «cabecera del Sistema Español de Bibliotecas». Pero es mucho más: por su inconmensurable importancia cultural, la Biblioteca Nacional ocupa una posición central en la cultura española, sólo equiparable a la de instituciones como el Museo del Prado.

Y es que la Biblioteca Nacional es el primer centro depositario del patrimonio bibliográfico y documental del país. En virtud del Depósito Legal, ingresan en ella prácticamente todas las publicaciones españolas de cualquier tipo. Además la Biblioteca adquiere las obras editadas en el extranjero sobre España y los países hispanohablantes. Así, con unos incrementos anuales de más de 100.000 unidades, se enriquecen de forma incesante los fondos de la Biblioteca, que también atesora valiosísimas colecciones históricas acumuladas desde su creación en 1712 por Felipe V, tanto de libros

y manuscritos como de grabados, dibujos, mapas, fotografías, partituras, grabaciones sonoras y otras clases de documentos.

Su misión no consiste sólo en conservar ese rico acervo cultural, sino también en difundirlo, y lo hace mediante una variada gama de actividades y servicios dirigidos al público en general (información bibliográfica, exposiciones, Museo Interactivo del Libro, etc.), a investigadores y profesionales de distintos sectores (consulta y reproducción de obras, préstamo interbibliotecario...), y de forma especial al conjunto de las bibliotecas españolas (elaboración de normativa técnica bibliotecaria, control bibliográfico nacional, entre otros). En todos ellos la Biblioteca Nacional ha alcanzado importantes logros, como el de la automatización de su catálogo, ARIADNA, que sin haber finalizado contiene ya más de un millón de registros bibliográficos e información sobre dos millones y medio de ejemplares.

Pero la Biblioteca Nacional, una vez emprendida la última fase de las obras de remodelación de su sede central en Madrid, afronta aún importantes retos. Entre ellos se cuentan el refuerzo de su presencia y proyección en la comunidad bibliotecaria española –una de sus principales usuarias– y en general la mejora de todos sus servicios y acciones, en el marco de una definición precisa de sus objetivos y prioridades.

El aumento de la eficacia de la Biblioteca Nacional debe de redundar en el de su prestigio en la sociedad española, prestigio al que es acreedora por su riqueza y relevancia cultural.

* * *

Por fuerza, este rápido y sintético repaso de los principales tipos de bibliotecas en España ha dejado fuera otras bibliotecas de indudable importancia desde distintos puntos de vista.

Por sus funciones y su ámbito de actuación, además de su dinamismo e importancia crecientes, es obligado citar a las bibliotecas regionales o bibliotecas centrales de las Comunidades Autónomas, como las de Andalucía, Asturias, Castilla y León, Cataluña y Murcia.

Otros criterios podrían ser el patrimonio bibliográfico que conservan (por ejemplo, las bibliotecas de Palacio Real, del monasterio de El Escorial y de las Reales Academias), sus servicios a colectivos determinados (las bibliotecas especializadas, dependientes de instituciones diversas) o su importante labor de difusión de la cultura española en el extranjero (las bibliotecas de los centros del Instituto Cervantes y de la Agencia Española de Cooperación Internacional).

Para terminar es necesaria una referencia al marco legal y a la cooperación entre las bibliotecas españolas, como elementos indispensables para su desarrollo.

No existe en España una ley nacional de bibliotecas, pero sí hay leyes de ámbito regional en casi todas las Comunidades Autónomas. Al margen de las referencias a las bibliotecas que hace la Ley de Patrimonio Histórico al tratar sobre el patrimonio bibliográfico, el único marco legal de las bibliotecas españolas en su conjunto lo constituye el Reglamento del Sistema Español de Bibliotecas de 1991, que es insuficiente y ha quedado anticuado en algunos puntos.

En los últimos años se han puesto en marcha cauces, mecanismos e iniciativas concretas de cooperación entre bibliotecas del mismo y de distinto tipo, así como en el interior de cada Comunidad Autónoma y entre distintas Comunidades. A escala nacional la cooperación ha dado frutos tan evidentes como los de la Red de Bibliotecas Universitarias, el Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español y el proyecto REBECA de catalogación cooperativa entre bibliotecas públicas.

La intensificación de la cooperación bibliotecaria contribuirá sin duda a mejorar los servicios que los ciudadanos españoles reciben de sus bibliotecas.

Algunas direcciones de interés en Internet:

Directorio Español de Bibliotecas (Biblioteca Nacional)
(acceso desde http://www.bne.es/cat.htm)

Bibliotecas españolas en Internet (Univ. de León)
http://www.unileon.es/dp/abd/bibliot.htm

Biblioteca Nacional de España
http://www.bne.es

Biblioteca de Andalucía
http://www.sba.caan.es/raquel3.htm

Biblioteca de Castilla y León
http://www.bcl.jcyl.es

Biblioteca de Cataluña
http://www.gencat.es/bc

Biblioteca Regional de Murcia
http://www.ccye.carm.es/ccye/Cultura/Biblioteca/index.html

Bibliotecas Públicas del Estado
http://www.mcu.es/bpe/bpe.html

Red de Bibliotecas Universitarias de España (REBIUN)
http://www2.uji.es/rebiun

Red de bibliotecas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)
http://www.csic.es/cbic/cbic.htm

Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español
http://www.mcu.es/ccpb

Correo Bibliotecario: boletín informativo de la Subdirección General de Coordinación Bibliotecaria
http://www.bcl.jcyl.es/correo

La Biblioteca Hispánica y América

María del Carmen Díez-Hoyo

La colección de una biblioteca cuenta su historia

La mejor manera de conocer la historia de una biblioteca es dar un repaso a los libros y revistas que tiene. Las bibliotecas reúnen sus colecciones siguiendo los intereses de información de la organización de la que dependen y las indicaciones de los usuarios que las frecuentan. En principio poco pueden hacer de original y se limitan a recoger los libros y revistas que van apareciendo y al ritmo que salen. Pero aún a sabiendas de esto, se puede hablar de la personalidad de una biblioteca. Un paseo por las estanterías de los depósitos de una biblioteca nos cuenta su historia particular y privada, y en cierto sentido también la historia de los libros.

No hay que buscar con la urgencia de un investigador tras una obra concreta, sino más bien mirar con la curiosidad del bibliófilo o del conocedor de libros que simplemente se complace en verlos y reconocerlos. El conjunto de la colección aparece así como una obra completa, o como la edición de las obras completas de un autor que refleja el desarrollo de su proceso creativo. En el caso de las bibliotecas podemos ver la creación de muchos autores. El desarrollo creativo de todos ellos. Por algo se llama a las bibliotecas «memoria del mundo».

En los libros, colocados en los estantes de las bibliotecas, se representa el propio escenario de la investigación y sus líneas y preferencias, las metodologías empleadas, los enfoques diversos a una misma realidad y la influencia de métodos y observaciones en los resultados finales de la investigación. Se congregan las personalidades históricas de las ciencias, los movimientos literarios y sus figuras clave, los artistas plásticos y sus ambientes. Se muestra la misma historia de las editoriales, su esplendor y decadencia, la producción editorial institucional, la creación o desaparición de los centros de investigación: todo está recogido y contado en los libros.

La Biblioteca Hispánica nace unida al Consejo de la Hispanidad en 1941 y en esos años interesan los temas relacionados con Colón, el Descubrimiento y la Conquista, los Reyes Católicos, la evangelización de América. Quedan como testimonio las obras de la historiografía clásica, las crónicas

históricas y descriptivas, los libros de viajes y una magnífica muestra de catecismos en lenguas amerindias.

En 1947 se establece el Instituto de Cultura Hispánica que se ubica en el edificio que hoy conocemos como edificio principal de la Agencia Española de Cooperación Internacional, y con él la biblioteca.

La construcción de la colección bibliográfica continúa con recopilaciones de documentos históricos y legislación de Indias, las crónicas históricas de Solís, Dávila o Lorenzana y las historias de Prescott, Pezuela o Tapia. La bibliografía del XIX está bien representada en la biblioteca, tanto en su vertiente documental como en la historiografía de la época: las distintas ediciones de Fernández de Oviedo, Acosta y López de Gómara. Historias de países como la de Perú del Inca Garcilaso y las de Sebastián Lorente frente a la *Conquista del Perú* de Prescott y la colección de textos el *País del Oro* reunidos por Urbano Manini (1869), *El Orinoco ilustrado y defendido* de Gumilla y la *Historia de la conquista de Venezuela* de Oviedo y Baños, desde su edición del XVIII hasta la del XIX de Fernández Duro. La Historia de Paraguay publicada en inglés de Washburn (1871) al lado de la *Historia de la conquista de Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* escrita por Pedro Lozano y anotada por Lamas (1873), la *Historia de América* de W. Robertson traducida y editada en Barcelona en 1839, etc.

También están los libros románticos del XIX y principios del XX, profusamente ilustrados como *México desconocido* de Lumholtz, *Mexican antiquities* o *México a través de los siglos* dirigido por Riva Palacio que se han convertido en base de la antropología histórica, descripciones y viajes relatados en las colecciones de viajes y expediciones de Fernández Navarrete o la *Relación histórica* de Jorge Juan y Ulloa, junto a series similares de tipo más enciclopédico y universalista en su forma como *El viajero universal*. Todavía se encontraron entonces en el mercado de libros las ediciones de libros y revistas conmemorando el IV aniversario de 1492 como la revista *Centenario* y las recopilaciones de las conferencias del Ateneo de Madrid.

Filipinas, su historia y sus héroes se perfilan dentro de los objetivos de la institución, y por tanto en los de la biblioteca, así se adquieren las obras de Morga, o Martínez de Zúñiga, la *Conquista de las islas Molucas* de Argensola, en sus ediciones desde el XVII al XIX, y los repertorios bibliográficos de Wenceslao E. Retana. Al mismo tiempo se buscan y compran las bibliografías retrospectivas de los países americanos, los estudios de la historia y difusión de las imprentas coloniales, y los documentos fundacionales del establecimiento de las universidades, hospitales e instituciones religiosas de los siglos XVI a XIX. Llegan las obras de los escritores más

importantes de Iberoamérica, las ediciones americanas del *Quijote*. Es la manera en la que la biblioteca interpreta ese concepto de «cultura hispánica» del nombre de su organización mayor.

Junto con los objetivos institucionales, las líneas de investigación y la bibliografía disponible, que son coordenadas comunes del desarrollo de toda colección, el canje de publicaciones es la faceta más propia y peculiar que caracteriza a la colección de la Biblioteca Hispánica. Este es el medio por el que se integra en la Biblioteca la producción científica de muchas instituciones universitarias y de investigación de Iberoamérica.

El Instituto de Cultura Hispánica publica desde 1948, además de numerosas monografías principalmente de tema literario e histórico, dos revistas: una de carácter más académico, *Cuadernos Hispanoamericanos*, y otra de información general, *Mundo Hispánico*, esta última cerrada en 1978. Las dos se convierten en piezas fundamentales para conseguir en intercambio las revistas institucionales de países iberoamericanos, y también de organizaciones de otros países interesadas en los temas hispánicos.

En los convenios de canje es imprescindible mantener la continuidad de las publicaciones para favorecer la confianza mutua entre las instituciones que intercambian y hacer de los acuerdos de canje sólidos y duraderos convenios en el tiempo. Por este procedimiento, y sin darle mayor importancia, recalan en la biblioteca las obras de los españoles en el exilio publicadas por editoriales comerciales o institucionales participantes en los programas de canje de publicaciones.

El canje institucional permite recibir en la biblioteca los primeros resultados de la mirada social y económica a la historia. El relato histórico se transforma en contar cómo vivían los habitantes de un sitio en un tiempo dado. La historia nos dice ahora cuántos eran, cómo eran, de qué vivían, lo que rezaban y pensaban, y los grupos sociales que formaban. Los gráficos sustituyen a los cuadros y retratos. Los mapas se cubren de sombreados y punteados. Y las estanterías de la biblioteca se llenan de historias del comercio, del trabajo, de política económica, de estudios de población, de estudios de crisis. Surge la bibliografía de los conflictos, de los roces entre la América del Norte y el resto, de los movimientos guerrilleros. Llega en tromba la literatura del *boom*, las múltiples reimpresiones de las novelas del momento.

A finales de los 70 y en los 80 son muy populares las publicaciones académicas en forma de serie. Es la hora de los *Estudios*, *Notas*, *Apuntes*, en los que se difunde la creación científica más reciente de las instituciones de investigación. Los enfoques se hacen muy concretos y analíticos.

El Instituto de Cooperación Iberoamericana sustituye al Instituto de Cultura Hispánica y empuja a la biblioteca a conseguir convenios de canje con los organismos de la cooperación. Es la época dorada de las publicaciones de los organismos internacionales: CEPAL y otras divisiones de la ONU, OCDE, OEA, UNESCO. Pero también interesan los indicadores económicos y sociales de los ministerios y direcciones generales nacionales, de los bancos y otras entidades financieras.

A medida que se expande la cooperación internacional española (en su dirección hacia América) se estrechan relaciones con otros organismos con objetivos de cooperación: BID, OPS, PNUD. En los estantes quedan las memorias, los estudios de proyección, los anuarios estadísticos, los documentos. Hay, si cabe, más tráfico aún de la literatura creativa de aquí y de allá. Despuntan los temas de indigenismo y el medio ambiente.

Seguimos en nuestro recorrido y llegamos a los años más recientes. En 1989 se crea la Agencia Española de Cooperación Internacional, y la biblioteca, como el resto del instituto, pasa a formar parte de una institución cuya misión es la cooperación internacional. De hecho la biblioteca ya tenía la cooperación entre sus objetivos temáticos y de funcionamiento, pero el nuevo entorno va a incrementar esa tendencia considerablemente.

El 92 señala otra fecha importante también desde una perspectiva de la bibliografía que aparece en el mercado. A su alrededor crece una espiral de publicaciones. Se editan cientos de facsímiles y obras de gran lujo con motivo de la conmemoración. Se incrementa la sección de libros raros. Surgen colecciones editoriales especiales centradas en temas americanos: MAPFRE-América, V Centenario, Encuentros, Cambio 16.

Al margen, sigue imparable la bibliografía económica, ahora son los análisis de coyuntura, la documentación de los fenómenos de integración: la integración en el norte, centro y sur de América; las rutas y problemas del narcotráfico, los estudios macroeconómicos y las industrias alternativas.

En la cooperación internacional comparten ahora protagonismo los organismos internacionales, los nacionales y las ONGs. Toman importancia los temas del desarrollo sostenible y el género (las mujeres) y el desarrollo. La tendencia al regionalismo económico y a la globalización internacional tienen su contrapartida en la proliferación de los estudios de historia local. Los derechos humanos, la tendencia democratizadora y la gobernabilidad, junto con el apoyo a la modernización de los Estados, marcan la bibliografía política.

Mientras tanto en literatura hay un nuevo interés por las vanguardias americanas y sus conexiones. Los protagonistas del *boom* ya tienen sus ediciones de obras completas y abundan las ediciones críticas de los clásicos

iberoamericanos. Aparecen nuevos nombres, nuevas tendencias, nuevos lugares y el interés por la literatura de los hispanos en Estados Unidos. La voz de las mujeres se impone en la literatura como sucede en la realidad social. Las editoriales establecidas en España y América reeditan sus catálogos y presentan sus novedades simultáneamente en los dos sitios.

De la bibliografía del descubrimiento hasta el desarrollo sostenible, de las crónicas a la historia local, del comercio de Indias a la integración económica, de los catecismos a las novelas de actualidad acompañadas de casetes o CDs con boleros Esa ha sido la bibliografía que la Biblioteca Hispánica ha podido coleccionar, es la que han pedido sus lectores, la que necesitaba su institución: esa es su propia historia.

Colecciones privadas en la biblioteca

Además de la colección general hay otras de particulares que la Biblioteca Hispánica ha adquirido a través de los años por su contenido vinculado al tema americano o filipino.

La más importante es la Colección Graíño. En realidad es la mitad de la que fue originalmente y que la Enciclopedia Espasa califica como «admirable y considerada como la más completa del mundo de libros referentes a la colonización española en América». Antonio Graíño reunió libros sobre América y Filipinas en número cercano a los 4.000 volúmenes. A su muerte los libros pasaron a una familia de libreros, con los que Graíño se había emparentado, y que estuvieron varios años tratando de vender esta colección que ya era famosa por su valor. En 1947 el Instituto de Cultura Hispánica compró la mitad americana y la Biblioteca Nacional el resto relativo a Filipinas. Los que corresponden a la Biblioteca Hispánica son 1.344 libros, todos piezas importantes, entre los que se encuentran varios ejemplares de catecismos en lenguas amerindias de los siglos XVI al XVIII impresos en Perú, Guatemala y México, la primera edición del *Concolon-corvo*, el *Compendium privilegiorum et gratiarum, quae religiosis Societas Jesv* que fue el primer libro impreso en Bogotá en 1739, la magnífica *Descripción de diferentes piezas de historia natural* de Antonio Parra (primer libro con ilustraciones hecho en Cuba), alguna obra difícil de encontrar en bibliotecas como la *Chronica moralizada del Perú del Orden de San Agustín* de Fray Antonio de Calancha, hecha en Lima en 1653, ediciones de clásicos de la historiografía americana, crónicas en sus primeras impresiones y una interesante muestra de guías de forasteros de Lima, México y la Habana de los siglos XVIII y XIX.

Otra colección personal es la que perteneció a José de Velarde y Nareda, Intendente General en Filipinas en los años de la independencia, compuesta por 340 libros entre los que están algunos folletos con la última legislación colonial española en los años 90 del siglo XIX, la primera edición en Berlín del *Noli me tangere* de José Rizal, la *Conquista de las Islas Filipinas* de San Agustín y la colección completa del periódico festivo *La Pavera* publicado en 1892 y citado como fuente para la historia de Filipinas por el bibliógrafo e historiador Retana.

La biblioteca que tenía en su domicilio madrileño José María Chacón y Calvo llegó a la Biblioteca Hispánica en 1969. Es una biblioteca personal de 3.430 volúmenes, reunida en sus estancias en España desde 1918 hasta 1956, que refleja la variedad de intereses de su dueño. En la colección hay ejemplares de primeras ediciones de la generación del 27 autografiados y dedicados a Chacón; eran sus amigos y habían compartido viajes y vivienda en la Residencia de Estudiantes. Con los libros también llegaron revistas significativas en la cultura cubana de los años 20 y 30 como el *Archivo de la Cultura Cubana*, que fundó con Fernando Ortiz y de la que se trajo a Madrid varios ejemplares de diferentes números, o la revista *Avance*, casi completa. Queda por concluir el inventario de los documentos personales de Chacón, incluidos en el legado, entre los que han aparecido hasta el momento cartas de Lydia Cabrera, Alfonso Reyes, Jorge Mañach, Miguel Irisarri o el pintor Gattorno, correspondencia llena de noticias de la vida cubana que sus amigos de allá contaban al amigo ausente y residente en Madrid.

En los años cincuenta la Biblioteca Hispánica se enriqueció notablemente con 1500 libros de la biblioteca de Eugenio D'Ors, todos ellos obras de autores iberoamericanos. Probablemente por razones de espacio y presiones de trabajo, problemas frecuentes en las bibliotecas, esta colección no se dejó aparte con el nombre de proveniencia sino que se incluyó en la colección general. Desde 1997 se ha comenzado a reconstruir la donación. Hasta el momento se han recuperado libros con los autógrafos de Victoria Ocampo, Adolfo Wesphalen, Jorge Mañach y Lezama Lima. Pero pasarán años antes de poder contemplar completa esta colección que demuestra la admiración e influencia que Xenius tuvo en los escritores americanos.

Estas colecciones son representativas de diferentes tipos de biblioteca particular. Así vemos que Graíño practicaba un coleccionismo basado en poseer libros sobre un tema, mientras que la biblioteca de Chacón es la que reúne un intelectual sumido en su época y el papel que le tocaba vivir, y que compraba libros para sus viajes o por curiosidad, incluso algún libro antiguo de ocasión; también los amigos escritores le regalaban sus publicacio-

nes, incluso se las enviaban si estaba fuera; sin duda leía o al menos ojeaba todos aquellos libros y revistas. Velarde vivía el momento histórico de la guerra e independencia de Filipinas y quería saber por qué estaba ocurriendo todo aquello, por eso compraba lo que caía en sus manos sobre el tema. Xenius, como lo nombran frecuentemente en las dedicatorias, era el maestro, el escritor de prestigio al que los autores noveles (o no tanto) enviaban sus libros porque era un honor que formaran parte de su biblioteca. El coleccionista, el intelectual con muchos intereses, el administrador de conflictos, el maestro reverenciado. Cada conjunto responde a un distinto concepto de colección, a un distinto ejemplo de persona y dueño.

Otro grupo de libros «con nombre propio» que se está tratando de identificar y volver a unir es la colección de viajes de Beltrán de Rozpide, famoso geógrafo español de cuya biblioteca particular la Biblioteca Hispánica adquirió 200 ejemplares en los años 60.

Por último hay que mencionar una serie de libros y algunos periódicos sobre la guerra civil española con obras de distintos frentes y variada calidad en la que se encuentra, entre otros, una colección del periódico *ABC* en su edición de Sevilla del año 1937 al 39, o el año 37 del periódico *L'Occident* publicado en Francia, y un ejemplar de *Madrid*, la serie de poesía y grabado editada en Valencia para recaudar fondos para la República Española en 1939.

Hacia dónde va hoy la colección

Las colecciones de bibliotecas se desarrollan en el tiempo siguiendo unas pautas con constantes y variables. Las variables son los intereses de la organización mayor de la que dependen, y que en el caso de la Biblioteca Hispánica, como vimos anteriormente, están centrados hoy en temas de cooperación internacional. También son variables las tendencias de la investigación y sus intereses de información, lo que se conoce como temas puntuales de interés. Todos son variables que la biblioteca debe aceptar y seguir por su propia supervivencia.

No ocurre lo mismo en el caso de las constantes. Para marcar cuáles deben ser las constantes de una colección bibliográfica, sí que debe tomar la decisión la biblioteca. Lo primero a tener en cuenta es la política de desarrollo de colecciones de otras bibliotecas cercanas. Se trata de poner a disposición de los investigadores, estudiosos y curiosos una colección que a su vez «forme biblioteca» con todas las de su entorno. Garantiza que si un libro no está en la Biblioteca Nacional de Madrid, es posible que esté

en la Biblioteca Hispánica porque se trata de un autor argentino. Debe haber un espacio temático de desarrollo de colección propio que constituya lo que se conoce en jerga bibliotecaria como «core collection» (colección esencial o nuclear) que marca realmente la historia de la biblioteca y de la que tendrá que responder ante los investigadores del presente y del futuro. Como principio asumido desde sus comienzos, la Biblioteca Hispánica tiene la misión de recopilar bibliografía y documentación de y sobre Iberoamérica en los temas relativos a las humanidades y las ciencias sociales. Con esa finalidad no hace sino continuar su línea de colección como un núcleo en expansión. Pero además con este objetivo se hace una auténtica labor de apoyo a la investigación, ofreciendo una bibliografía que no está en otras bibliotecas.

Las adquisiciones de los últimos años son testimonio de las variables y su impronta en el desarrollo de la colección. Pero también hay otros ingresos de libros y revistas que explican las constantes y su mantenimiento. Por citar algunos ejemplos de las constantes se pueden citar las adquisiciones de un catecismo impreso en Buenos Aires en 1800, adquirido allí en 1991, o la compra de la revista *Caras y caretas* de la misma procedencia, también algunas guías de forasteros de La Habana y Manila de mediados del XIX, y más recientemente, la colección de teatro hispanoamericano de Suárez Radillo y los libros de peronismo de Juan Marguch de Córdoba (Argentina), además de muchos otros libros comprados a anticuarios sobre temas como la guerra de Cuba, el 98 y las conmemoraciones de 1892.

Siempre que aparece alguna obra interesante en el mercado de lance, que debería estar en la colección y que no esta en ninguna biblioteca cercana, se hace el esfuerzo necesario para conseguirla. En una observación superficial puede parecer que la biblioteca con su política de desarrollo de la colección (sobre todo en el aspecto de sus constantes) no encaja fácilmente en la organización de la que depende y sus objetivos de cooperación, sin embargo sí que cumple un papel de apoyar, documentar y difundir la investigación americanista y con ese objetivo, al fin y al cabo, también se hace cooperación internacional.

Una biblioteca en busca de sus usuarios

La variedad y rareza de la colección de la biblioteca ha sido siempre motivo de dificultades a la hora de establecer normas de uso. Para el público en general tiene que actuar a menudo como centro de información sobre Iberoamérica. Se reciben preguntas concretas que esperan respuestas tam-

bién concretas y breves, por teléfono, por carta, por fax y ahora por correo electrónico. Son preguntas que a veces exigen búsquedas y elaboración expresa de la información requerida, sobre todo para consultas de fuera de Madrid hechas por personas que no pueden desplazarse hasta la Biblioteca. Con frecuencia las peticiones son de imágenes, fotos, retratos, a las que hay que explicar los complicados argumentos de los derechos de propiedad intelectual sobre la imagen.

Con todo el abanico de necesidades de información delante y una colección, tan variada y especializada a la vez, por detrás, la administración de la Biblioteca en el medio decidió hacer su uso lo más accesible que fuera posible, de tal modo que únicamente se exige para entrar y consultar libros el carnet de identidad o pasaporte. Con esta medida se facilita el uso a investigadores ocasionales, gente que viene a Madrid por unos días, personal de instituciones en búsqueda de información puntual, incluso a los chicos y chicas concursantes de la ruta Quetzal que no están en edad universitaria pero que tienen acceso con este procedimiento.

La facilidad para entrar en la Biblioteca se vuelve a veces en contra de su uso. En marcadas fechas del año escolar las salas de lectura se llenan de estudiantes con sus apuntes y es preciso mantener un numero de asientos reservados para los que vengan realmente a consultar los libros y revistas de la Biblioteca. Para los lectores estables (doctorandos, alumnos de master de programas relacionados con Iberoamérica o cooperación, profesores de las universidades de la Comunidad Autónoma de Madrid) existe desde 1991 un carnet que incluye el préstamo a domicilio. Para usuarios que no pueden desplazarse a la Biblioteca hay un servicio de préstamo interbibliotecario y envío de fotocopias por correo siempre con bibliotecas e investigadores españoles y europeos. Los impresos anteriores a 1958, las revistas y las obras de referencia (diccionarios, enciclopedias, grandes tratados o historias) no son objeto de este servicio, pero se facilitan en microfilme o fotocopia.

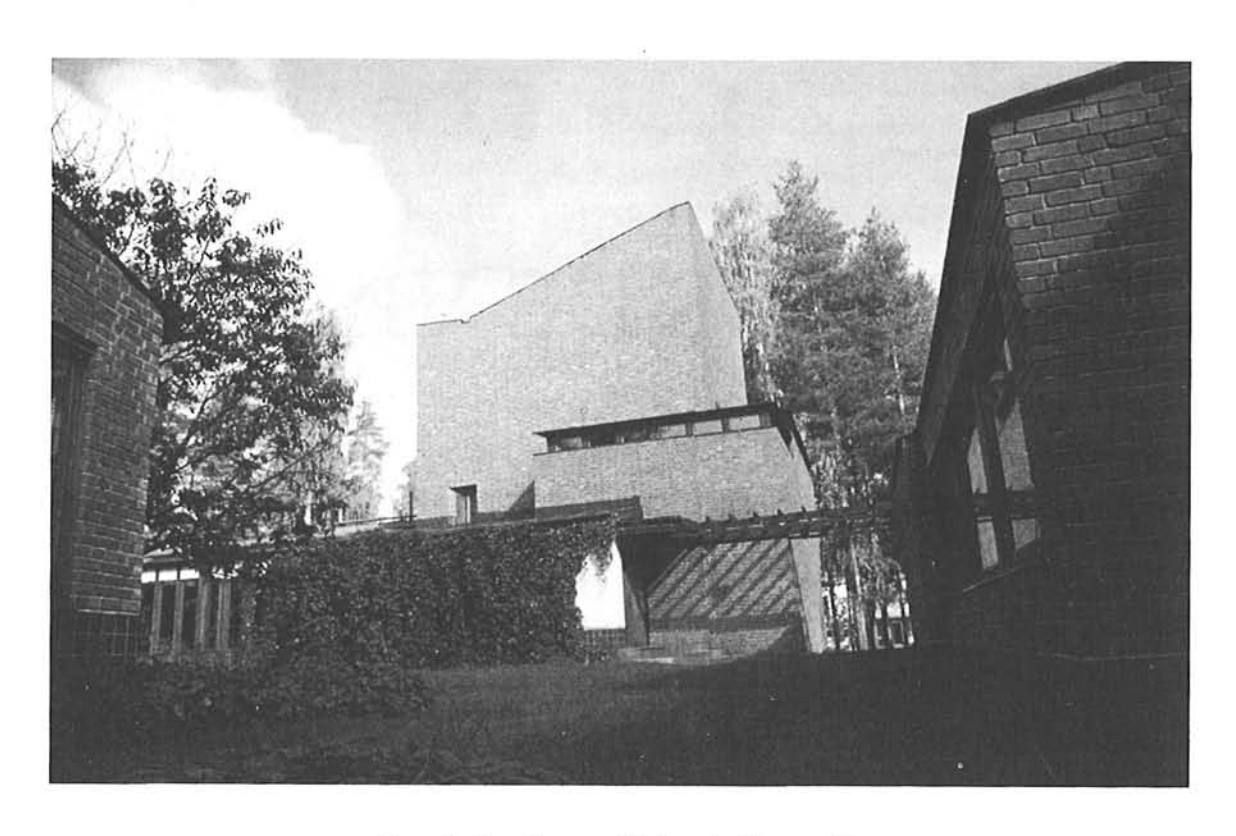
En fecha muy próxima va a llegar para la Biblioteca Hispánica la entrada en las «autopistas de la información». Informatizados sus catálogos desde 1988, saldrá al mundo del Internet con más de 215.000 registros bibliográficos: 190.000 libros, 10.000 títulos de revista y 15.000 artículos de la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* accesibles a distancia. Las peticiones de bibliografía sobre temas y países se solucionarán por sí mismas al poder consultar los propios interesados los catálogos de la Biblioteca. Posiblemente será preciso mejorar y agilizar los servicios de acceso al documento para que la Biblioteca esté a la altura de las expectativas de sus usuarios.

Lo que parece seguro es que esta iniciativa permitirá que se cumpla plenamente la misión de cooperación bibliotecaria para la que fue creada y mantenida la Biblioteca Hispánica, y que por fin se podrán aprovechar al máximo los recursos de información reunidos y organizados en sus 57 años de existencia.

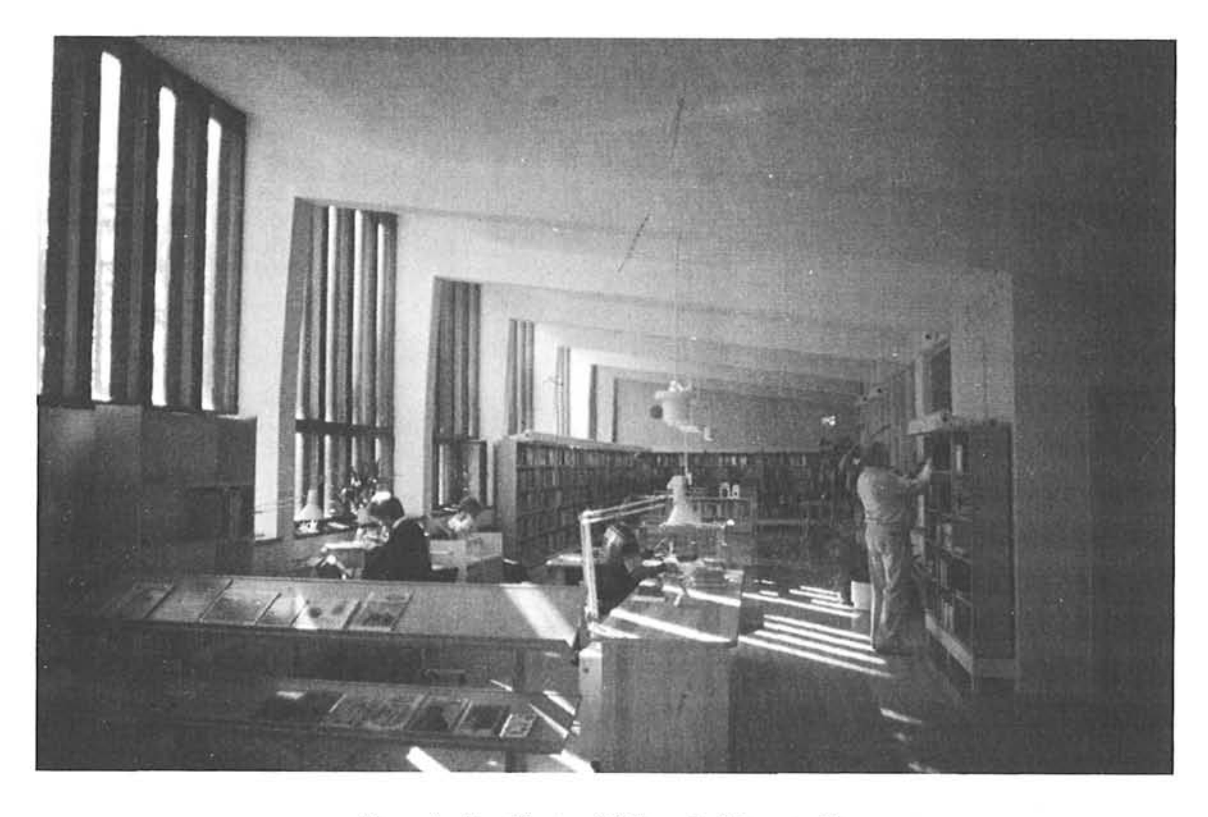


Biblioteca Hispánica, Madrid. Fotografía de Alejandro García Ortiz

PUNTOS DE VISTA



Alvar Aalto: Centro Cívico de Säynat sälo



Alvar Aalto: Centro Cívico de Säynat sälo

Vivir juntos*

Fernando Savater

Nadie llega a convertirse en humano si está solo: nos hacemos humanos los unos a los otros. Nuestra humanidad nos la han «contagiado»: ¡es una enfermedad mortal que nunca hubiéramos desarrollado si no fuera por la proximidad de nuestros semejantes! Nos la pasaron boca a boca, por la palabra, pero antes aún por la *mirada*: cuando todavía estamos muy lejos de saber leer, ya leemos nuestra humanidad en los ojos de nuestros padres o de quienes en su lugar nos prestan atención. Es una mirada que contiene amor, preocupación, reproche o burla: es decir, *significados*. Y que nos saca de nuestra insignificancia natural para hacernos humanamente significativos. Uno de los autores contemporáneos que con mayor sensibilidad ha tocado el tema, Tzvetan Todorov, lo expresa así: «El niño busca captar la mirada de su madre no solamente para que ésta acuda a alimentarle o reconfortarle, sino porque esa mirada en sí misma le aporta un complemento indispensable: le confirma en su existencia (...). Como si supieran la importancia de ese momento –aunque no es así– el padre o la madre y el hijo pueden mirarse durante largo rato a los ojos; esta acción sería completamente excepcional en la edad adulta, cuando una mirada mutua de más de diez segundos no puede significar más que dos cosas: que las dos personas van a batirse o a hacer el amor» (*La vida en común*).

Siendo como somos en cuanto humanos fruto de ese contagio social, resulta a primera vista sorprendente que soportemos nuestra sociabilidad con tanto desasosiego. No seríamos lo que somos *sin* los otros pero nos cuesta ser *con* los otros. La convivencia social nunca resulta indolora. ¿Por qué? Quizá precisamente porque es demasiado importante para nosotros, porque esperamos o tememos demasiado de ella, porque nos fastidia necesitarla tanto. Durante un brevísimo periodo de tiempo cada ser humano cree ser Dios o por lo menos el rey de su diminuto universo conocido: el seno materno aparece para calmar el hambre (casi siempre en forma de biberón), manos cariñosas responden a nuestros lloros para secarnos, refrescarnos o calentarnos, para darnos compañía. Hablo de los afortuna-

* *Este artículo es la versión abreviada de un capítulo del mismo título que forma parte del libro* Las preguntas de la vida, *de próxima aparición en la editorial Ariel, Barcelona.*

dos, porque hay niños cuyo destino atroz les niega incluso este primer paraíso de ilusoria omnipotencia. Pero nuestro reinado acaba pronto, incluso en los casos menos desdichados. Pronto tenemos que asumir que esos seres de quienes tanto dependemos tienen su propia voluntad, que no siempre consiste en obedecer a la nuestra. Un día lloramos y mamá tarda en venir; eso nos anuncia y nos prepara a la fuerza para otro dia más lejano, el dia en que lloraremos y mamá ya no volverá.

La filosofía y la literatura contemporáneas abundan en lamentos sobre la carga que nos impone vivir en sociedad, las frustraciones que acarrea nuestra condición social y los preservativos que podemos utilizar para padecerlas lo menos posible. En su drama *A puerta cerrada*, Jean-Paul Sartre acuñó una sentencia célebre, luego mil veces repetida: «El infierno son los demás». Según eso, el paraíso sería la soledad o el aislamiento (que por cierto distan mucho de ser lo mismo). El tema de la «incomunicación» aparece también de las más diversas formas en obras de pensamiento, novelas, poemas, etc. A veces es una queja por la pérdida de una comunidad de sentido que supuestamente existía en las sociedades tradicionales y que el individualismo moderno ha desmoronado; pero en otros casos parece provenir más bien de ese mismo individualismo, que se considera incomprendido por los demás en lo que tiene de único e irreductiblemente «especial». Otros autores deploran o se rebelan contra las limitaciones que la convivencia en sociedad impone a nuestra libertad personal: ¡nunca somos lo que realmente queremos ser, sino lo que los otros exigen que seamos! Y algunos plantean estrategias vitales para que lo colectivo no devore totalmente nuestra intimidad: colaboremos con la sociedad en tanto nos resulte beneficioso y sepamos disociarnos de ella cuando nos parezca oportuno. A fin de cuentas, como dijo en una ocasión la emprendedora Mrs. Thatcher, la sociedad es una entelequia y lo único que existen verdaderamente son los individuos...

A favor de estas protestas y recelos abundan los argumentos aceptables. Las sociedades modernas de masas tienden a despersonalizar las relaciones humanas, haciéndolas apresuradas y burocráticas, es decir muy «frías» si se las compara con la «calidez» inmediata de las antiguas comunidades, menos reguladas, menos populosas y más homogéneas. En cambio crece la posibilidad de control gubernamental o simplemente social sobre las conductas individuales, cada vez más vigiladas y obligadas a someterse a ciertas normas comunes...¡aunque esta última forma de tiranía nunca ha faltado tampoco en las pequeñas comunidades premodernas! Pese a tanto control, demasiados ciudadanos conocen muy pocas ventajas de la vida en común y padecen miseria o abandono. Por encima de todo,

nuestro siglo ha conocido ejemplos espeluznantes del terror totalitario que pueden ejercer sobre las personas los colectivismos dictatoriales. Tantas adversidades pueden hacer olvidar hasta qué punto la sociabilidad no es simplemente un fardo ajeno que se impone a nuestra autonomía sino una exigencia de nuestra condición humana sin la cual nos sería imposible desarollar esa autonomía misma de la que nos sentimos tan justificadamente celosos. Sin querer llevarle la contraria a Mrs. Thatcher, parece evidente que las sociedades no son simplemente un acuerdo más o menos temporal, más o menos conveniente, al que llegan individuos racionales y autónomos, sino que por el contrario los individuos racionales y autónomos son productos excelentes de la evolución histórica de las sociedades, a cuya transformación contribuyen luego a su vez. ¿Cómo podría ser de otro modo?

¿Son los demás el infierno? Sólo en tanto que pueden hacernos la vida infernal al revelarnos –a veces poco consideradamente– las fisuras del sueño libertario de omnipotencia que nuestra inmadurez autocomplaciente gusta de imaginar. ¿Vivimos necesariamente incomunicados? Desde luego, si por «comunicación» entendemos el que los demás nos interpreten espontáneamente de modo tan exhaustivo como nosotros mismos creemos expresarnos; pero sólo muy relativamente, si asumimos que no es lo mismo pedir comprensión que hacerse comprender y que la buena comunicación tiene como primer requisito hacer un esfuerzo por comprender a ese otro mismo del que pedimos comprensión. ¿Limitan nuestra libertad los demás y las instituciones que compartimos con ellos? Quizá la pregunta debiera plantearse de modo diferente: ¿tiene sentido hablar de libertad sin referencia a la responsabilidad, es decir a nuestra relación con los demás? ¿no son precisamente las instituciones –empezando por las leyes– las que nos revelan que somos libres de obedecerlas o desafiarlas, así como también para establecerlas o revocarlas? Incluso los abusos totalitarios o simplemente autoritarios sirven al menos para que comprendamos mejor –en la resistencia contra ellos– las implicaciones políticas y sociales de nuestra autonomía personal.

Por justificadas que estén las protestas contra las formas efectivas de la sociedad actual (de cualquier sociedad «actual»), sigue siendo igualmente cierto que estamos humanamente configurados *para* y *por* nuestros semejantes. Es nuestro destino de seres lingüísticos, es decir, simbólicos. Al nacer somos «capaces» de humanidad, pero no actualizamos esa capacidad –que incluye entre sus rasgos la autonomía y la libertad– hasta gozar y sufrir la relación con los demás. Los cuales por cierto nunca está «de más», es decir nunca son superfluos o meros impedimentos para el desarrollo de

una individualidad que en realidad sólo se afirma entre ellos. Para conocernos a nosotros mismos necesitamos primero ser *reconocidos* por nuestros semejantes. Por muy malo que pueda eventualmente resultarnos el trato con los otros, nunca será tan irrevocablemente aniquilador como vendría a ser la ausencia completa de trato, el ser plena y perpetuamente «desconocidos» por quienes deben reconocernos. Lo ha expresado muy bien el gran psicólogo William James: «El yo social del hombre es el reconocimiento que éste obtiene de sus semejantes. Somos no solamente animales gregarios, que gustamos de la proximidad con nuestros compañeros, sino que también tenemos una tendencia innata a hacernos conocer, y conocer con aprobación, por los seres de nuestra especie. Ningún castigo más diabólico podría ser concebido, si fuese físicamente posible, que vernos arrojados a la sociedad y permanecer totalmente desapercibidos por todos los miembros que la componen» (citado por Todorov). Nadie llegaría a la humanidad si otros no le contagiasen la suya, puesto que hacerse humano nunca es cosa de uno solo sino tarea de varios; pero una vez humanos, la peor tortura sería que ya nadie nos reconociese como tales ¡ni siquiera para abrumarnos con sus reproches!

¿Es «natural» la imperiosa necesidad de ser reconocidos por nuestros semejantes, la cual a su vez abre el camino a todos nuestros empeños propiamente «culturales»? En la *Fenomenología del espíritu*, sin disputa una de las piezas claves de la filosofía moderna, Hegel narra ese tránsito por medio de una especie de mito especulativo conocido como «El señor y el siervo» (o, aún más dramáticamente, «El amo y el esclavo»). Partamos de que por el mundo vaga un ser dotado de *conciencia*, del que todavía no sabemos si es animal o humano. Tiene apetitos (hambre, sed, cobijo, sexo...) que busca satisfacer de modo inmediato, así como rivales y enemigos con los que debe luchar o de los que tiene que huir. Para esa conciencia el mundo no es más que un lugar donde se suscitan y satisfacen sus apetitos, el ámbito en el que tiene lugar su búsqueda a toda costa de supervivencia biológica. Existe plena continuidad entre el mundo y la conciencia que en él se mueve o, por decirlo con la expresión de Georges Bataille en su *Teoría de la religión*, la conciencia vital –zoológica– aún se encuentra en el mundo «como el agua en el agua». De modo que en realidad no hay «mundo» como algo independiente y separado de la conciencia, por lo que tampoco hay realmente «conciencia» como una voluntad autónoma para sí misma. Pero ahora supongamos que la conciencia se transforma en autoconciencia, en conciencia de sí misma, y comienza a valorar la propia independencia de sus deseos respecto al mundo circundante. Inmediatamente también el mundo se transforma en algo «ajeno»,

que resiste o se opone a sus apetitos, que parece «querer» por su cuenta en contra de lo que la autoconciencia tiene por su querer propio.

La autoconciencia entonces ya no se conforma simplemente con la supervivencia biológica que le bastaba mientras se halló en plena continuidad con el resto del mundo. Ahora la autoconciencia quiere ante todo su propio querer, su voluntad autónoma distinta del mundo que se le opone. En cierto modo esto la sitúa al margen de la vida, del simple durar «como el agua en el agua», y la enfrenta con la muerte. De ser conciencia de la vida pasa a convertirse en autoconciencia que asume y desafía la certeza de su propia muerte. En ese mundo que se opone y resiste al cumplimiento de sus apetitos, la autoconciencia comienza a ser más y más capaz de valorar, de elegir, de *jerarquizar* sus deseos de acuerdo no ya sólo con la supervivencia sino con la afirmación autónoma de su querer. Antes o después, la autoconciencia habrá de enfrentarse a otra autoconciencia en apariencia semejante a ella misma. Pero de buenas a primeras no está dispuesta a aceptar ese parentesco: al contrario, aspira a ser reconocida como única por la otra y que ésta renuncie a sus aspiraciones de tenerse por su igual. Entonces tiene lugar la lucha a muerte por el reconocimiento entre ambas, una batalla en la que se mezclarán las armas físicas y también las simbólicas.

¿Cómo podrá una autoconciencia afirmarse triunfalmente frente a la otra? Por medio del más universal de los instrumentos, el miedo a la muerte. Puesto que ambas son conscientes de su mortalidad, deberán probar hasta qué punto se hallan «por encima» del mero instinto de supervivencia que aún las entronca con la zoología, de la que pugnan por zafarse para consolidar su autonomía. El combate por el reconocimiento será ganado entonces por la autoconciencia más capaz de sobreponerse al terror a morir: vence el temerario, capaz de combatir con la frialdad implacable de alguien que ya estuviera muerto, frente al timorato, aún demasiado apegado al latido vital y que nunca renuncia a cubrirse las espaldas o retroceder a tiempo. La situación es semejante a la de aquel tremendo juego que hizo furor hace pocas décadas en USA, una de cuyas versiones aparece en la película de Nicholas Ray *Rebelde sin causa:* los competidores conducen dos automóviles lanzados a toda velocidad uno hacia el otro o ambos en paralelo hacia un precipicio. El primero que frena o se desvía por instinto de supervivencia es «el gallina» y pierde. El otro –¡si salva el pellejo!– es reconocido como el valiente, es decir, el que más vale, aquel cuyo desprecio a la muerte le sitúa mas lejos de la animalidad (por cierto, también la mayoría de los animales cuando luchan con sus semejantes y van perdiendo se ofrecen rendidos al oponente antes de que la bronca tenga un resultado fatal).

La autoconciencia vencida –vencida sobre todo por el miedo a morir– queda sometida a las órdenes del vencedor (que no reconoce más «amo» que la muerte misma). Pero el derrotado no se convierte en un mero animal: para servir al señor se ve obligado a *trabajar*, lo cual le aleja de la simple inmediatez de los apetitos zoológicos. Por medio del trabajo el mundo deja de ser sólo un obstáculo o un enemigo y se convierte en material para realizar transformaciones, proyectos, tareas creadoras. A la larga el amo, cuyos deseos se ven inmediatamente satisfechos por su esclavo, recae poco a poco en la animalidad y ya no le queda otro entretenimiento «humano» que contemplar una y otra vez su rostro en el espejo de la muerte, hasta identificarse con ella. En cambio el siervo se convierte en depositario de la más duradera autoconciencia, no limitada al estéril desafío frente a la muerte sino dedicada a la creación de nuevas formas para racionalizar la vida. Finalmente, cada una de las dos autoconciencias representa una mitad nada más de la voluntad autónoma del hombre: la afirmación de su independencia como valor superior a la mera supervivencia biológica y el empeño técnico de llegar a vivir más y mejor. Aún un paso más y cada una de las autoconciencias reconoce la validez de la otra: la validez del Otro. Ya en plano de igualdad, el individuo admite la dignidad humana de los demás no como meros instrumentos –de muerte o de creación– sino como *fines* en si mismos cuyos derechos han de ser reconocidos en un marco social de cooperación.

Hasta aquí mi paráfrasis libérrima –¡Hegel me perdone!– de la dialéctica mitológica entre el señor y el siervo, que también ha inspirado a talentos mejores que el mío como los de Karl Marx o Alexandre Kojève. A esta fábula especulativa se le pueden buscar diversas ilustraciones antropológicas o históricas. Lo que me parece más significativo de ella –sería absurdo tomarla al pie de la letra– es el esfuerzo por narrar de modo inteligible una perspectiva del tránsito entre naturaleza y cultura, entre la conciencia de la muerte y la voluntad de asegurar la vida: desde el rebaño sometido al despotismo del más fuerte hasta la sociedad igualitaria que se reparte las tareas sociales. Una vez llegados al plano de la sociedad humana –a la vez sometida a valoraciones *éticas* y a consideraciones *políticas*– la pregunta viene a ser ésta: ¿cómo organizar la convivencia? Pregunta que sigue vigente aunque ya se haya superado la oposición brutal entre amos y esclavos. Porque los diversos «socios» que forman parte de la comunidad mantienen cada cual sus propios apetitos e intereses, su incansable necesidad de reconocimiento por los demás, sus enfrentamientos por cómo deben repartirse los bienes que admiten reparto y quién debe poseer aquellos que no pueden tener mas que un solo dueño. En una palabra, la cuestión es cómo se convierte la discordia humana en concordia social.

¿Por qué existe la discordia? Desde luego, no es porque los seres humanos seamos irracionales o violentos por naturaleza, como a veces dicen los predicadores de trivialidades. Más bien todo lo contrario. Gran parte de nuestros antagonismos provienen de que somos seres decididamente «racionales», es decir, muy capaces de calcular nuestra beneficio y decididos a no aceptar ningún pacto del que no salgamos claramente gananciosos. Somos lo suficientemente «racionales» al menos como para aprovecharnos de los demás y desconfiar del prójimo (suponiendo, con buenos argumentos, que se portará si puede con nosotros como nosotros intentamos portarnos con él). También usamos la razón lo suficiente para darnos cuenta de que nada nos sería tan beneficioso como vivir en una comunidad de gente leal y solidaria ante la desgracia ajena, pero nos preguntamos «¿y si los demás no se han dado cuenta todavía?» para concluir «que empiecen ellos y me comprometo a pagarles en la misma moneda». Todo muy racional, como se ve. Pero no es lo mismo lo «racional» y lo «razonable». Basta con mirar a la realidad que nos circunda (en la que unos pocos centenares de privilegiados poseen la inmensa mayoría de las riquezas mientras millones de criaturas perecen de hambre) para concluir que vivimos en un mundo tremendamente racional pero poquísimo razonable.

Tampoco es verdad que seamos espontáneamente «violentos» o «antisociales». Ni mucho menos. Por supuesto existen en todas las sociedades personas así, que padecen alguna alteración psíquica o que han sido tan maltratadas por los demás que luego les pagan con la misma moneda. No podemos legítimamente esperar que aquellos a quienes el resto de la comunidad trata como si fuesen animales, utilizándolos como bestias de carga y desentendiéndose de su suerte, se porten después como perfectos ciudadanos. Pero no hay tantos casos como pudiera esperarse (sorprende realmente lo sociables que se empeñan en seguir siendo incluso quienes menos provecho sacan de la sociedad) ni rompen la convivencia humana tanto como otras causas diríamos que opuestas. En efecto, los grandes enfrentamientos colectivos no los suelen protagonizar individuos personalmente violentos sino grupos formados por gente disciplinada y obediente a la que se ha convencido de que su interés común depende de que luchen contra ciertos adversarios «extraños» y los destruyan. No son violentos por razones «antisociales» sino por exceso de sociabilidad: tienen tanto afán de «normalidad», de parecerse lo más posible al resto del grupo, de conservar su «identidad» con él a toda costa, que están dispuestos a exterminar a los diferentes, a los forasteros, a quienes tienen creencias o hábitos ajenos, a los que se considera que amenazan los intereses legítimos o abusivos del propio rebaño. No, no abundan los lobos feroces ni los que hay represen-

tan el mayor riesgo para la concordia humana; el verdadero peligro proviene por lo general de las ovejas *rabiosas*.

Desde muy antiguo, se viene intentando organizar la sociedad humana de tal modo que garantice el máximo de concordia. Por supuesto, no podemos confiar para lograrlo sencillamente en el instinto social que tiene nuestra especie. Es verdad que nos hace necesitar la compañía de nuestros semejantes, pero también nos enfrenta a ellos. Las mismas razones que nos aproximan a los demás pueden hacer que éstos se conviertan en nuestros enemigos. ¿Cómo puede suceder? Somos seres sociables porque nos parecemos muchísimo unos a otros (mucho más desde luego de lo que la diversidad de nuestras culturas y formas de vida hacen suponer) y más o menos solemos querer todas las mismas cosas esenciales: reconocimiento, compañía, protección, abundancia, diversión, seguridad... Pero nos parecemos tanto que con frecuencia apetecemos a la vez las mismas cosas (materiales o simbólicas) y nos las disputamos unos a otros. Incluso es frecuente que deseemos ciertos bienes solamente porque vemos que otros también los desean: ¡hasta tal punto resultamos ser gregarios y conformistas!

De modo que lo mismo que nos une nos enfrenta: nuestros intereses. La palabra «interés» viene del latín *inter esse*, lo que está en medio, entre dos personas o grupos: pero lo que está entre dos personas o dos grupos sirve en ocasiones para unirles y otras veces se interpone para separarles y volverles hostiles uno contra otro. A veces acerca a los distantes (sólo junto a ti puedo obtener lo que busco) y otras veces enfrenta a los distintos (quieres lo que yo quiero y si es para ti no podrá ser para mí). La misma «sociabilidad» indudable de los intereses humanos hace que *necesitemos* vivir en sociedad pero también que en demasiadas ocasiones la concordia social nos resulte *imposible*.

¿Cómo arregárnoslas para organizar eso que Kant llamó con acierto y un punto de ironía «nuestra insociable sociabilidad»? Los filósofos han elucubrado sobre este punto, como sobre el resto de las cuestiones de alcance y hondura semejantes. Pero con una notable diferencia, que hizo notar perspicazmente Hannah Arendt. La filosofía del conocimiento no quiere que acabe el conocimiento, ni la filosofía cosmológica pretende abolir el universo, pero en cambio la filosofía política parece suponer que sólo obtendrá auténtico éxito cuando la política quede suprimida. O sea, de Platón en adelante, los filósofos han tratado siempre la política como un conflicto indeseable que hay que corregir, no como una expresión de libertad creadora que debe ser protegida y encauzada. Porque la política es colisión de intereses, tanteos hacia una armonía siempre precaria, hallar para los viejos problemas soluciones parciales que inevitablemente crean nuevos y no

menos desconcertantes dificultades. Cuando hablan de política, la mayoría de los filósofos están deseando poner punto final a tanto embrollo. Sueñan con una fórmula definitiva que acabe de una vez por todas con las rivalidades, discordias y aporías de la vida en común, en una palabra: una solución que nos permita vivir sin política. Y por tanto también sin *historia*; sólo a un filósofo se le puede ocurrir hablar con cierto discreto alivio del «final de la historia», como hizo hace no mucho Fukuyama. La mayoría de los restantes filósofos que le denunciaron con vehemencia lo que censuraron fue solamente el creer que ese momento jubiloso había llegado ya, porque cada uno de ellos tenía su propio final de la historia que aún aguardaba realizarse. Pero compartían con Fukuyama el deseo de que acabase de una buena vez la historia junto con la política, ese fatigoso y confuso dolor.

Por esta razón tantos grandes filósofos, desde los griegos de nuestros comienzos, han sido críticos y hasta declarados adversarios de las ideas democráticas. No deja de ser esta animadversión una auténtica paradoja, porque la filosofía nace con la democracia y en cierto sentido esencial es inseparable de ella: hay democracia cuando los humanos asumen que sus leyes y proyectos políticos no provienen de los dioses o la tradición, sino de la autonomía ciudadana de cada cual armonizada polémica y transitoriamente con las de los demás, con iguales derechos a opinar y decidir; hay filosofía cuando los humanos asumen que deben pensar por sí mismos, sin dogmas preestablecidos, soportando la crítica y el debate con sus semejantes racionales. En el fondo, el proyecto de la democracia es en el plano sociopolítico lo mismo que el proyecto filosófico en el plano intelectual. La democracia implica que siempre habrá política (en el sentido discordante y conflictivo que hemos visto) por la misma razón que la filosofía implica que siempre habrá pensamiento, es decir duda y disputa sobre lo más esencial. A esto último los filósofos suelen avenirse más o menos a regañadientes (¿a qué filósofo no le hubiera gustado que los grandes problemas no quedaran definitivamente resueltos por él?), pero en lo tocante a los fundamentos de la política todos coinciden en querer dejarlos zanjados de una vez por todas. Que acabe el pensamiento autónomo representa una desdicha incluso para el pensador más arrogante; pero cancelar de una buena vez la discordante autonomía social de los individuos sería visto como un triunfo deseable por muchos grandes teóricos de la sociedad.

Supongo que de aquí proviene la afición de tantos filósofos de la política por las *utopías*. Aunque actualmente se utiliza la palabra «utopía» y sobre todo el adjetivo «utópico» en un sentido muy vago y genérico, que para unos significa «absurdo» o «irrealizable» mientras que para otros equivale al ímpetu racional de transformar positivamente el mundo y aca-

bar con las injusticias, el término debería ser utilizado de modo un tanto más preciso. Proviene, como es sabido, de un relato fantástico titulado precisamente así –*Utopía*– que escribió en 1516 sir Tomás Moro, un personaje realmente notable que reunió atributos tan escasamente conciliables como ser pensador, estadista, mártir de la fe y santo de la Iglesia católica. En una película biográfica muy notable en su día, interpretada con excelsitud por Paul Scofield, se le denominaba «un hombre para todas las ocasiones» y sin duda merece tal definición. Su relato tiene algo de sátira y mucho de experimento mental: «cómo serían las cosas si...». Desde el propio título la ironía de Moro juega con ambigüedades calculadas, porque según su etimología griega «u-topía» significa «lugar que no está en ninguna parte»(es decir, un no lugar) pero también suena parecido a «eu-topía», lugar bueno, el lugar del Bien.

Muchas de las características de las utopías posteriores se encuentran ya en ese libro: un ámbito político cerrado y sin escapatoria («Utopía» es una isla), autoritarismo supuestamente benevolente basada en la estricta aplicación de criterios racionales, reglamentación minuciosa de la vida cotidiana de todo el mundo (incluidos los momentos de ocio, las relaciones familiares o la sexualidad), abolición de la propiedad privada, sometimiento absoluto de cada individuo al bien común (las personas pueden ser desplazadas de un lugar a otro de acuerdo con las necesidades generales), igualdad económica, abolición de la competencia, inmovilidad histórica (las leyes fueron dictadas por el mítico ancestro Utopus ¡hace novecientos años!), etc. También incluía Moro en su original diseño algunos elementos que chocaban con su propia ortodoxia religiosa, como la tolerancia religiosa (¿quizá un guiño a su amigo Erasmo?) o la eutanasia voluntaria, aunque finalmente reconocía que seguir la verdad revelada por la fe podía ser una «utopía» aún mejor. Sin duda sería inadecuado leer este relato como un programa político o, mejor dicho, «antipolítico», desconociendo su componente lúdico, de juego teórico. El propio autor se negó al final de su vida a que fuese traducido del latín al inglés porque temía que sirviese para corromper a los incultos. Un temor muy justificado, viendo algunos de los efectos «utopistas» posteriores.

Una vez establecido así el modo «utópico» como género literario, podemos extender el concepto hacia atrás –hasta la *República* de Platón– y verlo proseguir en obras como la *Nueva Atlántida* de Francis Bacon, la *Ciudad del Sol* de Campanella, otras de Charles Fourier o Robert Owen y un extenso etcétera que llega hasta las ficciones de H. G. Wells en nuestro siglo, sin olvidar algunas perversiones del modelo como las *Ciento veinte jornadas de Sodoma* del marqués de Sade. En líneas generales, los aspectos positi-

vos de las utopías son la propuesta de una alternativa global a las sociedades realmente existentes (modificando la forma de ver rutinaria que tiene por «inevitable» todo lo que de hecho está vigente) y en la mayoría de los casos la propuesta de una armonía social basada en la renuncia a la codicia y a los abusos del interés económico privado. Pero también abundan otros rasgos severamente negativos: autoritarismo claustrofóbico, conversión de los abiertos *ideales* humanos (libertad, justicia, igualdad, seguridad...) en reglamentos asfixiantes, suposición de que basta el cálculo racional –siempre ejercido por unos cuantos ilustrados– para determinar la vida mejor de «todos» los ciudadanos, desaparición de la espontaneidad y de la innovación (las «utopías» suelen proponerse para el futuro pero ninguna admite el desconocido futuro como prolongación de sí misma), ordenancismo que alcanza hasta los rincones más íntimos de la privacidad, etc.

La realización efectiva de proyectos que en su día pudieron parecer legítimamente «utópicos» (empezando por los Estados Unidos y siguiendo por la Unión Soviética, el Estado de Israel o incluso el Tercer *Reich* de Hitler) nos han hecho bastante más recelosos sobre las bondades del género como guía de organización política de lo que fueron sus pioneros. Incluso en los mejores casos, los bienes sociales conseguidos nunca se dan sin serias contrapartidas que el mero planeamiento racional no preveía. De ahí que la ciencia ficción contemporánea abunde en «distopías», es decir «utopías» francamente detestables propuestas como modelos a *no* seguir, tales como *Un mundo feliz* de Aldous Huxley o *Nosotros* de Zamiatin. Pese a las buenas intenciones filosóficas que inspiraron la mayoría de ellas, los intentos de acuñar una concordia *prefabricada* y sin resquicios como sueño de unos cuantos se transforma al realizarse históricamente en la pesadilla de todos los demás.

Algunos utopistas y casi todos los políticos totalitarios de nuestro siglo han reclamado un «hombre nuevo» como materia prima dispuesta para someterse a sus proyectos. Pero el hombre, afortunadamente, no puede ser «nuevo» sin dejar de ser propiamente humano puesto que su propia sustancia simbólica está compuesta con una tradición de conocimientos adquiridos, experiencias históricas, conquistas sociales, memoria y leyendas. Las personas nunca pueden ser pizarras recién borradas –y ¡qué métodos tan terribles se han utilizado en las últimas décadas para borrar de las mentes cuanto merece ser recordado y defendido!– en las que se escriba arbitrariamente la nueva ley social, por buena letra que se proponga hacer el legislador. Tampoco es factible purgar a los hombres del apego racional a sus propios intereses encontrados para someterlos a un interés global o bien común determinado por alguna sabiduría situada por encima de sus cabe-

zas. No, es preciso fraguar la política de concordia a partir de los seres humanos realmente existentes con sus razones y pasiones, con sus discordias, con su tendencia al egoísmo depredador pero también con su necesidad de ser reconocidos por la simpatía social de los demás. Por lo que sabemos, tal concordia será siempre frágil y padecerá mil amenazas: segregará sus propios venenos, a veces a partir de sus mejores logros. ¿Cómo orientar la reflexión sobre tantas paradojas, sobre este *drama* colectivo de nuestra vida en común?

Hay dos enfoques principales, cada uno con muy diversos matices. El primero piensa la organización política de la comunidad humana a partir de un *contrato social* entre los individuos (no hace falta creer que ha tenido lugar como acontecimiento histórico, basta con aceptar el punto de partida teórico «como si» hubiese ocurrido), los cuales planean en común sus leyes, sus jerarquías, la distribución del poder y la mejor forma de atender a las necesidades públicas. Además de preocuparse por sus intereses privados, los socios comprenden también que es imprescindible atender a determinados aspectos colectivos que redundan en beneficio de todos y sustentan la viabilidad misma del grupo como tal. Los intereses de cada cual pueden oponerse a los de otros pero no al marco comunitario del que reciben su sentido: son «particulares» pero no «antisociales», porque si fueran esto último dejarían de funcionar como propiamente «humanos». Por tanto, es posible decidir en común lo que concierne a todos y revisar periódicamente las normas así establecidas: también será necesario que los gobernantes intervengan periódicamente para corregir las disfunciones que resulten de la mera pugna entre los intereses particulares o proteger a quienes se vean por cualquier circunstancia incapacitados para atender a sus necesidades más básicas.

La segunda perspectiva, en cambio, desconfía de la capacidad deliberativa de los socios en lo tocante a lo mejor para la comunidad. El poder político debe establecer tan sólo un marco lo más flexible y menos intervencionista posible, dentro del cual tengan libre juego las libertades de los socios en busca de satisfacer sus intereses. Cada cual es muy capaz de buscar lo mejor para sí mismo, aunque no lo sea para planificar lo que ha de ser preferible para todos. Pero es que precisamente el mayor beneficio público surgirá de la interacción entre quienes buscan sin cortapisas su provecho privado, a causa de la ya mencionada condición «social» de nuestros intereses aparentemente más particulares. En la búsqueda de su propio bien, cada cual no tendrá más remedio que colaborar aun sin proponérselo con el de los demás porque siempre obtenemos más de los otros beneficiándoles que perjudicándoles. Una suerte de «mano invisible» armoniza-

rá lo aparentemente discordante, reforzará los mejores planes de vida comunitaria y condenará al fracaso las soluciones caprichosas o erróneas. El poder político debe abstenerse lo más posible de intervenir en tal juego entre las astucias privadas para no viciar el resultado final y dañar al conjunto buscando un exceso «artificial» de perfección.

En resumen, por decirlo con palabras de Roger Scruton: «El defensor de la decisión colectiva busca una sociedad explícitamente *consentida* por sus miembros: es decir, que ellos mismos hagan la elección acerca de las instituciones y las condiciones materiales. El defensor de la mano invisible busca una sociedad que *resulte* del consentimiento, aunque nunca haya sido explícitamente consentida en conjunto puesto que las elecciones de sus miembros individuales recaen sobre cuestiones que nada tienen que ver con el resultado global» (en *Modern Philosophy*). En líneas generales, la primera de las dos perspectivas políticas es considerada «de izquierdas» y la segunda «de derechas»; pero creo que la marcha efectiva de casi todas las sociedades que conocemos actualmente no puede ser comprendida sin aplicar en un grado u otro ambos criterios.

El gran problema es que –a diferencia de lo que sucede en las utopías– en las sociedades existentes no todos los ideales resultan plenamente compatibles. Por ejemplo: las libertades públicas son sumamente deseables pero a veces chocan con la seguridad ciudadana, que también es un principio digno de consideración. Otro dilema: cuando escribo estas líneas acaba de ser detenido en Londres el general Pinochet a resultas de la denuncia de un juez español. Por un lado, siento enorme alegría porque quizá vaya a ser castigado ese bandido sanguinario (cualquier militar que vuelve las armas que la sociedad le ha dado contra la autoridad civil deja de ser un soldado y se convierte en simple bandolero); por otro, siento también preocupación ante la posibilidad de que la nuevamente asentada democracia chilena se vea comprometida por esta iniciativa judicial que enfrenta a los ciudadanos de ese país. En otros muchos casos se dan conflictos semejantes y aún peores: es importante defender los derechos humanos de las mujeres en aquellas sociedades –como la impuesta por los talibanes en Afghanistán– que no los respetan pero también merece respeto el derecho de cada comunidad humana a desarrollar sus propias interpretaciones valorativas sin ingerencias violentas de otras naciones, la libertad de comercio y empresa es un principio muy respetable pero entre sus consecuencias indeseables parece estar la miseria creciente de gran parte de la humanidad, etc. A comienzos de nuestro siglo, Max Weber habló de las «batallas entre dioses» que representan estos choques en la realidad histórica de ideales contrapuestos. Son como licores fuertes y puros que no pueden ser tomados sin mezcla. Quizá

el arte político por excelencia sea acertar en la dosificación del cóctel que los integre todos sin dejar de ser socialmente «digerible».

Desde Platón, la virtud que mejor expresa esa concordia social a partir de elementos discordantes de la que venimos hablando se llama *justicia*. Estamos demasiado acostumbrados, a mi juicio, a enfocarla de modo meramente distributivo (darle a cada cual lo suyo, a cada cual según sus merecimientos o sus necesidades) o retributivo (castigar a los malos y premiar a los buenos). Pero hay definiciones más amplias y que me parecen preferibles. La que más me gusta es de un pensador anarquista del siglo XIX, Pierre-Joseph Proudhon, y dice así: «La justicia...es el respeto, espontáneamente experimentado y recíprocamente garantizado, de la dignidad humana, en cualquier persona y en cualquier circunstancia en que se encuentre comprometida, y a cualquier riesgo que nos exponga su defensa»(«De la justicia en la revolución y en la Iglesia»). El concepto de *dignidad humana* en su forma contemporánea empieza a generalizarse a partir del siglo XVIII, cuando entra en crisis revolucionaria el sistema de honores propio de la aristocracia –reservado a una minoría– para dar paso a la exigencia de cada cual del reconocimiento de su calidad como hombre y como ciudadano. Entonces aparece el concepto político de «derechos humanos», que se incorporan a las constituciones democráticas y que se han ido fortificando teóricamente –aunque no siempre, ay, cumpliendo en la práctica– durante los últimos doscientos años. Los derechos humanos o derechos fundamentales son algo así como una declaración más detallada de lo que implica esa «dignidad» que es justo que los hombres se reconozcan los unos a los otros.

¿Qué implica la dignidad humana? En primer lugar, la inviolabilidad de cada persona, el reconocimiento de que no puede ser utilizada o sacrificada por los demás como un mero instrumento para la realización de fines generales. Por eso no hay derechos «humanos» colectivos, por lo mismo que no hay seres «humanos» colectivos: la persona humana no puede darse fuera de la sociedad pero no se agota en el servicio a ella. De aquí la segunda característica de su dignidad, el reconocimiento de la autonomía de cada cual para trazar sus propios planes de vida y sus propios baremos de excelencia, sin otro límite que el derecho semejante de los otros a la misma autonomía. En tercer lugar, el reconocimiento de que cada cual debe ser tratado socialmente de acuerdo con su conducta, mérito o demérito personales, y no según aquellos factores aleatorios que no son esenciales a su humanidad: raza, etnia, sexo, clase social, etc.

Estos factores de la dignidad humana individual han tropezado modernamente con presunciones supuestamente «científicas» que tienden a «cosificar» a las personas, negando su libertad y responsabilidad y reduciéndoles

a meros «efectos» de circunstancias genéricas. El racismo es el ejemplo más destacado de tal negación de la dignidad humana, pero en la actualidad va siendo sustituido por otro tipo de determinismo étnico o cultural, según el cual cada uno se debe exclusivamente a la configuración inevitable que recibe de su comunidad. Se supone así que las culturas son realidades cerradas sobre sí mismas, insolubles las unas para las otras e incomparables, cada una de las cuales es portadora de un modo completo de pensar y de existir que no debe ser «contaminado» por las demás ni alterado por las decisiones individuales de sus miembros. Tales dispositivos fatales «programan» a sus crías, en ocasiones para enfrentarlas sin remedio con los de otras culturas (el «choque de civilizaciones» del que habla Samuel Huntington) o al menos para cerrarlos al intercambio espiritual con ellos. ¡Ojalá dentro de cincuenta o cien años las invocaciones a la hoy sacrosanta «identidad cultural» de los pueblos que según algunos debe ser a toda costa preservada políticamente sean vistas con el mismo hostil recelo con que ya la mayoría acogemos las menciones al RH de la sangre o al color de la piel! Porque sin duda encierran en el fondo una voluntad no menos «injusta» de atentar contra el presupuesto esencial de la dignidad humana de cada uno: el de que los hombres no hemos nacido para vivir formando batallones uniformados, cada uno con su propia bandera al frente, sino para mezclarnos los unos con los otros sin dejar de reconocernos, a pesar de todas las diferencias culturales, una semejanza esencial y a partir de esa mezcla *inventarnos* de nuevo una y otra vez.

La obsesión característica de los nacionalismos, esa dolencia mayor del siglo XX, glorifica la necesaria «pertenencia» de cada ser humano a su terruño y la convierte en fatalidad orgullosa de sí misma. En el fondo no se trata más que de la detestable mentalidad posesiva que no sólo quiere poner el sello del dueño en las casas y en los objetos sino hasta en las tierras o paisajes. El imbécil «aquí somos así» y la mitificación de las «raíces» propias –como si los seres humanos fuésemos vegetales– bloquea la verdadera necesidad humana de *hospitalidad* que nos debemos unos a otros de acuerdo a lo que hemos llamado «dignidad». Para quien es capaz de reflexionar, todos somos extranjeros, judíos errantes, todos venimos de no se sabe dónde y vamos hacia lo desconocido (¿hacia los desconocidos?), todos nos debemos mutuamente deber de hospedaje en nuestro breve tránsito por este mundo común a todos, nuestra única verdadera «patria». Lo ha formulado muy bien un escritor judío, George Steiner: «Los árboles tienen raíces; los hombres y las mujeres, piernas. Y con ellas cruzan la barrera de la estulticia delimitada con alambradas, que son las fronteras; con ellas visitan y en ellas habitan entre el resto de la humanidad en calidad de

invitados. Hay un personaje fundamental en las leyendas, numerosas en la Biblia, pero también en la mitología griega y en otras mitologías: el extranjero en la puerta, el visitante que llama al atardecer tras su viaje. En las fábulas, esta llamada es a menudo la de un dios oculto o un emisario divino que pone a prueba nuestra hospitalidad. Quisiera pensar en estos visitantes como en los auténticos seres *humanos* que debemos proponernos ser, si es que deseamos sobrevivir» (*Errata*).

Según dice Sigmund Freud en su obra *El malestar de la cultura*, el sufrimiento humano tiene tres fuentes: «la supremacía de la Naturaleza, la caducidad de nuestro cuerpo y la insuficiencia de nuestros métodos para regular las relaciones humanas en la familia, el Estado y la sociedad». Pero ninguna de estas tres desdichas puede ser propiamente considerada lo peor de lo que nos asedia: para el ser que necesita la mirada comprensiva y confirmadora del otro a fin de llegar a ser él mismo «lo malo es, originariamente, aquello por lo cual uno es amenazado con la pérdida del amor». Nada nos deja más inermes, más desvalidos, más *amenazados* que la pérdida del amor, entendido éste tanto en su sentido más literal (paternofilial o erótico) como también en el más general que los griegos denominaban *filía*: la amistad entre quienes se eligen mutuamente como complementarios («porque él era él, porque yo era yo», con estas hermosas palabras justifica Montaigne su *filía* por Etienne de la Boétie) y la simpatía «civil» –cortés y vagamente impersonal pero solidaria de modo nada irrelevante– que los conciudadanos tienen que demostrarse cotidianamente unos a otros para que la vida en sociedad resulte gratificante. Sin amor ni *filía* la humanidad se atrofia y quedamos en manos de la inhóspita ley de la jungla. Con razón dijo Goethe que «saberse amado da más fuerza que saberse fuerte».

¿Cómo podemos merecer el amor de los otros? Gran parte de las pautas éticas en todas las culturas se han dedicado a darnos instrucciones para conseguirlo. Isaac Asimov, un escritor de ciencia-ficción que a mi juicio también es buen filósofo, inventó las «tres leyes de la robótica» que llevan grabadas en su programación las criaturas mecánicas que protagonizan «Yo, robot» y otros relatos suyos. Son éstas:

Primera: No dañarás a ningún ser humano.

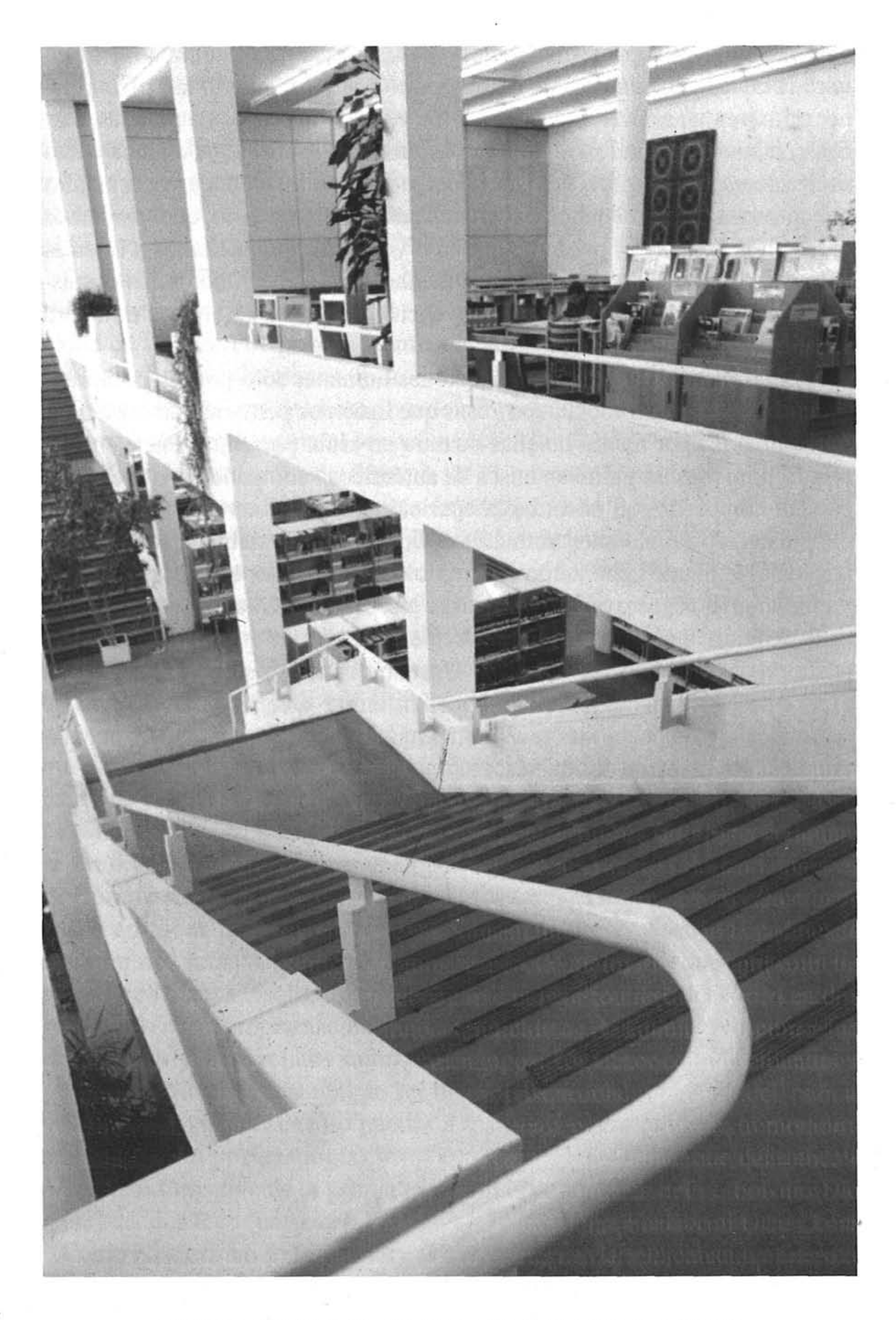
Segunda: Ayudarás cuanto puedas a los seres humanos (siempre que no sea violando la primera regla).

Tercero: Conservarás tu propia existencia (siempre que no sea a costa de violar las dos leyes anteriores).

Como nosotros no somos robots, la mayoría de las morales pasadas y presentes invierten el orden de estos tres preceptos pero por lo demás pueden resumirse en la tríada de Asimov. Por supuesto, siempre ha habido, hay y

habrá consejeros supuestamente desengañados que nos recomiendan *aprovecharnos* cuanto sea posible de quienes respetan la moralidad para obtener otras ventajas. Gracias a tales sabios vivimos rodeados de policías, cárceles, miseria y abandono. ¿Son tan astutos tales consejeros cínicos como suele creerse? ¿Merecen verdaderamente la pena las ventajas ocasionales que personalmente obtenemos escuchándoles frente a lo que perdemos todos en general? ¿Es prudente que tú o yo, lector, renunciemos a intentar merecer el amor de nuestros semejantes hasta que el último de los despistados o de los malvados se haya convencido de que es amor y no otra cosa lo que necesitamos?

Las más características manifestaciones humanas sólo pueden comprenderse en un contexto social: son cosas que hacemos pensando en los demás y *llamándoles* por medio de ellas cuando no están presentes. Por ejemplo, reír. El humor es un guiño en busca de auténticos «compañeros vitales» que puedan compartir con nosotros la aparición gozosa y a veces demoledora del sinsentido en el orden rutinario de los sentidos establecidos. Nada es tan sociable ni une tanto como el sentido del humor: por eso cuando en una reunión amistosa se oyen muchas risas o se intercambian abundantes sonrisas decimos que «lo están pasando bien». Es decir, que se encuentran a gusto reconociéndose unos a otros. Hasta quien ríe solo en verdad ríe a la espera de las almas gemelas que puedan unirse a reír con él. Y muchas amistades –¡y no pocos amores!– comienzan cuando dos entienden un chiste que se les escapa a los demás.



Biblioteca Hispánica, Madrid. Fotografía de Alejandro García Ortiz

Ideologías argentinas

Juan José Sebreli

Nada podemos saber acerca de lo que está pasando hoy en política, ni en nuestro país ni en el mundo, si no conocemos el desarrollo histórico de las ideas y de las ideologías que han imperado a lo largo de este siglo que llega a su fin.

Los grandes modelos políticos, sociales, económicos y culturales argentinos del siglo XX pueden clasificarse en cuatro grupos: el liberalismo conservador, el nacionalismo populista, el militarismo y el modelo surgido en 1983 que, por estar en curso, resulta aún difícil etiquetar.

Cada uno de ellos admite a su vez gradaciones, matices y subgrupos. Autoritarismo y democracia no se usarán en este caso como sustantivos sino como adjetivos de los modelos citados, aunque la primera de estas orientaciones predominará en gran medida sobre la segunda.

El liberalismo económico ligado al conservadurismo político

El primero de los modelos, el liberalismo económico a la antigua usanza ligado al conservadurismo político, fue el modelo de la clase dirigente hegemónica durante la primeras décadas de este siglo: la burguesía terrateniente agropecuaria exportadora de la pampa húmeda, llamada por sus admiradores familias patricias o aristocracia, y por sus detractores, oligarquía. La ideología liberal, aun cuando está presente desde la Revolución de Mayo, se afianzó como modelo con la llamada Generación del Ochenta hasta que hizo crisis durante la Primera Guerra Mundial, y sobrevivió, todavía con algunos éxitos, en el periodo de entreguerras.

Juzgado en términos estrictamente económicos, el modelo del liberalismo conservador fue sorprendentemente exitoso. Eran los tiempos en que el país logró la tasa de crecimiento más alta del mundo, su producto bruto se hallaba por encima del promedio mundial y el ingreso *per capita* igualaba al de los países más avanzados. Dos factores condicionaron este éxito. En primer término, el alza en los productos alimenticios y la baja en los indus-

triales en el mercado de la época. En segundo lugar, la alianza económica con el capitalismo inglés a pesar de las interpretaciones nacionalistas en contra que después predominarían.

Más difícil resulta justificar en cambio los aspectos políticos y sociales del modelo oligárquico, su concepción elitista del poder, la ilegitimidad de sus gobiernos elegidos fraudulentamente y la represión, con frecuencia sangrienta, al incipiente movimiento obrero. Estas características lo definen como un liberalismo no democrático. Sin embargo, aún en ese conservadurismo reaccionario hubo gérmenes, aunque confusos y vacilantes, de democracia sin los que no hubiera podido intentarse la transición pacífica a la misma. Estos gérmenes fueron la secularización de la sociedad civil iniciada por Roca, el fomento a la inmigración, que debía provocar inevitablemente un tipo de sociedad muy distinta a la tradicional, la difusión de la enseñanza pública, la escuela sarmientina y, finalmente, el otorgamiento del sufragio universal. Estas condiciones, favorecidas por la prosperidad económica, crearon los medios para una movilidad social más fluida que la de las sociedades europeas, como lo prueban el surgimiento de una vasta clase media descendiente en su inmensa mayoría de la primera generación de inmigrantes proletarios.

Pero el germen democrático en la República Liberal o el Orden Conservador, como también se lo ha llamado, tenía límites infranqueables impuestos por la base social misma en la que se apoyaba. En la medida en que las clases dirigentes tomaban conciencia de que la democratización desencadenaba fuerzas que adquirían autonomía y eran difíciles de controlar, comenzaron a debilitarse las tendencias democráticas y a reforzarse las autoritarias, llegando en 1930 a quebrar el orden constitucional que ellas mismas habían instituido, retornando a un nuevo ciclo con exclusión de las mayorías.

El liberalismo conservador no supo y no quiso constituir instituciones políticas estables, no logró formar un partido conservador institucional a la manera europea, lo que representaría un grave inconveniente para la posterior instauración de un régimen democrático. Prefirió en cambio conducir el país con estructuras informales compuestas por grupos familiares o vinculaciones económicas. Los partidos políticos conservadores, en la medida en que existían, eran organizaciones verticalistas, que no deliberaban ni resolvían nada y se limitaban a seguir las directivas del caudillo. El nucleamiento no se hacía en los comités sino en los clubes exclusivos como el Jockey o el Círculo de Armas o en asociaciones profesionales, como la Sociedad Rural. La selección de cuadros para los cargos públicos se hacía por vínculos de parentesco o amistad, sentando de ese modo el precedente

de los males que aquejarían a la política criolla: el informalismo, el corporativismo, el lobbismo, el nepotismo, el paternalismo, el patrimonialismo, el clientelismo.

Un régimen político basado en el caudillo, en el líder carismático en el caso de Roca, y el consiguiente predominio del Poder Ejecutivo sobre los demás poderes, así como la transgresión constante a las reglas del juego democrático, hicieron que la República liberal fuera la primera responsable por la fragilidad de las instituciones y prefigurara y preparara el terreno para la sociedad autoritaria y a la vez caótica del siglo XX.

El conservadurismo liberal terminó su ciclo en 1943, desde entonces ya sin opción propia, por la carencia de un partido político debió elegir entre alternativas más o menos apropiadas a sus intereses circunstanciales. En realidad, entre las tres únicas opciones que se darían en algún momento, el radicalismo, en otros el peronismo y, siempre que se pudo, el militarismo.

El modelo nacionalista populista

El pasaje del modelo liberal conservador al modelo nacionalista populista no fue un cambio violento, abrupto, sine que se fue dando en forma gradual en el interior mismo de la República liberal. El nacionalismo antiliberal surgió en el seno de las clases dirigentes liberales. El temor provocado por las masas de inmigrantes que llegaron a ser mayoría en la Capital y por el incipiente movimiento obrero de ideario internacionalista, llevó a las clases dirigentes liberales a inculcar el nacionalismo en la escuela pública, con el culto a los héroes, la exaltación de las glorias militares y el fetichismo de los símbolos. Fue un intelectual liberal y positivista como José María Ramos Mejía quien, como presidente del Consejo Nacional de Educación, organizó el ceremonial patriótico en las escuelas con características de culto religioso. Hay que recordar también que la reivindicación de Rosas, héroe mítico de los nacionalistas, estuvo al comienzo a cargo de escritores liberales como Adolfo Saldías.

A partir de los años 30, estos nacionalistas liberales, positivistas y aun anticlericales, fueron siendo desplazados por nacionalistas católicos, quienes encontraron el camino preparado por sus antecesores. La clase dirigente había comenzado a susurrar que el laicismo era bueno para las élites, pero la religión era necesaria para impedir la captación de las masas por la izquierda materialista. Se detenían de ese modo la laicizacion y secularización así como el rumbo modernizador de la oligarquía ilustrada de la Generación del Ochenta y del roquismo. Este proceso se daba correlativamente

con un cambio de paradigma ideológico en los ámbitos intelectuales y universitarios. El positivismo, sobre todo de corte spenceriano, que había sido la ideología predominante de la oligarquía ilustrada, estaba en declinación y era sustituido por las filosofías vitalistas irracionalistas de Bergson, Spengler, Keyserling y Maurras. A la influencia de Acción Francesa, se agregaría después la del fascismo aunque este fue un fenómeno que los nacionalistas católicos no entendieron nunca del todo, ya que precisamente las masas a las que ellos tanto despreciaban constituían un elemento esencial en el fascismo. El culto de las masas era en el fascismo la otra cara del culto del jefe. Tampoco el nietzcheanismo de Mussolini ni el neopaganismo de Hitler eran compatibles con el catolicismo integrista de los nacionalistas de élite, más próximo al corporativismo tradicionalista de Oliveira Salazar. El antisemitismo fue en cambio un rasgo común entre los nacionalcatólicos y los nacionalsocialistas.

El sistema liberal en su ocaso estaba invadido por elementos antiliberales que surgían de la misma clase social y hasta de las mismas familias. Carlos Ibarguren, uno de los principales ideólogos del nacionalismo temprano y aun del fascismo, era funcionario de los gobiernos liberales. Fueron los nacionalcatólicos los ideólogos del golpe del 30 y de la dictadura de Uriburu. Volvieron a serlo del golpe del 43 del que pronto fueron desplazados. Ibarguren, Ernesto Palacio, Juan Carlos Goyeneche, Martínez Zuviría, Manuel Gálvez, todos ellos pertenecientes a familias patricias y típicos representantes del nacionalismo aristocrático, estuvieron involucrados a la vez en los orígenes del peronismo. En compensación, el propio Perón había participado en el golpe oligárquico del 30 y había sido funcionario del gobierno liberal de Justo. El rulo se riza. Más aún, surgió un sector en el seno del régimen liberal conservador que esbozó el nacionalismo populista y al que luego se llamaría populismo oligárquico. Tales son los casos de Manuel Fresco, gobernador de la provincia de Buenos Aires y de Barceló, intendente de Avellaneda, en quienes sin duda Perón encontró fuente de inspiración.

Entre el nacionalismo aristocrático, tradicionalista, de élite, y el posterior nacionalismo populista, de masas, no había pues una contradicción excluyente. Ambos se interpenetraban, se deslizaban uno en el otro. Del mismo modo que el nacionalismo liberal había sido el eslabón intermedio entre el liberalismo positivista y el nacionalismo católico, después el nacionalismo católico sería el pasaje al nacionalismo populista, destinado a desplazar al modelo liberal conservador que los había engendrado a todos.

La clase dirigente desorientada y asustada ante la irrupción de las masas y ante las transformaciones que se daban en el mundo, había desatado fuerzas

que no pudo controlar, engendrando un nacionalismo que años después se volvería por su propia lógica interna en el enterrador del régimen liberal.

Pero la red ideológica es más complicada aún porque el nacionalismo populista, representado por el peronismo, admitía otra fuente de origen muy diverso y hasta opuesto al nacionalismo católico. Hubo un esbozo de nacionalismo populista en el radicalismo yrigoyenista Su carácter de primer gobierno surgido de las urnas, le dio retrospectivamente un aire progresista que no tuvo en la realidad. El yrigoyenismo no estuvo a la altura no ya de los partidos radicales europeos contemporáneos, sino ni siquiera del equivalente uruguayo, el battlismo. Impidió reformas básicas que exigía la modernización como la separación de la Iglesia y el Estado, o la ley del divorcio promulgada por Battle Ordóñez en el Uruguay pero rechazada en cambio por Yrigoyen... el soltero con hijos naturales. Si la República liberal no había sido democrática, a su vez la República radical no era liberal en términos políticos y culturales. Pero tampoco era consecuentemente democrática: mantuvo el modo de gobierno personalista de los caudillos conservadores, sustituyó el fraude electoral de los conservadores por la intervención a las provincias opositoras, menospreció al Congreso donde nunca puso un pie, ni siquiera para inaugurar sus sesiones. Superó a los conservadores en el reparto de prebendas y privilegios entre los partidarios, acentuando de ese modo la corrupción, el desorden administrativo, la desmesurada burocratización, la crisis fiscal.

Mas aún, el yrigoyenismo inició la tendencia hacia la sociedad corporativa, fue el primero en alentar el acercamiento entre Iglesia y ejército, y entre ambas y el Estado. Su original estilo de gobierno preanunciaba todos los rasgos del nacionalismo populista: culto al líder carismático, corte de fanáticos, uso abusivo de la propaganda, nacionalismo exacerbado disfrazado de antiimperialismo, visión mesiánica y patética de la política, concepción del radicalismo no como un partido político sino como un movimiento que expresaría la voluntad popular, división de la sociedad en dos sectores antagónicos irreconciliables, fetichismo de la unidad nacional incompatible con la pluralidad democrática, oposición del concepto romántico de pueblo al de clases sociales. No es casual que el intelectual del radicalismo Ricardo Rojas haya llevado su nacionalismo hasta los extremos de la xenofobia y aun del antisemitismo. No es casual tampoco que del radicalismo haya salido uno de los ideólogos más importantes del peronismo Diego Luis Molinari. El grupo Forja al que pertenecían Scalabrini Ortiz, Jauretche y Homero Manzi se pasó casi íntegramente del radicalismo al peronismo.

Tampoco es casual que Perón, cuando todavía no había formado un partido propio, pensó buscar apoyo en el radicalismo al que encontraba afín y

logró llevarse consigo una fracción del mismo; su primer vicepresidente fue al fin un caudillo radical. Fue Perón el primero en reivindicar a Yrigoyen como su precursor y trazar así la línea del movimiento histórico del que Alfonsín intentaría vanamente ser la tercera expresión.

Este borrador de nacionalismo populista del yrigoyenismo fue un fracaso, entre otras causas por la total ceguera ante los cambios económicos que debió afrontar y no supo ver, el agotamiento a partir de la guerra del modelo agroexportador y por consiguiente de la alianza comercial con los ingleses.

A partir del golpe militar de 1943 y especialmente en el periodo histórico del peronismo 1945-1955, se instaló el nuevo modelo del nacionalismo populista que esta vez llegaba para quedarse, y que, desde el poder o desde la oposición y aun de la marginación, marcaría cuarenta años de la vida argentina.

Los regímenes que por apartarse de la democracia parlamentaria se han dado en llamar «estados de excepción» pueden clasificarse en tres tipos: dictadura militar tradicional, bonapartismo y fascismo. En realidad no se trata de formas muy definidas; los límites entre ellas son imprecisos y sólo puede hablarse del grado de predominio de unas sobre otras y de la combinación que se da entre ellas. El peronismo no fue una forma nueva, original, distinta, autóctona, sólo idéntica a sí misma, como pretenden tanto sus adeptos como la mayor parte de quienes han intentado interpretarlo. Sin negar sus especificidades, el peronismo encaja en los modelos universales, bonapartista y fascista, constituye una combinación de ambos, y aun puede decirse que participó de los tres tipos de estado de excepción, ya que surgió de una dictadura militar de corte clásico, pues sin el golpe militar del 43 nunca hubiera llegado, derivó hacia el bonapartismo y aspiró siempre a ser un fascismo y realizó la mayor cantidad de fascismo que le permitieron la sociedad argentina y la época en que le tocó actuar.

El bonapartismo es una categoría política elaborada por Marx basándose en los regímenes de Napoleón III y de Bismarck. Su originalidad consiste en que contrariamente a las dictaduras tradicionales que excluyen a las masas y gobiernan por la represión lisa y llana, los regímenes bonapartistas integran a las masas. En lugar de constituirse en representantes de las clases dominantes, pretenden junto con la Iglesia y el Ejército constituirse en árbitro entre las clases sociales. Un rasgo novedoso consiste en alternar la represión con las concesiones. Los regímenes bonapartistas fueron los creadores de la asistencia social desde el Estado

¿Qué diferencia al bonapartismo del fascismo? No hay una contraposición excluyente entre ambos: el bonapartismo es una forma atenuada de fascismo y el fascismo es una forma exacerbada de bonapartismo. Mientras

que el bonapartismo es reformista, el fascismo es revolucionario, una revolución de derecha. Es revolucionario porque no surge de las clases altas tradicionales, sino que forma una nueva élite del poder, que es una antiélite porque está compuesta en gran parte de marginales. Evita es un ejemplo paradigmático de antiélite. Es revolucionario porque a diferencia de las dictaduras clásicas, que pretenden restaurar los valores tradicionales en peligro, el fascismo crea una nueva ideología distinta a la tradicional y aparentemente opuesta y que por abarcar todos los aspectos de la vida y querer dar al pueblo un nuevo sentido de la misma, adquiere el carácter de una religión política.

El rasgo que mejor caracteriza al fascismo y que le da su aspecto más revolucionario, es su relación con las masas. A diferencia de la derecha tradicional, el fascismo se apoya en las masas. A diferencia del bonapartismo que se limita a integrar las masas, el fascismo además las moviliza. El líder carismático fascista no busca sólo la obediencia de las masas, sino además su adhesión activa, un sentimiento o pasión colectiva que se parece mucho al amor. Un grave error de análisis político es pretender negar el carácter fascista del peronismo clásico por el apoyo y movilización de masas populares cuando eso es precisamente lo que caracteriza al fascismo. Por otra parte quienes se empeñan en diferenciar peronismo y fascismo contradicen al propio Perón que nunca ocultó su adhesión al mismo como queda documentado en sus libros *La hora de los pueblos* y *Latinoamérica ahora o nunca* y en el reportaje que le realizara Félix Luna.

Queda por analizar otro rasgo fundamental del peronismo y del fascismo que es el totalitarismo. Esta es una categoría política que se aplica a regímenes distintos como el fascismo y el estalinismo, y también, con cierta limitación, a sistemas de otras civilizaciones y épocas como el despotismo oriental de la Antigüedad, Esparta o el imperio incaico. La Argentina conoció innumerables y variadas dictaduras a lo largo de su historia pero sólo dos sistemas totalitarios, el rosismo en el siglo XIX y el peronismo en el siglo XX.

El totalitarismo, de ahí su nombre, subordina al Estado y al movimiento político que está en posesión del Estado, todos los aspectos de la vida humana, introduciéndose en los últimos recovecos de la privacidad, aún los más íntimos como las costumbres, la vestimenta, el corte de pelo o el comportamiento sexual. Se reprime toda originalidad, variedad o divergencia para lograr una sociedad homogénea. La sociedad civil desaparece asimilada por el Estado, la vida privada es absorbida por la vida pública, el individuo por la colectividad. Esos resquicios que dejan las dictaduras tradicionales para refugiarse en el silencio y la privacidad no existen en el

totalitarismo. En las dictaduras tradicionales basta con callar, en el totalitarismo además hay que gritar.

El totalitarismo crea un estado de ánimo colectivo que en determinadas circunstancias es llevado al paroxismo y se transforma en una locura colectiva, en un delirio de unanimidad. En la concentración de masas de las fiestas totalitarias se experimenta una simbiosis afectiva entre el líder y las masas participantes. En los momentos de gran ebullición se produce la fusión de las conciencias individuales. El propio yo como algo independiente y unitario se disuelve en el todo, se trata de una experiencia similar a los efectos de algunas drogas alucinógenas o danzas rituales o trances o éxtasis místicos.

El totalitarismo ha desaparecido de nuestro país y del mundo occidental, pero con la desaparición de esas grandes religiones políticas pareciera ser que el espacio vacío es llenado por espectáculos de masas apolíticos y aparentemente inofensivos como los festivales de rock o el fútbol, donde vuelve a experimentarse ese delirio de unanimidad. Dado que los recursos de difusión con que cuentan estos espectáculos llegan a extremos tales que nunca pudieron alcanzar aquellos grandes dictadores, no es exagerado temer que aun sin proponérselo preparan una mentalidad totalitaria, al exaltar la emoción colectiva sobre la inteligencia, los sentimientos gregarios sobre los individuales.

No obstante y afortunadamente, los delirios de unanimidad duran poco tiempo. La utopía totalitaria es difícil de mantener; sólo lo consiguieron en forma plena el nazismo, el estalinismo y el maoísmo. El fascismo italiano, en cambio, nunca fue un totalitarismo cabal, porque debió compartir su poder con la monarquía, la Iglesia y el ejército. Del mismo modo el peronismo nunca logró ser un totalitarismo pleno porque las fuerzas armadas y la Iglesia, aunque lo apoyaron, mantuvieron cierta distancia, porque no logró destruir a la oposición política y porque casi la mitad de la sociedad civil fue su adversaria. El totalitarismo no importa necesariamente una tiranía sangrienta. La Italia mussoliniana, antes de su alianza con Hitler, no lo fue. El peronismo tampoco, pero precisamente esa relativa falta de crueldad hizo que el peronismo, a diferencia del nazismo, fuera más peligrosamente engañoso, y mucho más fácil de perdurar, de repetirse y aún de ser rehabilitado por quienes se piensan a sí mismos como demócratas.

El nacionalismo populista pareció terminado con la caída de Perón en 1955. Sin embargo, se convirtió en la principal ideología opositora. Hacia fines de los años 50 se había producido un fenómeno inédito, la peronización de vastos sectores de la clase media, dándole de ese modo el tinte inte-

lectual que habla faltado durante la dictadura de Perón. Uno de los desencadenantes de este extraño fenómeno fue la campaña del frondizismo-frigerismo, interesado en reivindicar al peronismo en parte por el pacto preelectoral con Perón. Pero fundamentalmente porque el proyecto político de Frondizi-Frigerio era desprenderse de los aspectos fascistas del peronismo pero retomar el lado bonapartista. El programa de Frondizi no era una democracia basada en el sistema de partidos, ya que él no tenía ninguno, sine un sistema corporativo basado en el empresariado, el sindicalismo, el ejército y la Iglesia. Sin embargo, se trató de un intento frustrado porque estos factores de poder no le respondieron, aunque fue en cierto modo y sin proponérselo el borrador del proyecto de la dictadura militar desarrollista de Onganía.

A la peronización de la clase media, siguió una década más tarde la peronización más especifica de la juventud universitaria, pero esta vez no ya detrás de un proyecto político bonapartista sino de una utopía revolucionaria, la del peronismo de izquierda. Nuevamente aquí debe señalarse que el fenómeno de la Juventud Peronista y Montoneros tampoco fue original sino que también se encuadra dentro del modelo fascista clásico. Los regímenes fascistas europeos tuvieron su ala izquierda sobre la que se apoyaron en la etapa ascendente y a la que liquidaron política y físicamente cuando llegaron al poder. La masacre de Ezeiza es el equivalente de la «noche de los cuchillos largos» del nazismo.

El error simétrico de negar el carácter fascista del peronismo es adjudicar el calificativo de fascista a dictaduras militares de tipo tradicional y, por lo tanto, desmovilizadoras de masas como fueron los regímenes de Onganía y de Videla. En este caso el concepto fascista pierde toda especificidad y se convierte en un prescindible sinónimo de dictadura reaccionaria de derecha. Es preciso, en ciencias sociales, adoptar una actitud vigilante con respecto al uso de los términos pues pueden llevar a errores conceptuales que a su vez derivan en graves equivocaciones políticas.

El militarismo

Nos toca ahora hablar de este tercer modelo que al comienzo designamos con el término general de militarismo y en el que hay que establecer diferencias y matices. Ante todo debe señalarse que todos los golpes de Estado y todas las dictaduras militares desde 1930 a 1976, tuvieron apoyo de la sociedad civil, no solamente de algunos sectores minoritarios de la clase alta, sino de amplios sectores de clase media y en algunos casos de clase

obrera. Los dirigentes sindicales asistieron a la asunción del mando por el dictador Onganía. Todas las dictaduras fueron legitimadas además por el poder judicial. Los partidos políticos y el periodismo tampoco fueron ajenos. Tanto Uriburu como Lonardi y Galtieri llenaron la Plaza de Mayo. Por otra parte, las dictaduras militares no caen por una movilización de la sociedad civil o de los partidos. Generalmente son otros sectores militares los que las desplazan o es la crisis económica la que las persuade de irse. En el caso de la última dictadura, su caída debe agradecerse exclusivamente a la derrota en la guerra. Por otra parte, fueron civiles y aún intelectuales de prestigio, a partir de Leopoldo Lugones, quiènes elaboraron las ideologías de las dictaduras; los militares son incapaces de elaborar ninguna teoría. Debe hablarse por lo tanto más correctamente de golpes cívico-militares. La prueba está en que cuando la sociedad civil a partir de 1983 llegó al hartazgo de la dictadura militar, todos los levantamientos pudieron ser derrotados.

El ciclo militarista no fue de ningún modo ideológicamente monolítico y sólo en algunos aspectos puede identificarse con las dictaduras militares tradicionales latinoamericanas. El golpe de 1930 fue, como vimos, un intento frustrado del nacionalismo aristocrático. El golpe del 43 derivó rápidamente hacia el nacionalismo populista. El golpe del 55 fue encabezado en un comienzo por sectores nacionalistas similares a los del 30.

La especificidad del modelo militar la encontramos tan sólo en el golpe del 66 y del 76, sobre todo en el primero donde la ideología estuvo más elaborada. La dictadura de Onganía fue una combinación de dictadura militar tradicional y bonapartismo. No fue fascista porque faltaron los elementos fundamentales ya que Onganía ejerció un liderazgo autoritario pero no carismático. Como un dictador tradicional sólo buscó obediencia y no amor, no elaboró el ritual de culto a la personalidad. Contrariamente al fascismo, fue un régimen desmovilizador de masas. A diferencia del fascismo, carecía de una ideología original, la ideología se limitaba al catolicismo integrista contrario al individualismo liberal, tal como se enseñaba en el Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad del Salvador o en los cursillos de cristiandad. No hubo adoctrinamiento, ni propagandización, ni politización. Fuera de las grotescas campañas moralistas, no se intentó quebrar demasiado los límites entre lo privado y lo público. Fue, pues, un régimen autoritario pero no totalitario.

El elemento específico de este militarismo de nuevo cuño fue el aspecto desarrollista, tecnocrático, eficientista. El modelo económico de sustitución de importaciones, de industrialización liviana para el mercado interno, estaba agotado y por tanto el nacionalismo populista basado en él se volvía

anacrónico. Fue así como algunos ideólogos de derecha surgidos en parte de la Escuela de Economía de la Universidad Católica consiguieron influir en algunos dirigentes sindicales, en sectores del empresariado y en el arma más mecanizada del ejército, la caballería, donde se imponía un alto nivel técnico. Crearon en todos ellos la conciencia de la necesidad de una tecnología de avanzada, la reconversión industrial, en fin, de un desarrollo capitalista acelerado. A los valores de orden, disciplina, jerarquía y moral característicos de las dictaduras militares de tipo tradicional, se unía un modernismo tecnocrático, el culto a la eficiencia, lo que puede llamarse modernización autoritaria o modernismo reaccionario. Este tipo de dictaduras desarrollistas admitían un antecedente en la Europa Central de los años 30, en los regímenes autoritarios del almirante Horthy en Hungría, del mariscal Pilsudski en Polonia y de Dolfuss en Austria.

Pero nadie se acordaba en los años 60 de ejemplos tan alejados y todavía era demasiado pronto para recurrir a los modelos de los tigres del Sudeste asiático como la dictadura desarrollista del general Park en Corea del Sur. Los modelos entonces eran la dictadura de Castello Branco surgida del golpe militar brasileño de 1964 y, sobre todo, el franquismo tardío.

El caso español era paradigmático. El franquismo temprano impregnado de ideología fascista y por lo tanto más parecido al peronismo, había sido un fracaso económico, pero el desplazamiento de la Falange por el Opus Dei y el abandono de la autarquía –imponiéndose a las propias convicciones de Franco– había significado un crecimiento económico sin precedentes. Algunos autores han creído ver en este tipo de régimen un modelo original que han llamado Estado orgánico (Linz), burocracia autoritaria (Woolf) o Estado autoritario burocrático (Guillermo O'Donnell) pero una vez más, como en el caso del peronismo, puede definirse con categorías clásicas. Estas dictaduras de nuevo cuño representaron una transición entre la dictadura militar tradicional católica de derecha y el bonapartismo.

La organización política de la dictadura de Onganía intentó sustituir el régimen parlamentario por el corporativo. Al ejército, la Iglesia y el empresariado se sumaban un sindicalismo totalmente despolitizado y sumiso, lo más parecido posible al modelo bonapartista. El fracaso de este modelo que después quiso repetir Videla, se debió a variadas causas, entre éstas la contradicción entre una economía modernizadora y una organización política, social y cultural premoderna. Fracasó también por la represiva política universitaria que alejó del país a los más capaces, y que tuvo una consecuencia inesperada y no deseada: el surgimiento de la juventud universitaria peronista de izquierda y montonera, educada en las llamadas cátedras nacionales, donde los profesores nacionalistas católicos reemplazaban a los

liberales e izquierdistas expulsados. La falta de garantías jurídicas por la inexistencia de instituciones democráticas y, a partir de la aparición del terrorismo, también la falta de orden social, desalentó la inversión de capitales, lo que contribuyó al fracaso. Pero fundamentalmente el modelo fracasó por la contradicción insoluble entre una conducción económica liberal y el nacionalismo estatista y autarquista innato de los militares. Los programas económicos intencionalmente aperturistas de Adalbert Krieger Vasena y José Martínez de Hoz, chocaron con el nacionalismo de los militares que de ningún modo estaban dispuestos a desprenderse de las empresas estatales del área de Defensa, así como de otras empresas estatales que frecuentemente dirigían. Más aún, durante estos periodos y, sobre todo en el de Videla, el intervencionismo estatal creció, no sólo no se plantearon las privatizaciones sino que se sumaron otras nacionalizaciones de empresas y bancos quebrados. Por otra parte, tampoco el empresariado estaba dispuesto a la racionalización económica que significaba la pérdida de prebendas, subsidios y contratos, el fin del proteccionismo que aseguraba la ganancia fácil y libre de competidores.

Periodo actual: democracia política y neoliberalismo económico

Hemos pasado por las distintas ideologías: el liberalismo conservador, el nacionalismo populista, el militarismo. Todas ellas se dieron en regímenes con un mayor o menor grado de autoritarismo, dictaduras, semidictaduras, dictaduras plebiscitadas, semidemocracias o pseudodemocracias, todas ellas en mayor o menor medida llevaron al país al estancamiento económico, al aislamiento del mundo, a la decadencia cultural. Nos queda lo más difícil: analizar la complicada situación actual, el ciclo que se inicia en 1983, signado por la democracia en el plano político y el neoliberalismo en el económico. El país desde entonces es indudablemente otro, pero la transición está llena de dificultades, porque el pasaje de formas autoritarias a democráticas, es simultáneo con la transformación de una economía cerrada a otra insertada en el mercado mundial y que, por añadidura, debe hacerse en un mundo que, a su vez, está cambiando todos los días.

Los dos partidos históricos que se alternan en el gobierno desde 1983, deben cargar con el pesado lastre de un país sin ninguna formación democrática, falencia de la que precisamente los dos partidos son, junto al poder militar, corresponsables. Los partidos políticos, en efecto, no fueron escue-

las de civismo, salvo tal vez el viejo partido socialista de Juan B. Justo, de influencia limitada y hoy prácticamente desaparecido. Por el contrario, el radicalismo histórico rechazó cualquier contenido programático que fuera más allá de las generalizaciones retóricas. Las nebulosidades krausistas de Yrigoyen no daban para más.

En cuanto a la ideologización total del peronismo histórico, estaba además la idolización de los dos líderes, que defendían como principios sagrados posiciones cambiantes según la táctica del momento, en el más típico estilo totalitario. Tampoco contribuyeron a la formación de una ciudadanía consciente y responsable instituciones como la universidad, la prensa, los sindicatos, salvo en algunos breves períodos y con excepción de algunos casos individuales. Estas instituciones estuvieron sujetas a los avatares de la ilegitimidad del poder, a la presión de las corporaciones, a la censura, a la persecución ideológica y, a veces, también al oportunismo.

Alfonsín debió enfrentar una tarea que su propio partido no fue capaz de llevar a cabo en 1916; la indigencia en la que se encontró era el resultado de la incapacidad de sus abuelos. Debió encarar tardíamente las tareas de un partido liberal democrático de principios de siglo, la formación de una sociedad civil y laica, independiente del poder de las corporaciones clericales y militares, lo que le valió el hostigamiento permanente de ambas.

A Menem, por su parte, por una de esas ironías en que suele complacerse la historia, le tocó la paradójica faena de destruir hasta no dejar un solo ladrillo todo lo que el peronismo clásico representaba y, además, hacerlo en nombre del peronismo.

El alfonsinismo y el menemismo, a pesar de sus diferencias, exageradas por ambos por razones de competencia, tienen muchos puntos en común, como antes lo tuvieron el yrigoyenismo y el peronismo.

En el plano económico fue Alfonsín quien en el discurso de Parque Norte de 1985 instalaba los temas de la modernización, del agotamiento del populismo, del fin del Estado prebendario. Fue el teórico de los cambios que, por falta de tiempo y de poder político, no pudo realizar, dejándole esa tarea a Menem. El programa económico de Sourrouille no fue al fin sino el borrador, el preámbulo, el preanuncio del programa implementado por Cavallo. Las privatizaciones intentadas por Terragno permitieron después a Menem llevarlas a cabo sin provocar escándalo. Con las mismas palabras con que la oposición peronista atacaba el programa de Sourrouille y Terragno, fue atacado por los radicales el programa de Menem y Cavallo. Paradójicamente el justicialismo, ayer desde la oposición, acusaba al gobierno radical por los mismos males de los que sería acusado después

por el radicalismo, hasta con las mismas palabras, en una sustitución de papeles que parece extraída de un cuento de Borges.

Ambos, Alfonsín y Menem, por añadidura, realizaron ese programa económico contra sus propios pasados políticos y con la resistencia de sus respectivos partidos.

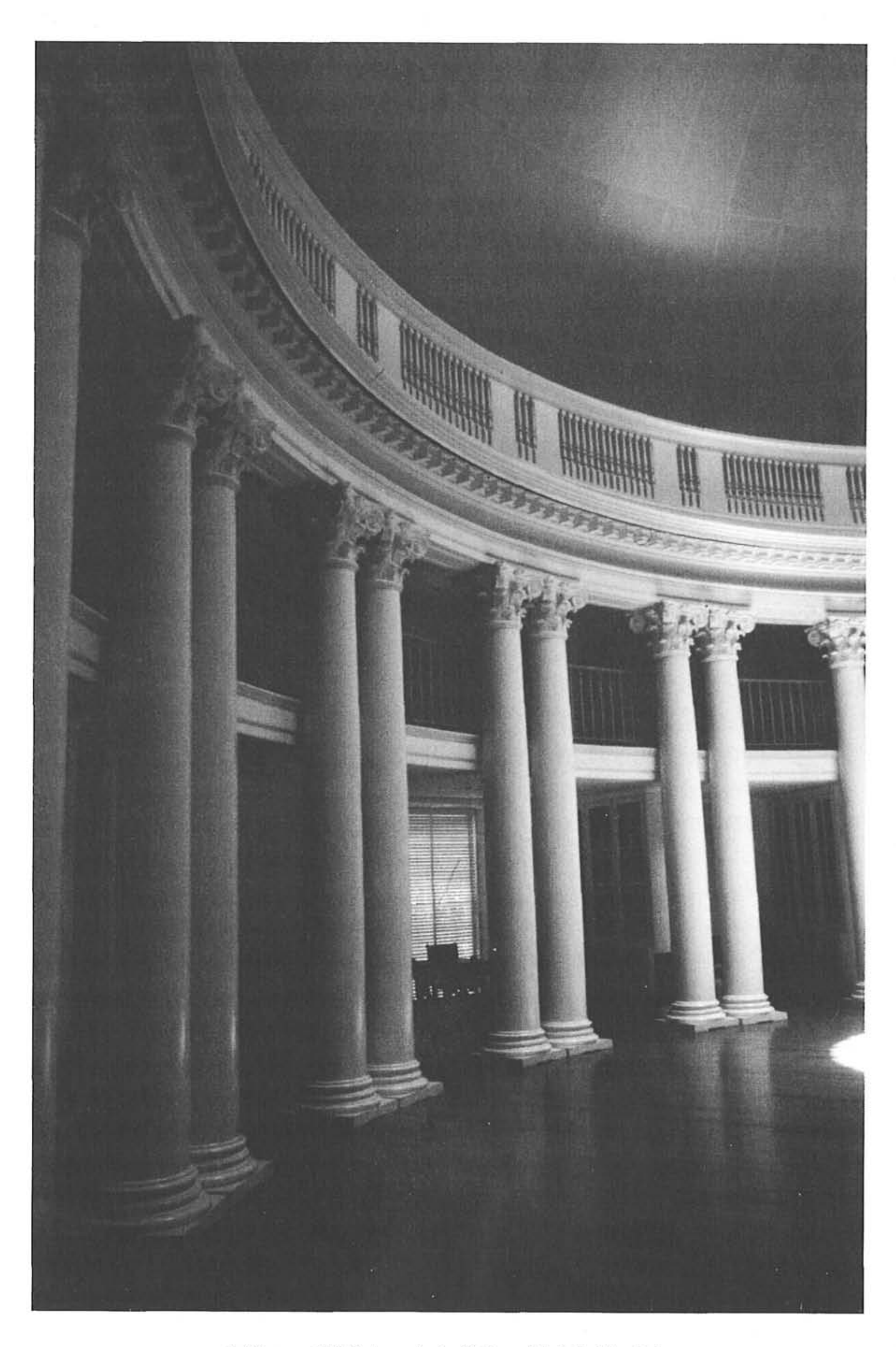
El enfrentamiento a las corporaciones, fue otra área que debieron encarar Alfonsín y Menem. La subordinación de las fuerzas armadas al poder civil fue comenzada por Alfonsín con el juicio a los comandantes y el enfrentamiento civil a los intentos de golpe. Menem la continuó reduciendo drásticamente el presupuesto militar, desmantelando el complejo industrial-militar, base de la alianza del ejército con empresarios y sindicalistas, y terminando con el servicio militar obligatorio. El ejército perdió con el servicio militar un instrumento de manipulación de la juventud, de adoctrinamiento en el nacionalismo, el autoritarismo, la autoglorificación y la humillación de la sociedad civil.

La principal carencia de la transición a la democracia es que el debilitamiento de las corporaciones no fue compensado por la reforma del Estado y el fortalecimiento del sistema de partidos capaz de sustituir al tradicional caudillismo. Por el contrario, tanto Alfonsín como Menem, frente a la crisis de sus respectivos partidos, a la que en parte contribuyeron con su personalismo, se comportaron también en esto de manera parecida. Tanto Alfonsín cuando era gobierno como Menem tienden a dejar en un segundo plano a sus respectivos partidos desgarrados por internas feroces y contradicciones insolubles. Procuraron por igual dar mayor preponderancia al Poder Ejecutivo y pasar frecuentemente por alto a sus propios representantes parlamentarios, gobernando por decreto o tomando con el mayor sigilo las más importantes decisiones políticas y, sobre todo, económicas. Alfonsín no menos que Menem, tuvo sueños hegemónicos y también tuvo su intento frustrado de reforma constitucional girando alrededor del tema de la reelección presidencial.

La supervivencia del personalismo por sobre las instituciones no significa que nada haya cambiado; no puede hablarse de liderazgos carismáticos en gobernantes cuyo índice de popularidad cambia cada nueva encuesta. Aunque todavía Alfonsín tuvo algún amague de liderazgo carismático, con concentraciones en la Plaza de Mayo y proyecto del «tercer movimiento histórico», se quedó en mitad de camino. Menem ni siquiera salió al balcón. Que Alfonsín no haya sido otro Yrigoyen ni Menem otro Perón es un avance para la democracia, un signo de la secularización de la vida política, de la muerte de la política como religión y de los conductores políticos como profetas mesiánicos. El desapasionamiento de la ciudadanía por la

política, que es vista como indiferentismo o despolitización, aunque algo de eso puede haber, es también un síntoma, por cierto saludable, de racionalidad, de superación del fanatismo que era un factor constante de la era autoritaria. La desaparición del líder carismático es simétrica a la del interlocutor del mismo y sujeto del movimientismo, el pueblo considerado como una unidad homogénea, como una entidad ontológica supraindividual. El espacio central de la vida política ya no es la plaza, donde se establecía una relación inmediata, un diálogo ficticio entre el líder y la masa. El pueblo se fragmentó en una serie de sectores heterogéneos con sus propios intereses, en una multiplicidad polifacética de grupos humanos imposibles de integrar en una unidad monolítica.

En oposición a la concepción organicista y holista de la sociedad autoritaria en la que las partes están subordinadas al todo, la política democrática moderna se basa en la interrelación social entre los individuos, cuyos vínculos no son orgánicos sino contractuales. La unidad nacional y la armonía de clases, no es más que un mito autoritario y totalitario, la forma insuperable de las relaciones humanas es el conflicto, la contradicción y su resolución no es la armonía sino apenas el equilibrio inestable. O, como decía Kant, «la insociabilidad sociable». Porque no persigue la quimera de la sociedad como unidad y totalidad, y sólo aspira a establecer las reglas del juego que sustituyen la violencia por el acuerdo, la democracia es el sistema político que más se adecua a la imperfecta realidad humana.



Jefferson: Biblioteca de la Universidad de Virginia

CALLEJERO



Perrault: Biblioteca Nacional. París

Entrevista con Abel Posse

Samuel Serrano
Inmaculada García

–¿Qué pretende usted con sus novelas al apoyarlas, en su mayoría, en hechos o personajes históricos?

–La idea de fundamentar una novela en un hecho histórico es muy antigua y muchas novelas han sido históricas sin pretender serlo. Luego viene la crónica que enriquece enormemente toda la literatura referente a la historia pero lo que yo he querido hacer con mis novelas es una forma de narración distinta de la historia por los caminos transversales, oblicuos, escondidos que ofrecen la poesía, la filosofía, la antropología y otras ciencias que me han permitido crear un lenguaje propio para interpretar el episodio fundamental de nuestra América, ese doce de octubre de 1492 en el que se produjeron todos los malentendidos que ahora forman parte de nuestra vida y con los cuales hemos sobrevivido durante cinco siglos.

Mi propósito inicial era doble: se trataba, claro está, de una búsqueda literaria y de un modo de abordar el hecho fundamental de nuestra América; la ruptura inicial de la que nacimos y que tiene una presencia continua en nuestra vida política, social y económica. Novelas como *Los perros del Paraíso*, *Daimón*, *El largo atardecer del caminante* y otra que tengo en preparación que se llamará *Los heraldos negros*, han sido la forma que he encontrado para responder a mi búsqueda de raíces, a la explicación cultural de nuestro continente siempre enfermo, siempre quebrado, siempre adolescente, siempre dependiente de las culturas externas, incapaz de alcanzar su nacimiento desde su propia cultura.

–¿Cómo es el proceso de acercamiento a sus personajes hasta el momento en que llegan a convertirse en protagonistas de sus novelas?

Un novelista no procede de una manera muy racional; hay un elemento atractivo temático que hace que un asunto destaque sobre otros; también hay personajes, momentos históricos que le preocupan, conflictos que le parece que puede desentrañar o desarrollar en sus novelas pero no hay una selección de «gran plano» como la *Comedia humana* de Balzac, que se

hallaba perfectamente parcelada en distintos cuadros para abarcar totalmente la sociedad. Yo escribo con completa libertad, escojo mis personajes movido por mi propio sentir y, aunque es cierto que mi mayor esfuerzo literario lo he realizado en torno a la historia, no soy un escritor de temas exclusivamente históricos pues lo que más me interesa al situar mis novelas dentro de este contexto es mostrar el conflicto de las culturas y su consecuencia en nuestra vida y nuestra forma de ser.

Comencé escribiendo sobre temas de actualidad. *Los bogavantes* y *La boca del tigre* son novelas que transcurren en el París del 68 y en esa Rusia vista por los latinoamericanos que vivieron allá. Luego pasé a hablar de personajes del siglo XVI como los Reyes Católicos, Colón y los marineros y cronistas que lo acompañaron en su saga, y lo hice con plena conciencia de la simbología y del valor que tienen como representantes de la cultura occidental judeocristiana que choca con el hombre indígena americano que era un hombre cósmico, desprovisto de la idea de culpa y de progreso humano que, finalmente, lo va a desarraigar de su entorno natural, lo va a oponer a la naturaleza transformándolo a él, a los animales y a las plantas en objetos de la economía.

Los casos de Ernesto Guevara y de Eva Perón obedecen a otra intención novelística; se trata de acercarme al espíritu de estos personajes, de estos creadores de política excepcionales por su carácter y personalidad, a estos *condotieros* renacentistas trasplantados a nuestra época, y lo he hecho porque me gusta interpretarlos, porque su vida me sirve para expresar mi rebeldía y jugar al mismo tiempo con la historia.

–Percibimos en sus personajes de corte romántico, Lope de Aguirre, Cristóbal Colón, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, etc., una nostalgia por tiempos heroicos que se han ido. ¿Cómo ve usted nuestro tiempo?

–Ese impulso que anima mis novelas, que ustedes califican de romántico, obedece a un deseo de exaltar la vida, de exaltar a esos grandes personajes que, en su momento, jugaron su tiempo vital a un propósito osado, particular, transformador, al que entregaron todos sus esfuerzos. Personajes nietzscheanos, renacentistas, fundadores de política que me interesa evocar para reclamar otra dimensión de la condición humana y contraponerla a esta época que nos ha tocado en suerte.

La historia del hombre está formada por momentos divergentes de entrega, de osadía, de apatía y abulia. Éste es un momento sin héroes, sin grandeza, sin mucha ética, sin sueños, un momento de mera subsistencia al que yo intento oponer en mis novelas la perplejidad del hombre ante el hecho

de existir, del hombre con su dolor y su pregunta por Dios y por la muerte pues creo que, como decían los poetas del Siglo de Oro, lo más importante de nuestra vida se encuentra en nuestro diálogo con la muerte.

–¿Cómo concibe usted la historia?

–La reflexión que ustedes me proponen es muy grave y para analizarla tendremos que partir de la idea tradicional occidental de que el hombre es excelente, creado a imagen y semejanza de Dios, y que la historia y el tiempo no son más que una escalinata de superaciones sucesivas con entrepisos o pequeños retrocesos que llevan siempre a una superación, idea que para mí no está vigente pues no creo en la superación del hombre por medio de la tecnología, de los objetos o de sus supuestas realizaciones.

En estos momentos de mi vida, bastante avanzada, yo pienso en un hombre que no merece elogios y que no debería arrogarse más la idea de que está hecho a imagen y semejanza de Dios. No creo que el hombre pueda distinguirse de todo lo creado, de los animales, de las plantas, ni que tenga ningún derecho a autoproclamarse el benemérito de la creación, idea sin duda peligrosa porque quita el entusiasmo del hombre por sí mismo que hizo de la historia un espectáculo bastante interesante pero, al mismo tiempo, bastante cruel. No me propongo más esa idea humanista tradicional que la literatura de Occidente conserva totalmente, que es la idea del bien, de la superación ética, de la mejoría social, pues cada vez me cuesta más ingresar en ese tema.

–¿Qué opina del estilo neobarroco en la narrativa actual, no cree que en algún momento puede restarle agilidad a la novela?

–Creo que el neobarroco tiene sus leyes propias y respetadas estas leyes, como en el caso de Severo Sarduy, Lezama Lima o Guimaraes Rosa, puede alcanzar su plenitud. Un estilo bien asimilado no puede arruinar a un autor, más bien es el autor el que puede arruinar un estilo.

–El anacronismo y lo carnavalesco son elementos fundamentales de su narrativa. ¿Qué papel desempeñan en sus novelas?

–El anacronismo y otras técnicas semejantes de la narrativa me sirven para avisar al lector que lo que él cree circunscrito solamente a un tiempo y un espacio, América en el siglo XVI, es también un episodio cultural que tiene consecuencias absolutas en la contemporaneidad, lo que indica que

existe una unidad del tiempo y que el tiempo es circular y cíclico. Uso el anacronismo para destruir la idea lineal del tiempo y recordar al lector que el tiempo circular en el que creo, el tiempo de los hombres y los dioses, tiene poco que ver con el reloj y la idea de perfectibilidad del hombre occidental.

Lo carnavalesco, por su parte, proviene de una corriente legítima de la literatura que ha existido desde siempre. Ya en Rabelais encontramos una literatura donde la realidad está conjugada con un humorismo pesado, crítico, sarcástico y carnavalesco semejante al que subyace en mi literatura, elemento rayano en lo goyesco negro que yo sentí, con toda naturalidad, que me venía muy bien para narrar la amoralidad y la insolencia de la historia.

–Su condición de escritor y diplomático, le ha permitido vivir en muchas ciudades. ¿Cuál de ellas cree que influyó más en su creación literaria y en cuál de ellas le gustaría vivir?

–La formación de un escritor es bastante mágica. Hay una voluntad de escribir y, al mismo tiempo, una fuga continua de los pasos que exigirían una voluntad racional definida. Elegí ser diplomático y aunque los destinos que fui teniendo (París, Venecia, Moscú, etc.) fueron dictados por el azar, todos me fueron dando algo importante. Creo que cuando existe la voluntad el mundo nos dará siempre algo en cualquier lugar porque si no hubiera ido a Moscú, como ocurrió, y hubiera ido a Pekín, por ejemplo, tal vez habría escrito algo sobre Pekín.

No soy un analista de mí mismo, me dejo vivir y vivo mi vida de una forma artística, es decir, dando preeminencia al elemento estético, no muy racional, y he conservado una línea de vida dentro de la divergencia que me proponía el azar. Amo a mi ciudad, Buenos Aires, y me gustaría vivir allí aunque me cuesta mucho trabajo porque mis compromisos con la ciudad me duelen más que en otra parte. No obstante, me he sometido al azar con alegría porque creo que lo importante de viajar es que nos permite manejar la distancia frente a la realidad sin tener que embebernos en sus hechos inmediatos.

–¿No cree usted que los temas históricos colocan una suerte de camisa de fuerza para el autor al circunscribirlo a un tiempo y un espacio determinados?

–En novelas en que el protagonista es el personaje, como las de Evita o El Che, puede sin duda ocurrir lo que ustedes señalan porque el personaje

tiene que vivir su vida ante el lector y hay que restringir las libertades filosóficas o afectivas del escritor para acercarse a su mundo tal como es y no como el escritor hubiera querido que fuera. Me parece un grave error proceder como Tomás Eloy Martínez en *Santa Evita*, que le impuso a Eva Perón una serie de opiniones postizas que desvirtuaban su carácter real.

No obstante, existe otro tipo de novelas en las que el protagonista es el lenguaje y ahí sí que podemos manejar la palabra para dar espacio al personaje y permitirle cobrar más fuerza. La novela exige disciplina para poder conducirnos y no ir al caos total como ocurre en *Terra Nostra* o *Cambio de piel* de Carlos Fuentes, que hubieran podido ser grandes novelas y, no obstante, se encuentran arruinadas por la excesiva permisibilidad del autor que termina por convertirlas en un magma vago de diálogos e inclusiones infinitas. Los latinoamericanos somos gente de una vocación extraordinaria para la libertad y ese excesivo entusiasmo puede en la narrativa llegar a ser peligroso si no se le controla pues, como decía Valéry, «un escritor clásico no es más que un romántico que aprendió a controlarse».

–*¿Obedece la atención que usted presta en* Los perros del paraíso *a la conquista de Canarias al propósito de dar la voz al silenciado?*

–En efecto, Canarias fue la primera huella imperial terrible de España en el Nuevo Mundo y lo que trato de mostrar en *Los perros del Paraíso*, más allá de los episodios de amor que narro entre Colón y la Bobadilla, es que Canarias no es simplemente un lugar de paso entre los dos mundos sino el puente que une los dos mundos, el lugar en que se cumple la primera experiencia imperial que más tarde se reproducirá en América.

–*¿Podría comentarnos un poco sobre sus dos más recientes novelas?*

–La primera de estas novelas, *Los cuadernos de Praga*, trata sobre un momento poco conocido en la vida de Ernesto Guevara, como es su estadía secreta en Praga donde vivía disfrazado de un apacible señor burgués y, al mismo tiempo, tejía de manera patética y solitaria su rebeldía personal contra los poderes tanto socialistas como occidentales, estadía que, en cierto modo, viene a ser el prolegómeno de su muerte grande. Ernesto Guevara fue un hombre que, como diría Rilke, se dio una muerte grande para transformarse más en símbolo que en realidad histórica.

La segunda novela, que se titula *Los heraldos negros*, se refiere a la aventura de los jesuitas en el Paraguay, que es una gran aventura americana. Ya he escrito sobre el peor conquistador que es Lope de Aguirre, sobre el mejor

que puede ser Álvar Núñez, sobre el descubrimiento que es el hecho central de nuestra historia, y me faltaba un poco el Espíritu Santo de esa tetralogía que sería la aventura de los jesuitas en suelo americano, los jesuitas que tratan de llevar su concepto religioso a gentes situadas en un mundo cósmico de unidad con la naturaleza y del cual los jesuitas se encontraban alejados. He tratado de escribir esta novela de la forma más sarcástica y blasfematoria posible para que la santidad de esos jesuitas emerja en toda su potencia.

–¿Qué piensa usted del futuro del hombre en un mundo en el que desde ya se vaticina la muerte de la poesía?

–No creo para nada en la muerte de la poesía, al menos mientras no muera el hombre. Porque mientras el hombre con su dolor, con su fantasía, con su cotidianidad, sus alegrías, sus frustraciones y esperanzas, su carga de vida y muerte, se sostenga sobre la tierra, podemos estar seguros de que se mantendrá la poesía. La poesía, y quiero aludir con ella a todos los géneros literarios y por supuesto al género bastardo de la novela, es la respuesta existencial del hombre, es su conciencia de existir. Claro que puede existir también la posibilidad de que el hombre termine por crear otro hombre, un hombre que esté a la medida de la máquina y no sea más el hombre sino probablemente una mutación, una suerte de dinosaurio que desapareció. Pero este hombre tal como está, que todavía tiene ojos, tiene piel, tiene amor, seguirá siendo el hombre poético, el que busca en la poesía la redención, la explicación de Dios y de la vida. Creo que el hombre va a prevalecer, pero su principal batalla tendrá que librarla contra sus propias maquinarias.

Carta desde Inglaterra
Diálogos y predicadores

Jordi Doce

Uno de los placeres más sencillos que ofrece la prensa británica a sus lectores es ese diariamente renovado cajón de sastre llamado *Cartas al director*. Se trata, además, de un placer doble: el de aquéllos que toman la pluma (o el teclado del ordenador) y deciden hacer públicas sus bromas, reflexiones e irritaciones; y el de quienes buscamos en esa página comunal y compartida un eco de nuestros propios humores, a menudo exasperados por el pudor o esa desgana que nos impide darles forma escrita. Alguien me dirá, con razón, que cartas al director las hay en todos los diarios españoles; pero dudo que el fondo raquítico que *El País* reserva a sus lectores pueda compararse a la riqueza y variedad de esos tres cuartos de página con que *The Times* o *The Guardian* premian la fidelidad de los suyos. Y no es sólo cuestión de espacio. Basta demorarse un poco en esta correspondencia para comprender que la diferencia atañe al tono, a la actitud; frente a la rigidez inexperta de los corresponsales españoles, esa incertidumbre del que acaba de entrar por la puerta e ignora las costumbres del club, los lectores británicos discurren, interrogan y asaetean con vivacidad y gracia, sabedores de las convenciones, sostenidos por una larga tradición de diálogo epistolar que permite la diversión y la variación. El lector español, tradicionalmente indefenso ante las arbitrariedades ajenas (en especial las estatales), protesta, anuncia y denuncia, utiliza el periódico como vía de escape de sus preocupaciones y busca, tal vez, algo de complicidad, de comprensión; si corrige algún error, lo hace con humildad, como excusándose, con el tono vacilante de quien se enfrenta a un superior. El lector británico, en cambio, se siente protegido: sus cartas son reacciones espontáneas a lo leído, apostillas, correcciones de igual a igual, juegos de humor de apenas dos líneas que buscan la sonrisa ajena; y siempre, o casi siempre, tienen que ver con asuntos publicados en el diario. ¿Exagero? Tal vez. Es verdad que los españoles empezamos a dominar las convenciones del diálogo y que los británicos, gracias a los impagables esfuerzos de Mrs. Thatcher, no ignoran los vaivenes de la arbitrariedad estatal. Pero las diferencias son mayores que las semejanzas. El español medio extrae del periódico la información o las opiniones que han de sustentar su combate diario (en la calle, en el bar, en

la oficina) con los otros. El lector británico no utiliza lo leído como arma arrojadiza: lo calla o lo comparte, más lo primero que lo segundo; y su indignación no tiene más testigos que sus colegas de lectura. Su lugar de encuentro no es la calle o la plaza, sino el foro semianónimo de la página impresa, donde el nombre hace las veces de escudo.

Sólo un país donde las cartas tardan un día en llegar a su destino permite que la correspondencia sea un diálogo vivo. Suele ocurrir, así, que dos lectores se enzarcen a lo largo de días y semanas en un intercambio de críticas y explicaciones que de inmediato divide a un público atento: el foro convertido en *ring* de boxeo. Me viene a la memoria, en particular, un toma y daca de especial acritud entre John Le Carré y Salman Rushdie, cuando aún era remota la posibilidad de que el gobierno iraní revocara su apoyo expreso a la *fatwa*. Las críticas de Le Carré al gasto que suponía proteger a Rushdie de un ataque terrorista, con el argumento impecablemente egoísta de que «algo habrá hecho para que le persigan», hicieron saltar a un Rushdie ansioso por no estorbar las posibilidades de una amnistía; Le Carré, sin embargo, se mantuvo inflexible, y lo que siguió fue lo más parecido al linchamiento público de un escritor que recuerdo: la respuesta lectora fue masiva y el creador de Smiley tuvo que salir por piernas de una sección donde su solo nombre empezaba a concitar una ira cerrada. El procedimiento, debe añadirse, fue exageradamente democrático: las cartas de Rushdie y Le Carré aparecieron mezcladas con las de otros lectores, sujetas al mismo escrutinio y la misma lectura crítica. Cualquiera podía intervenir y dar su opinión. No era un diálogo sobre un podio, como el que a veces mantienen ciertos escritores españoles en los medios que les pagan. No se trataba de un acontecimiento que hubiera que enmarcar o señalar con negritas portentosas. Y la virulencia del intercambio no dio paso en ningún momento al ataque personal, al gesto de ingenioso desprecio para la galería que hubiese distinguido a los muchos aprendices de Umbral (inclusive el propio Umbral, convertido ya en parodia de sí mismo) que copan nuestros diarios.

Muy diferentes son los suplementos y semanarios culturales: aquí el diálogo se convierte por lo común en una discusión de tintes académicos donde está en juego, ante todo, el propio prestigio. La sección de cartas de *The Times Literary Supplement*, en particular, es apasionante: una plaza pública donde es posible presenciar los más feroces ataques bajo el disfraz de una educada ironía. No en vano esta sección ocupa la página central, como si su sola presencia dispersara el humo de críticas y elogios del semanario. Uno procede a leer las demás páginas con la certeza de que cualquier equivocación o cualquier arbitrariedad de juicio serán expuestas tarde o

temprano ante el lector. Imposible ocultar la propia ignorancia: lo más fácil es que nos desenmascaren. Esto no significa, claro está, que el crítico no pueda expresar un juicio, sino que su juicio puede ser matizado o contestado por el juicio ajeno. Arranca así un diálogo sin el cual no puede hablarse de una atmósfera cultural saneada. Crecen la transparencia y el rigor; decrecen la arbitrariedad, el juicio sumario, el veredicto inapelable. Resulta escandaloso, de hecho, que los suplementos culturales españoles no admitan la posibilidad de comentar o rebatir por escrito (y con largueza, si fuera necesario) las reseñas publicadas en sus páginas. Me parece que cualquier comentario sobre el valor y función de nuestra crítica queda en entredicho mientras no se reconozca esta carencia, que ofrece total impunidad al crítico a cambio de unos comentarios mejor o peor trabados. Cierto, nuestros suplementos culturales no son un prodigio de transparencia: los mismos nombres se repiten una y otra vez; no siempre es evidente la razón que empareja libro y comentarista; y abundan las entrevistas a autores de la casa, convertidas las más de las veces en panegíricos de lenguaje somero y publicitario. Pero sobre todo esto gravita una actitud de desprecio hacia el lector, al que se considera mero espectador o comparsa sin posibilidad de réplica, y que a menudo debe guardar silencio ante las mayores imbecilidades. No es infrecuente, así, que amigos reconocidos se elogien mutuamente, o que libros escritos por especialistas sean reseñados por legos, o que se invite a un escritor de mayor o menor prestigio a encadenar trivialidades a cuenta de un asunto del que no sabe nada y sobre el que ni siquiera ha tenido la decencia de documentarse. A veces estas tres circunstancias concurren y el lector no sabe qué puede más, si la vergüenza ajena o la sospecha insultante de ser objeto de un engaño. Hay manos que al parecer no conocen la existencia del cerebro, y a su cuidado se encomiendan muchas de las páginas de nuestros suplementos.

Me parece, sin embargo, que este escaso respeto hacia el lector es un rasgo antiguo y señalado de nuestro ambiente cultural. En España no existe propiamente la figura del columnista, aunque hasta el más insignificante periódico local disponga de ellos a cientos. No, los que de verdad hacen furor en nuestro país son los predicadores, los anatematizadores; lo que nos encanta, lo que aún nos pone en pie en nuestro asiento, es la violencia del verbo, la capacidad de quien escribe para juzgar y excomulgar, para invocar extremos y trazas líneas sobre la página, a la manera de un moderno Pizarro cultivador de «o conmigo o contra mí». Vuelvo a exagerar, y casi me parece estar cayendo en el error que critico, pero cualquiera que haga repaso de nuestros más afamados columnistas (y apetece ampliar la distinción al ámbito más heterogéneo de los literatos) distinguirá dos bandos no

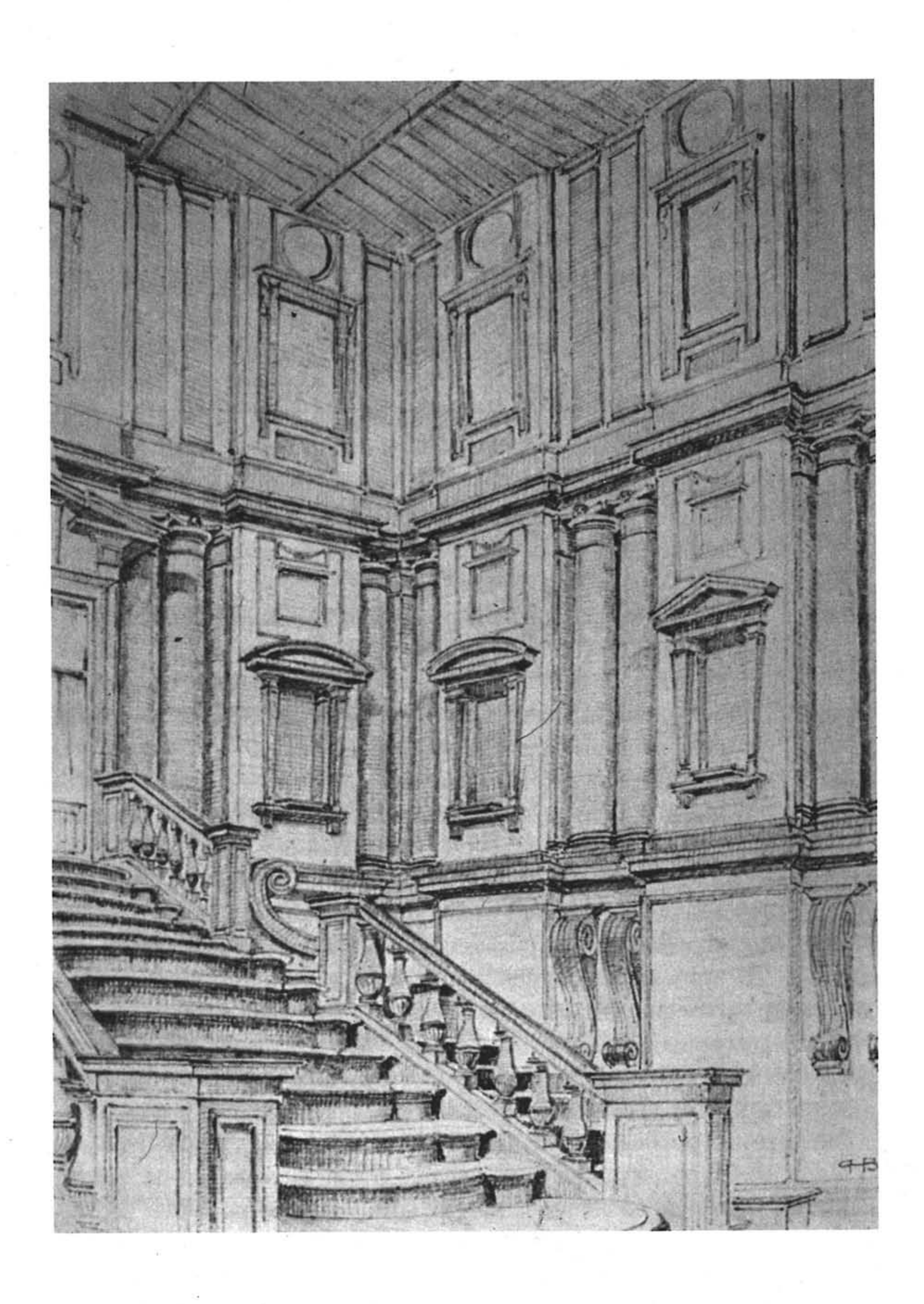
siempre diferenciados: el de los ingeniosos y el de los predicadores. En rigor, poco importa distinguirlos. El destino seguro de ambos es la trivialidad y la banalización. Y así, por cada escribidor de fama que «truena» (verbo que por sí solo nos devuelve al mundo violento y maniqueo del Antiguo Testamento), son diez los que gustan de leernos la cartilla con el tono paternalista de un párroco de pueblo.

No deja de ser irónico, tal vez, aunque fuera esperable, que este gusto por la prédica haya tenido especial éxito entre nuestra izquierda. Algo tienen que ver con esto las palabras de Octavio Paz, que definió el comunismo como una nueva ortodoxia religiosa que muchos abrazaron con la misma violencia con que en otro tiempo se hubieran convertido al catolicismo posconciliar (de Trento): en ambos casos se trataba de abrazar una fe y armarse de certezas inamovibles. Me parece que Paz, al hacer este comentario, pensaba en alguien como Bergamín, pero sus palabras tienen mucho de reproche a un tipo de intelectual de izquierda que abdicó de su compromiso con la razón y con la presencia ineludible y vinculante de los hechos. En la actualidad, las posiciones pueden haberse moderado, pero no el tono ni las maneras. Día tras día, nuestros periódicos dan espacio a anatematizadores que no saben de dudas ni contradicciones, que no reconocen la existencia del otro porque no conocen más que una versión limitada y monolítica de sí mismos. La columna se vuelve podio, púlpito, y el discurso diatriba o arenga, según las circunstancias. No digo que no haya razones: digo que esas razones no llegan a su fin o se han convertido en consignas repetidas a modo de conjuro, como si quisieran alejar así la sombra de unos hechos cuya interrogación les molesta. No sucede esto sólo en las columnas o artículos de opinión. Un poeta de trayectoria tan sólida e irreprochable como José Ángel Valente (en rigor, uno de nuestros imprescindibles poetas vivos) suele amenizar sus entrevistas y comentarios críticos con ataques airados hacia cualquier posición que no concuerde con la suya. Esta irascibilidad susceptible tiene, sin duda, un sentido originario de pureza, de fidelidad a unos principios rigurosos. Pero su expresión no debe ser la condena, a riesgo de postular un mundo sin alteridad, ajeno a la existencia plural y multiforme del otro. En ese mundo no hay desafío; tampoco reconocimiento de quiénes somos en los demás. Sin duda, puede responder alguien, si algo ha explorado la poesía de Valente en éstos últimos años es ese espacio de la otredad, del que el poema es umbral e inminencia. Tal vez, pero el otro de Valente no es más que una forma más intensa de ser uno: un ser suficiente, poseído por su propia perfección.

Son tal vez demasiados siglos de fervor mariano los que aún enturbian el ambiente, y no es fácil escapar a los reflejos adquiridos durante una juven-

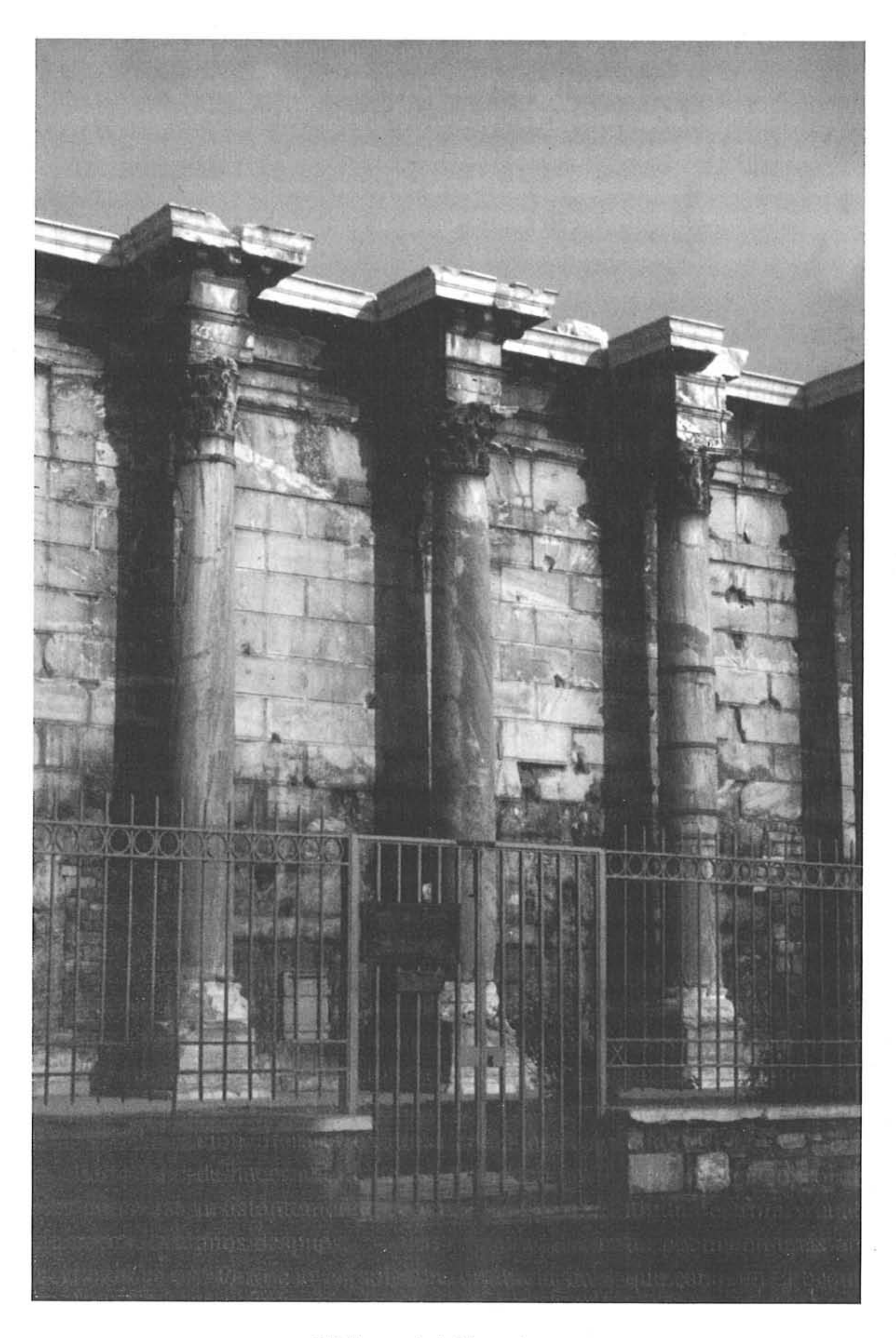
tud de sermones y novelas de vaqueros. No ha sido nunca España un país de muchos ni de grandes lectores, y aún ahora hay quien lee con gesto expectante, como esperando órdenes de un gurú o un director espiritual. Escribir entre nosotros no ha sido solamente llorar, sino también predicar, y el resultado es ese respeto supersticioso con que aún se mira al escritor (combinado, en paradoja que algún ensayista de inclinaciones antropológicas tendrá que dilucidar alguna vez, con buenas dosis de desprecio e indiferencia). De ahí que algunos escritores hayan heredado los modales de otro tiempo y hagan uso del fácil recurso del ataque o la arenga, sazonando sus subidas al púlpito con frases de gracioso de comedia. Las cosas van cambiando, por fortuna, pero España sigue siendo un país donde un escritor puede forjarse una reputación sobre la base de ocurrencias y maledicencias, y quien no se preste a tales juegos tiene garantizada una reputación de severo o arisco, que es otra forma educada de decir pretencioso. Y ya sabemos que no hay cosa peor entre nosotros que un escritor con pretensiones.

Una segunda consecuencia de esta frágil relación entre escritor y lector es la actual subida a los altares del ideal de comprensibilidad, la exigencia un tanto desmesurada de que cualquier escrito rinda su secreto tras una primera lectura. Dejando de lado su endeble armazón ideológico, esta actitud tiene un fondo indudable de paternalismo y falta de respeto al lector, al que se considera incapaz de trabajar por sí mismo y bracear en las aguas del lenguaje. Seamos razonables y no otorguemos a ciertos atributos literarios un valor previo: ni la claridad ni la oscuridad son por sí mismas garantías de nada. No me parece que *Muerte sin fin*, por ejemplo, sea muy claro, no al menos de acuerdo con la limitada definición de claridad que postulan muchos de nuestros poetas; sin embargo, el poema de José Gorostiza («Lleno de mí, sitiado en mi epidermis/ por un dios inasible que me ahoga») está entre la mayor literatura de este siglo. Como dice el mejor Alberti, en versos que Antonio Martínez Sarrión ha citado gustoso, «Poeta, por ser claro/ no se es mejor poeta./ Por oscuro, poeta,/ no lo olvides/ tampoco». Esta es una verdad tan evidente que ruboriza un tanto tener que recordarla. Tal vez esta obsesión reciente por la inteligibilidad pase al fin, como pasan las obsesiones y las modas. Pienso, no obstante, que tiene una relación profunda con ciertos rasgos de nuestra cultura literaria, necesitada de mayor rigor y de un componente reflexivo más intenso. Cierto, la creación participa de la fatalidad: sus leyes son tan inexorables como las del deseo y no coinciden necesariamente con esta voluntad de normalización que acabo de expresar. Pero sin un caldo de cultivo que privilegie el rigor, la transparencia y el diálogo, cualquier logro creativo será fruto del azar y el trabajo a contracorriente. Y en esas estamos aún.



Miguel Angel: Biblioteca Laurentina. Florencia

BIBLIOTECA



Biblioteca de Adriano, Atenas

Algunos memorialistas españoles

Alguna desconfianza hacia la novela más vistosa y vendida del mes debe revelar la búsqueda de géneros periféricos a la ficción, géneros que comparten con ella muchos mecanismos literarios y, sin embargo, se expresan desde un registro distinto: la memoria, la autobiografía, la crónica, el diario, el dietario, el artículo, el ensayo literario, la semblanza, el libro de viajes. Esas cosas pequeñas que nunca han tenido mucho público y que quizá empiezan a crecer algo porque ganan como producto, como mera oferta literaria diferente, un valor de antagonista implícito del éxito de ventas, se llame Gala o se llame Vázquez Montalbán. O se llame Javier Marías. En las letras españolas puede estar fraccionándose ese reciente fenómeno de la coincidencia de crítica y público en los mismos nombres y los mismos autores.

Quizá el lector que acepta leer los artículos de Manuel Rivas, Javier Marías o Muñoz Molina reunidos en un volumen empieza a reconocer con alguna alarma que se encuentra tan cómodo en ese género como en el de más empaque, la novela; es como si se desmontase una jerarquía asumida y vacilasen los pilares literarios porque un libro de artículos o crónicas no puede estar –no debería estar– por encima del género mayor. Pero no es nada extraño que la novela sea mediocre o haya interesado mucho menos que las cosas que uno lee en los artículos recopilados o en los dietarios. Y si bien puede existir el brote del *snob* que busca la rareza del gusto frente a la uniformidad de la venta de un título de novela, puede ser ese también el síntoma de un agotamiento: no el de la novela de calidad sino el de la aprobación acrítica y cómplice de nombres sobrecargados siempre de sentido mediático, de valor de consumo masivo, desde autores como Rosa Montero o Maruja Torres hasta escritores con registros más solventes como Vázquez Montalbán o Muñoz Molina.

Parece probable que el lector culto –y no necesariamente escritor o poeta– pueda sentir también la inclinación a leer las opiniones breves, sin mucha armadura, que un escritor tiene sobre arte, literatura, música o el marisco de factoría. Los conjuntos de artículos, las reuniones de textos breves ya publicados tienen algo del aire del dietario, y eso sí ha entrado en los catálogos de editores como Alfaguara, y una

valiosa colección, Textos de Autor. Puede ser un precedente para probar suerte con los diarios o los dietarios de un escritor de algún nombre (como se ha hecho ya con los diarios de los portugueses Miguel Torga y Saramago, con todos los pronunciamientos favorables para el primero, sin asomo de duda). Javier Cercas ha reunido en *Una buena temporada* (Junta de Extremadura, La Gaveta) algunos ensayos breves sobre literatura y un par de reflexiones sosegadas sobre el talante y la actitud del novelista que nace a la literatura en España con la democracia: ¿cómo mirar al pasado literario propio y dónde hallar el sentido a la propia escritura: contra quién, contra qué, a favor de quién o de qué escribir sabiéndose hijo de la bonanza democrática y sin los reveses históricos de los tiempos pasados? ¿Dónde hallar hoy la coartada absolutoria de la mediocridad literaria? Sintomáticamente los pretextos para esa reflexión no están en los ensayos más reflexivos, sino en los que dedica a la literatura de los mejores y la dificultad de leerla y aprehenderla, la dificultad de hacer literatura después de mirarse bien en Bioy Casares o Borges, en Paul Auster o en John Irving, que son algunas de las devociones laicas del autor de *El vientre de la ballena*.

De estas cosas trata también un libro de Andrés Trapiello, *El escritor de diarios* (Península), que es el primero que se publica en España sobre la materia. Pero no es el último que ha de aparecer porque la tela ahí es verdaderamente larga y Trapiello no abrigaba el propósito de cortarla toda. Ha dado apuntes sobre el género entre la experiencia propia de un nombre ya mayor del género en España y el lector regular de libros con esa horma. El resultado son observaciones ajustadas al caso y muchas intuiciones por explotar con más calma, quizá por otros perfiles algo menos literarios y más académicos. Los diarios y los dietarios todavía esperan un estudio analítico, y casi, casi descriptivo de algún sosiego. El memorialismo ha empezado ya a recibir atención crítica en pormenor y por fortuna sigue resultando asunto en estado indefinido: la dificultad de establecer las fronteras nítidas entre autobiografía y memorias, o mejor aún, entre novela autobiográfica (como las que han escrito Manuel Vicent o Jorge Semprún) y el libro autobiográfico (los que escribiera Juan Goytisolo o ha escrito últimamente Castilla del Pino).

Lo innegable es la nueva atención editorial hacia ese género fronterizo entre la literatura, la historia y la biografía. De estos últimos tiempos han sido tres muestras representativas de modelos dispares e incluso contradictorios. Terenci Moix ha demarrado ostensiblemente con un último volumen memorialístico,

Extraño en el paraíso (Planeta), que despierta más indiferencia que irritación. El desafío fue alto y excesivo: relatar tres años de la primera edad adulta cuando el trasfondo de la persona había ido esparciéndose y verificándose en otros dos volúmenes anteriores de memorias, mucho más satisfactorios. Por eso quizá, un libro infinitamente más modesto de pretensiones, el de Alberto Oliart, *Contra el olvido* (Tusquets), es también mucho más recomendable. Una vida contada con naturalidad y como necesidad personal: levantar el teatro de la infancia donde anduvo viva, entre Extremadura y Barcelona, para recoger ahí muchas historias de familia, pero también de una España que ya no queda en ningún sitio, una vida social e íntima de pueblo y ciudad pequeña que apenas aparece ya en las letras españolas. Pero si aspiran a nuevas iluminaciones sobre los orígenes amistosos de algunos escritores en la Barcelona de los años cincuenta –Barral, Sacristán, Castellet, Jorge Folch, etc.– el libro resultará decepcionante (excepto por una anécdota relacionada con Manuel Sacristán y otra con Carlos Barral).

Semprún difícilmente puede escribir sin subirse al tren de su propio personaje y eso envara y acartona irremediablemente sus proyectos memorialísticos. E incluyo aquellos que mayor impacto intelectual y emocional pueden llegar a causar, y es mucho: esa memoria que busca explorar las secuencias vividas en el campo de concentración nazi, en *La escritura o la vida*, o como ahora, en esta última aportación *Adiós, luz de agosto* (Tusquets) en que lo relatado es una infancia y adolescencia que van disolviéndose entre versos memorizados y una pulquérrima imagen de sí mismo. Lo malo siempre es saber más cosas: Vázquez Montalbán recuerda en *La literatura en la construcción de ciudad democrática* (Crítica) la reseña que Semprún dedicó a Carmen Laforet en una revista del PCE en 1944 y, sin embargo, ni esa reseña, ni lo que significaba publicarla allí, ni el contexto que explicase haberla hecho, están relatados en su libro memorialístico.

Quizá las precauciones de tantos han hecho especialmente llamativo el desenfreno de adjetivos y la caza intelectual que ha abierto Gregorio Morán con el libro que en los últimos meses ha despertado más dudas sin llegar a abrir el debate que debió propiciar, *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo* (Tusquets). Aunque no estoy seguro de que el estilo de Morán estimule de veras la reflexión crítica, sino más bien la adhesión o el rechazo. Hay que templar los nervios para hablar con ponderación de ese libro que parece hecho

desde una botella de cerveza agitada: la espuma es mucha y muy visible, pero lo que acaba bebiendo el lector son unas pocas dosis de lo que pudo contener el envase manteniéndolo más relajado, y que no resulta tan novedoso como tantos han creído ver. Lo novedoso es hablar en voz alta de algunas cosas que la herencia franquista y la ley del pacto han ido dejando demasiado tiempo calladas. Pero la información objetivamente nueva –aparte algún episodio biográfico y el epistolario inédito de Ortega, muy interesante, pero de uso sesgado– es muy poca y la voluntad de comprender qué pasó en la cabeza de los escritores e intelectuales españoles desde la guerra hasta 1956 está muy por debajo de lo que necesita el texto de un historiador.

Pero el lector que no haya frecuentado textos y libros sobre la época, se lo va a pasar muy bien: escritura agresiva, tendencia expresionista del retrato, asombro ante la estupidez dominante del nacional-catolicismo. Aunque también debe saber el lector que ese es el retrato hecho desde el rencor confesado por un pasado siniestro y desde una cierta voluntad de venganza contra los mitos impolutos y petrificados (Ortega) y contra la memoria muy disfrazada de quienes protagonizaron aquellos años.

Jordi Gracia

Gimferrer, el provocador*

Casi nada responde a la casualidad en la trayectoria literaria de Pere Gimferrer y este último libro tampoco. Las quinielas sobre el Nobel que algún día recibirá la literatura catalana se reparten entre Gimferrer y Baltasar Porcel, con ventaja hoy por hoy para Gimferrer, pero tenía hasta hoy mal cubierto un capítulo importante del perfil del candidato perfecto: ¿hasta qué punto cabe asegurar que fue un escritor antifranquista y que supo que vivía bajo el fascismo tardío de una dictadura que moriría matando y le había premiado en 1966 con un Premio Nacional de Poesía que se apellidaba José Antonio Primo de Rivera? Cualquier lector que no se duerma sobre los libros sabe que el Gimferrer que examina la vanguardia inicial catalana de Dau al Set, lee *Cahiers du cinéma* y escribe sobre cine y poe-

* *Pere Gimferrer,* El agente provocador, *Barcelona, Ed. Península, 1998, trad. de Basilio Losada. (El original catalán en Ed. 62), 92 pp.*

sía y literatura, que frecuenta la literatura olvidada y heterodoxa –sea el modernismo menor o sea el surrealismo superviviente de la posguerra– y explica la pintura de Joan Miró o de Tàpies, está conspirando con las únicas herramientas que conoce contra la plomiza mugre del cielo franquista.

Pero por si todavía quedaban lectores atados a la imagen turbia de un editor raro y siempre friolero, capaz de las declaraciones políticas más desconcertantes y dispuesto a entrar a la greña en el corral literario con poemas satíricos y mordaces contra quienes le han tratado y maltratado en los papeles, aparece ahora este libro en el que sabremos que la primera persona de Gimferrer, su yo literario, azota el pasado de un país que fue opresor de una lengua y una cultura, la catalana (además de opresor de una tradición y una razón, que fue la liberal y democrática). El fascismo de la Barcelona de los años setenta está denunciado en este libro como no lo había estado en ningún trabajo gimferreriano con la misma intensidad e intención retórica, tanto que a veces hace sospechar sobre la función literaria externa, como acabo de hacer ahora, de esa obviedad tan insistentemente recordada treinta años después.

Pero eso es sólo una minucia de un libro de valor no sólo para el lector adicto o clientelar de Gimferrer (y de los últimos hay muchos). Una vez más, Gimferrer ha emprendido una aventura que antes que nada es una apuesta literaria, una indagación en la composición y el planteamiento retórico. La desmedida extensión del período oracional pero también su fluidez vertiginosa y en absoluto cansina; el automatismo aparente en la asociación de las imágenes y evocaciones y los conceptos se explican siempre como iluminación y análisis de la experiencia de la literatura y la experiencia moral y sexual –el crecimiento–. Tales recursos constituyen una decidida exhibición de diferencia, de experimentación con el lenguaje y el discurso autobiográfico, en la línea de Breton, como ha señalado Enric Bou y es innegable, pero también con la conciencia de instalar un discurso inencontrable en las letras de hoy catalanas y españolas: la exploración del yo es búsqueda analítica del sentido de la literatura y complementaria del sentido del amor y la sexualidad, la experiencia erótica como experiencia de conocimiento humano. La crítica que se ocupó de *Mascarada*, su poemario anterior a este libro, no dejó de recordar la coprofilia que exhibía alguna estrofa y acabó resumiendo un poema en unas cuantas palabras que están en el origen de la crispación insultante contra el tiempo presente que animan, en un *in cres-*

cendo espléndido, el final de este libro contra «aquest temps dels babaus i dels papissots de cervell, en el temps dels pastetes». Su objetivo es reivindicar la experiencia radical de la poesía aliada a la experiencia radical del amor: «quan ningú ni gosa ni vol 'poder dir-ho tot' com volia Éluard (pouvoir tout dire), nosaltres dos ens mirem cara a cara i ho direm tot, ho hem dit tot». (p. 86).

El libro tiene voluntad de explorar una forma distinta de expresión del yo memorialístico y del yo ensayístico en torno a una sola cosa, que casi siempre es la misma en este autor: la conciencia literaria y la conciencia moral como escritor. Del cruce de ambas y la indagación sobre ambas nacen los siete fragmentos que componen un libro escrito en fechas distintas –desde 1979 hasta 1996-1998– para determinar los pasos de una conversión: de cuando Gimferrer decidió adoptar el catalán como lengua literaria, en 1970, y lo que sucedió en su interior al advertir el agotamiento de una lengua y una concepción de la poesía y el hallazgo de una mujer y un cuerpo escrito. Pero quiero llamar la atención sobre la tensión interior y la cuña indagatoria que utiliza porque es un ejercicio de libertad analítica dictado por una opresiva circularidad, la de su dependencia obsesiva en las mismas y constantes cosas. Pero aquí no habla de ellas, no se ocupa de Rimbaud o de Lautréamont para decir nada de ellos sino para decir de sí mismo y cómo cuaja tempranamente un modo irrenunciable de concebir la propia vida como escritor y como ciudadano. Y el lector hará bien en desechar la comparación con el personaje público porque carece de asideros fiables para hacerlo: este texto es autónomo como reflexión literaria sobre la madurez y el crecimiento de un escritor, y no depende de ninguna pauta de verificación referencial. Sus motivos no apuntan a la verdad histórica sino a una verdad teórica, de naturaleza intelectual: la que funda una noción mística, muy esencialista, de la literatura, y la que adopta ese prejuicio como único valor estable de la vida moral del escritor.

J.G.

La mirada y la memoria: Luis Mateo Díez

> «De esa mirada arranca esta historia, aunque para llegar a ella todavía tenga que contar otras cosas, como casi todas las cosas especiales de la vida, en las simetrías que nos hacen volver a lo que fuimos, en esas reproducciones del pasado que tantas veces acumula el presente, ya que el pasado es un presente sin tiempo y el presente un pasado sin distancia»
>
> (Luis Mateo Díez, *La mirada del alma*, 1997)

I

Tras unas iniciales e importantes incursiones en el relato breve, Luis Mateo Díez publicó su primera novela *Las estaciones provinciales* (1982). Se trata de la más «realista» de sus obras, de la novela más presidida por la mirada neorrealista, aunque convendría advertir que el novelista en una entrevista concedida a José María Marco y publicada en *Quimera* señalaba: «Yo no tengo ninguna pretensión documental ni sociológica. Para mí es un mundo que ha adquirido una dimensión simbólica, un mundo perdido, sin destino, que pertenece a una realidad intermedia entre el pasado y la modernidad»[1]. Opinión compartida por el crítico más conspicuo de Luis Mateo, Ángel G. Loureiro, quien ha escrito que en ella «se ofrece más una visión de un León intemporal que la denuncia de ciertos comportamientos»[2].

Pero además de que la ciudad de los años cincuenta, León, aparezca como recreación de los años de la infancia del escritor, la edad por excelencia de la fábula, es evidente que el viaje del protagonista Marcos Parra a todos los linderos de la ciudad, con sus consiguientes indagaciones, descubre la oscura y sórdida historia de la corrupción de los poderosos. Con el equipaje del neorrealismo italiano (Bassani, Pratolini y, sobre todo, Cesare Pavese), Luis Mateo Díez construye una novela narrada desde la mirada, bien apoyada en los incesantes diálogos que nos descubren el naufragio en la soledad y en la desgracia del periodista Marcos Parra, consciente de la corrupción que le rodea y de la quimera del amor, encarnado en Claudia y Tina, dos criaturas marginales y perdedoras, una actriz sin porvenir y una prostituta. Con humor, pero con un escalpelo inapelable, Luis Mateo disecciona el egoísmo, el fracaso y la derrota en un universo narrativo cuyo referente no cabe echar en saco roto: una ciudad provinciana en los oscuros y destartalados años cincuenta.

[1] *José María Marco, «Las obsesiones de la imaginación. Entrevista con Luis Mateo Díez»,* Quimera, *88; p.43.*

[2] *Ángel G. Loureiro, «Introducción» a Luis Mateo Díez,* Relato de Babia, *Madrid, Espasa Calpe (Austral), 1991; p. 15.*

La fuente de la edad (1986) obtuvo el Premio de la Crítica, que ya había vislumbrado su primera novela que fue finalista del galardón en 1982. La novela cuenta una historia protagonizada, de modo coral, por los integrantes de una peculiar cofradía (los sedicentes cofrades de Nuestro Benéfico y Alcohólico Padre Gerónides) dada al festín carnal, la lírica y a un refinado esoterismo, que los enfrenta con la «secta menopáusica del Casino», símbolo del orden ramplón y del mundo mediocre de la ciudad provinciana en los años 50. Luis Mateo Díez ha explicado convincentemente este su mundo novelesco desde la órbita del espectador[3].

La aventura, el viaje o la búsqueda, nombres que designan perfectamente el delirio de los cofrades se convierte en elemento central de la historia. Y en la aventura pesa más el valor simbólico o la mirada simbolista que el estricto ámbito del realismo, que, no obstante, no cesa. Dicho de otro modo, la frontera en la que instala Luis Mateo Díez el relato propicia la mezcla de la realidad y la surrealidad, del mundo y sus metáforas.

En consecuencia, *La Fuente de la Edad* revela su cervantina filiación en el diseño de los personajes, locos lúcidos; en la búsqueda del ideal y el continuo contraste entre lo ideado por la imaginación y la realidad cotidiana; en la acción itinerante y su diversificación en las historias de los personajes que alcanzan a conversar con los peregrinos. Aunque no está de más recordar el *Persiles* ni tampoco la picaresca, lo cierto es que el modelo máximo es el *Quijote*.

Detengámonos en la tercera novela de Luis Mateo: *Las horas completas* (1990), novela de viaje y de peregrinaje, de mirada y de memoria. Una apacible tarde de un domingo otoñal tres canónigos y dos curas jóvenes salen de excursión desde la Colegiata de una ciudad provinciana hasta un pueblo cercano donde otro cura amigo les ha invitado a compartir la merienda. Pero este hecho anecdótico y sin relieve, este dato costumbrista, se trastoca al encontrar casualmente en la carretera a un peregrino, y el viaje adquiere otra dimensión (se convierte en novela), que el propio Luis Mateo Díez ha calificado de azarosa y misteriosa, «evidenciando lo frágil que es la realidad, el delgado límite que separa lo trivial y lo extraordinario, lo indefensos que andamos por los páramos de esta vida donde cualquier encuentro casual, cualquier inquietud, cualquier sueño mal digerido o el rastro de un obsesivo recuerdo, pueden alterar o transgredir nuestra existencia»[4].

[3] *Cf. Luis Mateo Díez, «La fábula de la Fuente»,* El porvenir de la ficción, *Madrid, Caballo Griego para la poesía, 1992; pp. 99-100.*

[4] *Luis Mateo Díez, «De Vísperas a Completas»,* El porvenir de la ficción; *p. 103.*

En el universo cerrado del coche en el que viajan, y mediante una estructura lineal, punteada por las introspecciones, las descripciones y los diálogos (las tres formas narrativas fundamentales de este relato), se opera una mutación: el anecdótico viaje gastronómico se torna en viaje onírico, plagado de miradas simbólicas y de anclajes alegóricos. De nuevo se produce el salto entre el realismo costumbrista y el realismo metafórico, entre la mirada y los signos, la memoria y sus imágenes, concediendo a la novela su calidad, su espesor, su suficiencia estética, que conviene leer en un doble plano.

Luis Mateo Díez ha escrito que le interesa más «la literatura que deriva de la vida que la derivada de la propia literatura». Frente a la divagación metaliteraria o el relato autoengendrativo (*Self-Begetting Novel*), lo suyo es la novela del realismo metafórico. Así desde *Las estaciones provinciales* (1982), su primera novela y la de corte más realista, hasta *El expediente del náufrago*, pasando por *La fuente de la edad* (1986), su novela más sobresaliente, Luis Mateo Díez parte del inventario cotidiano para buscar la categoría metafórica universal, que sitúa los relatos en una dimensión más honda y significativa. En ese tránsito gusta de superponer a lo que proviene de la mirada unas determinadas distorsiones que derivan hacia el simbolismo y el esperpento.

Este credo novelesco se cumple a rajatabla en *El expediente del náufrago*, que suscribe, además, la fascinación del escritor leonés por las tradiciones orales y por el caldo de cultivo de la memoria, que la escritura hace manar como una fuente que tiene su origen en la intrahistoria más que en la historia, en el mito más que en el costumbrismo, y que fluye en la codicia de las palabras y en un importante esfuerzo idiomático, haciendo plausible la frase de Valle Inclán (el escritor moderno más admirado por Luis Mateo): «el verdadero artista es el que junta por primera vez dos palabras».

El expediente del náufrago es una novela de aprendizaje. Fermín Bustarga, narrador y protagonista, cuenta gracias a la memoria de muchos años después (el más natural camino de la escritura) el hallazgo en el archivo municipal en el que trabaja del escrito de un archivero antecesor suyo y poeta, Alejandro Saelices, donde se declaraba «náufrago en la vida». A partir de ese encuentro en los polvorientos legajos, Fermín siente el mensaje de Saelices como una llamada que le lleva a iniciar un viaje por el alucinado y quimérico universo del enigmático personaje, a través de unos territorios que le van enseñando la mediocridad del mundo y su propia vivencia de la

desgracia, hasta identificarse metafóricamente con la ruina de Saelices, a quien encuentra en la consumación de la simetría del relato, reduplicando esa búsqueda temática de la identificación. «El mundo es una isla triste», le dice Saelices confirmando la aventura del narrador ya instalado definitivamente en el fracaso: «para entonces mi aprendizaje de la desgracia ya estaba cumplido y mi vida era otra».

Camino de perdición (1995) es una novela de viajero y de viajante, de costumbrismo inmediato y de sorprendentes mezcolanzas con lo misterioso y lo irreal, al acecho del oscuro territorio del corazón del hombre. Nueva constatación del quehacer de Luis Mateo Díez, quien embarca al viajante de comercio Sebastián Odollo en una ruta que más que enfrentarle con sus clientes de su averiada mercancía de tejidos y lencería o con sus querencias de amante obsesivo, se va a convertir en una indagación sobre los infiernos del hombre. En esta novela la dimensión de sueño y surrealidad que tiene siempre la narrativa aparentemente realista del novelista leonés se ve reforzada al presentar todo el discurso narrativo, el relato, enmarcado por las secuelas de una borrachera delirante.

Principio y final de la novela. Arranque y desenlace de una radical e indefinible experiencia fraguada en una anodina realidad, preñada de sueño y de memoria. Señas de identidad de un itinerario narrativo, que tiene en sus últimos eslabones la confirmación de la querencia por la memoria en este novelista que se abrió camino privilegiando la mirada. La mirada conduce en la superficie narrativa las quince historias que se bifurcan en la geografía —heredera de Juan Rulfo— de Celama. Ahora bien, el territorio mítico, el espacio de la fábula de *El espíritu del páramo* (que tal es el título de su magistral ficción de 1996) se desencadena desde la memoria; una memoria que patina entre el presagio y el recuerdo.

El reto inocente de los ojos de una niña es el punto de partida y de llegada de la extraordinaria *nouvelle, La mirada del alma* (1997), donde los desperdicios de lo que fuimos desembocan en la ficción, sinónimo de la memoria.

El más reciente libro de Luis Mateo Díez, que vio la luz en el otoño de 1997, *Días del desván*, acude a un vertedero de la memoria, el desván, para desde la mirada vertebrar una serie de secuencias narrativas que quieren hacer verdadera la frase de Rainer M. Rilke: «La infancia es la patria perdida del hombre».

Adolfo Sotelo Vázquez

El Ateneo mexicano*

El Ateneo de la Juventud, de México, es cita obligada para los comentaristas de la historia del México contemporáneo. No sólo por la presencia y representación que pudo tener la institución antes y después de los turbulentos acontecimientos de la revolución mexicana, sino por algo más perdurable: su huella cultural: autobiografías, novelas, correspondencia, ensayos, obra lírica, arte plástico, polémica periodística..., que interpretaron y vivieron los intelectuales más representativos de medio siglo de cultura y vida mexicanas.

Fernando Curiel, en *La Revuelta*, rastrea desde los antecedentes hasta las postrimerías de la función cívica y cultural que puedo desarrollar el Ateneo de la Juventud. Partiendo del comentario sucinto a la bibliografía sobre el Ateneo en la última década: García Morales, Gabriel Zaid, Álvaro Matute..., y teniendo en cuenta la ya clásica aportación monográfica de Rojas Garcidueñas, o los brillantes capítulos de Octavio Paz, Leopoldo Zea, Luis Villoro, etc..., y los fundamentales de Claude Fell y John Innes, Curiel explica los incentivos que lo movieron a él a emprender su estudio. De las seis cuestiones previas a la laboriosa investigación, y leídos ya los resultados, yo destacaría una que responde al esfuerzo del propio Curiel y ha de provocar en el lector la provechosa lectura inquiriente:

> «5.ª: ¿El estudio total del Ateneo, modificará el entendimiento de la literatura mexicana (en sentido amplio) del siglo XX?»

La exposición y justificación de las distintas fechas que se vinculan al Ateneo es de gran eficacia didáctica. Quiero fijarme en la primera, 1898-1906. El año inicial lo es de la aparición en México del primer número de *Revista Moderna*, que en 1903 pasará a llamarse *Revista Moderna de México*, y se declara abierta a la «actualidad y la política». En este órgano del modernismo mexicano escriben varios poetas (diez, cuenta Curiel) que serán luego ateneístas. Pero a mí me interesa subrayar algo que vincula la fecha a «nuestro 98», y a la aparición de ese libro de exaltación ecuánime del universalismo americanista, *Ariel*, que reconoce la base cultura hispánica de la América Latina y formula la necesidad de

* La Revuelta, Interpretación del Ateneo de la Juventud, *Fernando Curiel, Centro de Estudios Literarios, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, 465 pp.*

que la juventud tome las riendas. ¿Las riendas de la *regeneración* como los peninsulares noventayochistas? Otro guiño, no casual, es el nombre del futuro Cenáculo: «Ateneo», ¿por qué Ateneo? Según supone Curiel el de Madrid fue un preciso antecedente, por su larga fama, por su cultivo de las ciencias y las humanidades, por su organización en secciones... Y al Ateneo de Madrid acudirán en busca de refugio intelectual y de calor humano ateneístas mexicanos en las horas aciagas del destierro (Reyes, Guzmán, Acevedo, Zárraga...).

La segunda fecha, la de 1906, sería la de la revista *Savia Moderna*, antecedente para Curiel del futuro Ateneo, puesto que en ella colaboran Antonio Caso, Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Cravioto..., y no exclusivamente poética; se subtitula «mensual de arte», y en ella figuran secciones: «nuestros artistas» (Diego Rivera es el portadista), «arte fotográfico», «textos extranjeros», que le dan un talante cultural distinto, fundamentalmente diverso de la cultura oficial.

Aunque los años 1909-1912 son los años de despliegue de la institución y los que le confieren gravitación historiográfica, el autor de este valioso estudio documental amplía su horizonte de observación a los antecedentes y a las postrimerías y acota como cuerpo de su estudio las fechas 1906-1929, esta última correspondiente a la campaña presidencial del ateneísta José Vasconcelos. Además del espacio cronológico acotado, la perspectiva de Curiel revista la prehistoria, e incursiona (con todo el componente conjetural que entraña sopesar influencias) en el alcance posterior y actual del legado.

La historia documental del Ateneo arranca de la llamada «Protesta literaria» y se sigue con la «Sociedad de Conferencias», que es un vasto proyecto y una manifestación de los propósitos que alientan en el grupo cuya aptitud más sobresaliente es quizá la disposición filosófica junto con el don artístico y el cultivo irrenunciable de la antigüedad clásica. Los prolegómenos de renovación van a culminar en los actos de homenaje a la memoria de Gabino Barreda (introductor de la filosofía positivista que el régimen de Porfirio Díaz había oficializado), pera el que se programaron varios conferenciantes y discursos de índole diversa, políticos, literarios, pedagógicos, filosóficos..., actos que estuvieron muy concurridos, y resultaron, sin cálculo previo, según opinión de Reyes, «algo así como la expresión de una conciencia emancipada del régimen» y el anuncio de una nueva era literaria.

El Proyecto de Estatuto del Ateneo de la Juventud, redactado el 3 de noviembre de 1909, especifica el

carácter del mismo: asociación cuyo objetivo será trabajar en pro de la cultura intelectual y artística. Ámbito: capitalino, nacional, internacional. Reuniones mensuales públicas. El primer presidente: Antonio Caso. Secretario: Pedro Henríquez Ureña. Ya hemos comentado el nombre, «Ateneo», pero ¿por qué de la juventud? Por el «arielismo», que fue una connivencia entusiasta de la juventud intelectual hispanoamericana, porque la «revuelta» ateneísta coincide y participa del ambiente de crisis social por el que pasa México, por la exigencia, entre otros derechos, al derecho de *la libre cultura*, por asunción de la crisis política que lo era de renovación generacional.

Pero, ¿qué fue, qué hizo, que significó el Ateneo? Sus años de despliegue, 1909-1912, coinciden con el agitado y trágico momento de la vida nacional. Por los archivos del Ateneo (en la Academia Mexicana), por los comentarios epistolares o hemerográficos de sus protagonistas, conocemos anécdotas y sabemos de las conferencias, sobre Taine, sobre Góngora, o sobre Mallarmé (o la que dio el activo ateneísta español sobre Sor Juana Inés de la Cruz, el catalán José Escofet)... En las sesiones públicas en el salón de actos de la Escuela de Jurisprudencia, se leían versos, ensayos, capítulos de novela, trabajos científicos, etc. El espíritu ateneísta fructificó asimismo en empresas editoriales, como la publicación de las *Conferencias del Ateneo de la Juventud* y la *Antología del Centenario*.

A pesar de las posturas encontradas, aunque no enemigas: reeleccionistas, antirreeleccionistas, reyistas..., en el ocaso del régimen de Porfirio Díaz, el Ateneo prosiguió sus tareas con dinamismo: invitaciones a ilustres visitantes o personalidades locales, atención a la plástica, a la literatura, a la sociedad. Paralelamente, en el ámbito político nacional, la revolución de Madero prosigue su marcha desde el exilio en EE.UU. y su «Plan de San Luis». Madero llama a las armas. En noviembre de 1910, estalla la revolución en Puebla y Chihuahua, siguen pronunciamientos en varios Estados hasta la ocupación de Ciudad Juárez el 11 de mayo de 1911. El reelegido Presidente Díaz renuncia ante la Cámara.

El ateneísta Vasconcelos, que ha luchado en la oposición contra Díaz al lado de Madero, que ha dirigido el periódico *El Antirreeleccionista*, que ha realizado gestiones políticas y diplomáticas para la causa maderista, al triunfo de su líder, no quiere participar en el nuevo régimen sino seguir en su bufete de abogado en la vida privada. Parece que fue su posición de influyente maderista la que mueve a sus amigos a elegirlo presidente

de la institución (el tercero), noviembre de 1911. Vasconcelos, en la presidencia del Ateneo inicia su gestión cultural invitando a conferenciantes ilustres hispanoamericanos para dar cumplimiento a su proyecto de *rehabilitación del pensamiento de la raza*[1], uno de los estímulos más incisivos del pragmatismo filosófico vasconceliano. Otro capítulo importante será la reorganización del Ateneo y su cambio de denominación «Ateneo de México». ¿Por qué el nuevo apelativo? Quizá porque la referencia a una etapa biológica es perecedera, acaso porque su talante de oposición al «viejo» régimen ya había cumplido su cometido. Asimismo, en este año de 1912, el ya «Ateneo de México» promueve una gran labor de extensión universitaria creando la Universidad Popular Mexicana que sobrevivirá hasta 1922.

Con los sucesos sangrientos de la Decena Trágica, con el «huertismo» en el poder usurpado, y Carranza en la oposición constitucionalista, el Ateneo (dispersos algunos de sus miembros, otros en campaña) continúa sustentando el espíritu de emancipación cultural, la vocación de hacer participar al pueblo en la educación a través de la labor integradora de la U.P.M., y el cultivo de los clásicos, es decir, mantiene una cultura de «resistencia» ante los vientos políticos poco propicios.

En 1919, y hasta 1929, resurge Vasconcelos en la vida nacional. Nombrado rector de la Universidad Nacional, llamará a sus pares del Ateneo para realizar, ¡por fin! la labor educativa y cultural que todos largo tiempo soñaron. En el gobierno de Obregón, será nombrado Secretario de Educación Pública. La educación la concibe Vasconcelos como uno de los logros de la revolución y sus delegados deberán trabajar para el pueblo: que a todo el territorio nacional llegue la escolaridad, que el claustro universitario difunda su ciencia en «el alma del pueblo». Por primera vez la Universidad tendrá editorial propia: ediciones de clásicos, prosistas nacionales, antologías de poetas españoles e hispanoamericanos, la *Historia Universal*... Otra obra ingente de la cruzada cultural la realiza la revista *El Maestro*, con una tirada de 75.000 ejemplares distribuidos gratuitamente. Se crean asimismo un Departamento de Extensión Universitaria, los Cursos de Verano para Extranjeros, las bibliotecas populares, la colaboración de los pintores, a quienes el ateneísta Vasconcelos, ahora con su poder

[1] *No recuerdo (puede ser olvido mío) que se explique o mencione el lema que Vasconcelos dio al escudo de la Universidad: «Por mi raza hablará el espíritu», aunque en la página 392, sí se menciona la leyenda en el mismo: «Secretaría de Instrucción Pública».*

ministerial, dará los lienzos de las paredes de los edificios públicos para que en ellos expliquen plásticamente la historia de la patria. A los ateneístas, que colaboran en los puestos clave con él, se sumarán componentes de nuevas generaciones: la de 1915 y la de *Contemporáneos*.

Pero a la arribada feliz, activísima, mexicanísima, empapada de ateneísmo, le llegará «su» tormenta. El caos de la Escuela Nacional Preparatoria, el intento de su director de involucrar a la Confederación de Obreros Mexicanos en las reivindicaciones estudiantiles, las expulsiones, la huelga, los despidos de unos y las renuncias de otros. Antonio Caso, celoso de la autonomía universitaria y de su independencia rectoral, renuncia igualmente. El malestar de los problemas de fondo separa definitivamente al grupo ateneísta en 1923. Al año siguiente, el propio Vasconcelos renuncia a la Secretaría de Educación Pública y sale del país.

En pirueta especulativa y puramente imaginaria, Fernando Curiel, suponiendo que Vasconcelos gana las elecciones a la presidencia en 1929, se pregunta: ¿Hubiera llamado a los suyos, pese a la ruptura y agravios de 1924, para formar un gobierno coherente que llevase a México a un segundo renacimiento cultural? Curiel se permite jugar a la quiniela de los nombramientos y concluye profetizando una segunda ruptura cuando al Ulises Criollo le hubiera atacado el virus de la política mexicana contemporánea que él mismo combatió a Don Porfirio: la reelección.

Después de muchas horas de lectura, de rememorización, de reflexión, a que obliga el libro de Curiel (libro de lectura obligada para los mexicanistas y también para los hispanoamericanistas), el lector se pregunta: ¿huella o surco? En el epílogo, Curiel se interroga: ¿ejemplo a seguir? Yo creo que si no ejemplo explícito y aceptado es esa especie de marchamo («marca, una vez aforado y reconocido el bulto») que de manera tácita creemos reconocer, con el autor, en la sensibilidad de grupos posteriores: la generación de 1915, *Contemporáneos* (¿y por qué no el Grupo Hiperión?) e incluso actitudes, compromiso social, democracia política y cultural de la sociedad mexicana actual, ideales cívicos que los intelectuales mexicanos perfilan ya, en este *98* del novecientos, hacia ese futuro del *dos mil.*

Marta Portal

Una historia de la esclavitud*

Como en otras ocasiones, los riesgos a los que un autor se somete a la hora de realizar una «historia de» resultan más que evidentes. Muchas veces este tipo de obras suelen nacer con un afán revisionista nada desdeñable y, en algunos casos, proporcionan resultados realmente extraordinarios. En otras ocasiones, lo que se busca es rellenar algunos huecos a la luz de las nuevas corrientes o tendencias historiográficas o, incluso, modificar supuestas conclusiones al amparo de nuevos avances tecnológicos que abren las posibilidades metodológicas de la investigación.

Ahora bien, en ambos casos se corre el peligro de romper con el sano equilibrio entre dos conceptos propios de la Historia, tal y como la entiende la mayoría de los profesionales en este final de siglo: la evidencia empírica y su análisis. Los riesgos de desequilibrio entre esos dos elementos se incrementan en la medida en la que el investigador establece como marco de referencia para su objeto de estudio un amplio espectro temporal y un notable espacio geográfico.

Partiendo de lo anterior, realizar una historia de la trata supone asumir unos riesgos más que evidentes, reconocidos de alguna manera por el propio autor. Es cierto que en esta ocasión las pretensiones de realizar una «historia de» se deben atribuir más a los responsables de la edición en castellano que al autor —en su primera edición en inglés no aparece ningún subtítulo—. A pesar de ello, el propio Thomas reconoce en la misma introducción de su obra la incapacidad de añadir algo nuevo a los estudios existentes sobre la trata (pág. 9). Llegados a este punto, cabría preguntarse la razón por la que se suman 900 páginas a la ya extensa bibliografía existente sobre el comercio de esclavos en su faceta espacio-temporal más tradicional (Europa-África-América). La lectura de la obra, su composición interna, así como el recurso a las fuentes secundarias y la discrecionalidad en cuanto al uso de las fuentes primarias, nos sitúan ante una referencia bibliográfica más que aceptable entre las obras de divulgación masiva. La capacidad de síntesis de una buena parte de la producción secundaria, junto a los aportes que proporciona la nota bibliográfica, supe-

* *Hugh Thomas,* La trata de esclavos. Historia del tráfico de seres humanos desde 1440 hasta 1870, *Planeta, Barcelona, 1998 (898 págs.).*

ran con creces las características a las que las obras de divulgación nos tienen acostumbrados.

Continuando con la propia declaración de intenciones el autor, el objetivo central de la voluminosa obra es la de escribir «mi propia historia de la trata» (pág. 9), algo revelador para ese tipo de lectores y profesionales que conciben la producción historiográfica como algo cimentado sobre el difícil equilibrio antes citado. Si alguna cuestión está demostrada y aceptada es que los procesos que interesan a los científicos sociales, y el autor así se considera, no son patrimonios personales ni se encuentran aislados del resto del universo del conocimiento.

Como en otras ocasiones —recordemos sus obras sobre la conquista de México, la Guerra Civil española o Cuba—, la descripción y la suma de acontecimientos, a veces un tanto desordenados, se articulan como los elementos conductores de una buena parte de la obra —si no de toda— del polifacético y multitemático hispanista británico.

Las fechas, los nombres y los apellidos junto con las acciones puntuales se mezclan en un baile continuo que proporcionan al lector una fuente cuasi enciclopédica de topónimos y gentilicios —el índice de nombres y temas ocupa 39 páginas— asociados al comercio humano.

Más discutible es la capacidad que tal cantidad de información presenta a la hora de concentrarse o inspirar unas conclusiones que premien el esfuerzo desarrollado anteriormente. Aunque esbozadas en los primeros instantes introductorios, las preguntas que deberían marcar el desarrollo de la investigación del hispanista no encuentran respuesta en ningún apartado de la obra. Es cierto, como aventura el autor, que el fenómeno del comercio de esclavos puede arrojar luz a líneas de investigación variadas, lo que demuestra la complejidad de un proceso que hunde sus raíces en la antigüedad y que desgraciadamente ha sido capaz de llegar hasta nuestros días. Esa misma complejidad, común a los hechos de los que se ocupan las ciencias sociales, debe hacernos huir de conclusiones simples que, en un intento de explicar la complejidad, pueden conducirnos al reduccionismo. Asumir que es dudoso que la abolición hubiese triunfado cuando lo hizo de no ser por la capacidad que tenía el movimiento de los cuáqueros de organizar, primero a sus miembros y, luego, a quienes no lo eran (pág. 791) supone minimizar los efectos de cambio en las dinámicas nacionnales y en el panorama internacional que tuvieron las sucesivas revoluciones de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX que fomentaron esa *capacidad de organi-*

zación. Buscar y encontrar héroes en un fenómeno tan complejo como la abolición (véase de nuevo la página 791), reporta tan pocas satisfacciones, en términos intelectuales, como encontrar culpables en el fenómeno de la trata. Además, este tipo de conclusiones resultan un tanto contradictorias con el argumento central de Thomas, la internacionalización del comercio de esclavos. Como demuestra el autor, el tráfico de esclavos fue —y continúa siendo— una empresa internacional, en la que los principales países y regiones europeas participaron de una u otra manera. Aunque sustentada por los intereses económicos, la legitimación del proceso obedecía mucho a uno de los grandes motores de la expansión de la cultura occidental, bien en su faceta católica, bien en su faceta protestante, como ha sido la idea de civilización, algo que queda a la perspicacia del lector. Este ahínco en demostrar la internacionalización, y con ella la complejidad, de la trata, obliga a superar el nivel de los nombres propios y de los héroes particulares al buscar padres de la abolición.

La recurrencia temática de la obra de Thomas —captura/compra, travesía, llegada— se suaviza con los intentos de sistematización, algo apresurados, de la faceta internacional de todo el fenómeno. De un internacional mundo de nombres propios promotores de la trata, pasamos a un internacional mundo de nombres propios abolicionistas. En el medio, casi sin lugar, nos encontramos a los propios africanos esclavos. Los historiadores africanos no llegaron a la cita.

Pedro Carreras López

El fin de la infancia

La infancia dorada, o negra, está en el centro de dos novelas, una norteamericana y otra polaca, y en el arranque –aunque no por ello deje de ejercer un omnipresente influjo sobre la historia total– de una tercera, de autor alemán*, obras las tres que además tienen otros dos puntos en común: por un lado, son de autores prácticamente noveles (*La Saskiada* es la segunda novela de Brian Hall y la primera publicada en castellano; Tomek Tryzna es guionista de cine y *Niña Nadie* representa su estreno literario, y Bernhard Schlink, antes de *El lector*, había incursionado exclusivamente en el género policiaco), y por otro, se mueven o apuntan a contextos históricos específicos, y bien significativos, de esta última mitad de siglo: el nazismo (*El lector*), las postrimerías del comunismo en Europa oriental (*Niña Nadie*) y los intentos *hippies* de fundar una vida comunitaria al margen de la sociedad establecida en los Estados Unidos de los años 60 y 70 (*La Saskiada*). Finalmente, las tres pretenden ser un ajuste de cuentas con las generaciones implicadas en los respectivos períodos.

Tanto *La Saskiada* como *Niña Nadie* son novelas de crecimiento o iniciación. La primera, en sentido estricto, por un par de razones, más allá de su contenido manifiesto: ante todo, el final abierto, con Saskia, la protagonista de 13 años, en condiciones ya de hacer suyos los versos de Cavafis citados por Hall (como epígrafe de la quinta y última parte del libro, aunque todo él, en realidad, es ilustración de un único poema de Cavafis, *Ítaca*, y fragmentos de éste son pórticos igualmente de las partes precedentes): «Y aunque te parezca pobre, Ítaca no te ha defraudado./Con el saber que has conseguido, con tan gran experiencia,/seguramente habrás comprendido ya para entonces/cuál es el significado de las Ítacas». Y en segundo término, el propio desarrollo del relato, gracias al cual vemos desplegarse nítidamente, como un paisaje, las distintas etapas del largo viaje espiritual de Saskia (dentro de éste, hay uno real, vigorosamente contado, de Nueva York al Ártico), con el ahondamiento minucioso en sus esperanzas, sus desasosiegos y desgarramientos, hasta el descubri-

* *Brian Hall,* La Saskiada, *trad. de Javier Calzada, Barcelona, Anagrama, 1998, pp. 464. Tomek Tryzna,* Niña Nadie, *trad. de Agata Orseszek, Barcelona, Anagrama, 1998, pp. 336. Bernhard Schlink,* El lector, *trad. de Joan Parra Contreras, Barcelona, Anagrama, 1997, pp. 208.*

miento de la soledad final, la caída de los dioses y la perspectiva, terrible pero fortificadora, de un segundo nacimiento. En este sentido, Saskia se nos hace tan real –y casi tan atractiva– como el Holden Caulfield de *El guardián entre el centeno*, de Salinger, lo que no es poco decir. Incluso el libro se cierra con las andanzas, muy salingerianas, de la heroína por una ciudad de Nueva York no menos siniestra que la de aquella clásica novela de aprendizaje de la década de los 50: «...Porque si es capaz de pasar en silencio por delante de todas esas personas recostadas en los portales, que dormitan en el estupor del hambre sobre unos trozos de cartón, seguramente nadie le pedirá cuentas por tirar papeles al suelo».

En cambio, el autor de *Niña Nadie* no pretende llegar tan lejos, ni literal ni literariamente hablando. En el primer caso, el aprendizaje se frustra, se interrumpe con la muerte trágica: la novela queda cerrada. En el segundo, más que con la construcción compleja de personajes –sobre todo de Marysia, la protagonista de 15 años–, nos encontramos casi con la deducción lógica de los mismos a partir de caracterizaciones más o menos simbólicas. Así, la propia Marysia, la *niña nadie*, vendría a encarnar la Inocencia; Kasia, la primera de las dos amigas con las que recorrerá el camino de iniciación, el Bien, aunque no despojado de cierta inquietante ambigüedad; y Ewa –el nombre lo dice todo–, el Mal a secas. Más aún, un segundo nivel de lectura nos devuelve a Marysia quizá como el velado símbolo de una Polonia que no se decide a internarse por un camino propio –la novela fue concluida en 1988, según consta a pie de texto–, por aquel «sendero de las sorpresas», «el más corto o el más largo», «el más maravilloso o el más terrible», según le propone a la heroína el ángel, o el demonio, de sus fantasías. Con lo cual no resulta extraño que la literatura, aquí, quede en cierto modo desplazada por un interés preponderantemente moral y político –urgencias comprensibles hasta cierto punto, dado lo explosivo de la situación polaca entonces y ahora–, operación que, por lo demás, quizá se haya visto favorecida involuntariamente por el oficio de guionista del autor, quien apenas parece poder sustraerse a la tentación de tratar su material novelístico como un guión cinematográfico. Esto y el simbolismo fácil ya aludido son los puntos débiles de *Niña Nadie*.

Sin embargo, lo que la novela pierde literariamente lo gana como documento de real interés sobre los últimos días del comunismo polaco –y de la Europa del Este en general– y los primeros del capitalismo desaforado en que aquél acabó, con los mismos de siempre llenándose los

bolsillos, se llamasen comunistas o renegasen hábilmente a tiempo de la inconveniente denominación. Como asimismo lo es por añadidura *La Saskiada,* en su intento de recapturar para la memoria la *época prodigiosa* de las comunas alternativas, el taoísmo, el LSD o el incipiente ecologismo, cuando cambiar la vida era algo de lo más razonable, aunque también, como se revelaría a la postre, a contracorriente de la tendencia histórica dominante y peligroso. Sus páginas están llenas de preciosos testimonios, y precisos diagnósticos, en este sentido: «Estaba escrito: el Paraíso sería violado, el Hombre caería» (p. 217); o «Siempre hubo muchos alquimistas que se volvieron locos, movidos por un impulso hacia la perfección que este mundo pecador no tolera» (p. 380); o, citando tácitamente el famoso poema *Aullido,* de Ginsberg: «Vi cómo la locura destruía los mejores espíritus de mi generación...» (p. 210). Así y todo, como lo sugiere uno de los personajes, la experiencia valió la pena: «Eran otros tiempos, un tanto salvajes. La vida se ha hecho muy aburrida desde entonces».

Por su parte, *El lector* no es un relato sobre el fin de la infancia, pero empieza en este punto, cuando el adolescente Michael Berg se despide de su inocencia entre los brazos de una modesta revisora de tranvías de 36 años. Aquí, el viaje a Ítaca será permutado por un viaje a los infiernos, a partir del momento en que el protagonista, ya adulto, descubra que aquella mujer, a la que había amado de verdad, había sido guardiana en los campos de exterminio nazis. Un viaje que es la metáfora perfecta del que tantos alemanes felizmente instalados en sus Ítacas particulares, sobre todo los de la generación del autor (1944), tuvieron que hacer, al caer en la sospecha de que la isla maravillosa no era tal; que, con toda probabilidad, habitaban entre monstruos. Estos monstruos, padres o abuelos, son la Hanna Schmitz del relato, y, así, el viaje se presenta de antemano como una aventura condenada al fracaso, aunque insoslayable. La propia novela es el testimonio de esta patética imposibilidad. De ahí el sabor amargo, la callada conmoción que recorre sus páginas. Como constata el narrador: «Quería comprender y al mismo tiempo condenar el crimen de Hanna. Pero su crimen era demasiado terrible. Cuando intentaba comprenderlo, tenía la sensación de no estar condenándolo como se merecía. Cuando lo condenaba como se merecía, no quedaba espacio para la comprensión [...] Quería tener sitio en mi interior para ambas cosas: la comprensión y la condena. Pero las dos cosas al mismo tiempo no podían ser».

Ricardo Dessau

Heidegger en su laberinto

Ernst Nolte, buen conocedor de nuestro siglo (cf. *El fascismo en su tiempo, La guerra civil europea*) examina ahora al inevitable Heidegger*. Notoriamente, su estímulo es el variable apaleo propinado, en su momento, por Hugo Ott y Víctor Farías, quienes retrataron al filósofo de Freiburg como insanablemente nazi, antes y después del nazismo. Nolte, por paradoja, con cuidadoso recorrido por esa biografía, heideggeriana, casi toda ella libresca, intenta matizar y reducir aquella requisitoria, pero consigue el propósito contrario, lo cual prueba la excelencia de su trabajo: mostrar a Heidegger como mezquino, falaz y cutre, un nazi vergonzante que no se compromete demasiado ni se decide nunca a reexaminar su paso por el nazismo.

Desde luego, un pensador tan rico y crucial como Heidegger no puede ser reducido. No tanto porque no se deba, sino porque se resiste a cualquier simplificación. Tampoco hemos de creer en toda su aparente complejidad. Hay en él, a menudo, pleonasmos, charlatanería, torturas lingüísticas y tartamudez intelectual. En parte porque se llevaba mal con su amada lengua alemana y la maltrataba en privado, aunque exhibiendo los resultados en público (tema para psicoanalistas: el maltrato de la amada que es, de paso, la lengua materna, la madre y el apéndice lingual). En parte porque en ese cruce de caminos se representa uno de sus dramas mayores: el intento de encaminarse a un recuperado origen por medio de la palabra, siendo que ésta no hace más que alejarnos del origen y producir incontables escisiones cuanto más la usamos y/o nos dejamos usar por ella, como las escobas del aprendiz de brujo. De ahí lo embrollado de la elocución heideggeriana y la necesidad de leerla con su propia clave, que es la trampa en la que se ha metido, o sea, como un ejercicio de revelación y veracidad, es deir, de desocultamiento.

Nolte recuerda, una vez más, la escena de la seducción heideggeriana: un metafísico vestido de campesino bávaro profiriendo unas lecciones hipnóticas e incomprensibles, tras las cuales una juventud sobreviviente de la primera guerra mundial salía fascinada diciendo: «Esto es filosofía de verdad, algo indesci-

* *Ernst Nolte,* Heidegger. Política e historia en su vida y pensamiento, *traducción de Elisa Lucena, Tecnos, Madrid, 1998, 355 pp.*

frable». De alguna manera —y no quiero proponer facilidades— lo que ciertos generales alemanes sentían en presencia de Hitler: hipnosis y desvarío.

De aquí surgen algunas secuelas biográficas del maestro: sus discípulos se apartan de él hasta ser denegados (ejemplos: Gadamer, Marcuse, Arendt, Löwith), y sus derivaciones le resultan irreconocibles, como la antropología existencialista francesa, a la que conviene añadir el psicoanálisis lacaniano, la visión estructural de la historia (Foucault) y la crítica desconstruccionista (de Man, Derrida). Mejor que lo hecho por Heidegger resulta lo que promovió hacer.

Examinada en forma de constante traducción y con insistencia en sus recurrentes obsesiones, como hace Nolte, la filosofía de Heidegger se puede sintetizar en una crítica arrasadora de la modernidad, en tanto ésta ha privado a la verdad de su fundamento ontológico y, en consecuencia, a su conocimiento de todo asidero trascendente, dejando al hombre como ente autofundado y, a la vez, totalmente infundado. El ser se olvida en la dispersión de los entes, cuya totalidad es la historia. Cuanto más devenimos en el tiempo, menos ser tenemos, más lejos estamos de la unidad original. Somos mera apariencia. Dominamos las ciencias, pero ellas sólo dominan a los entes, no al ser, que es dominio de la metafísica y objeto inaprensible de cualquier disciplina, porque el ser heideggeriano coincide con lo segrado: alteridad absoluta que está en todas partes y en ninguna, pleno de un sentido inefable y carente de cualquier significado. La metafísica de Heidegger es, pues, una suerte de teología sin Dios, un deambulaje laberíntico en torno a la perdida construcción primordial en la que se apoyó la teología católica de su juventud.

No es difícil advertir que todo pensamiento rasantemente antimoderno tiene un fuerte componente reaccionario, sobre todo si se le añade cierto énfasis nietzscheano y concluimos que modernizarse es un radical error de la humanidad, desde Sócrates en adelante. Tampoco es difícil armonizar la desesperación por la falta de fundamento con el fundamentalismo (lo vemos en estos días finiseculares). Heidegger, en 1933, creyó que los alemanes recuperaban el oculto ser verdadero del que los habían apartado la democracia y el socialismo, y esa coincidencia óntica llevaba el nombre de Adolf Hitler. La libertad, la elección de la muerte, el apoderarse de ese «cofre de la nada» cuya conquista es el paradójico estímulo de la vida, el correr anticipadamente a la muerte, como hacen los héroes, plenos de su destino, se convirtieron en la agresiva y disciplinada belicosidad

nacional-socialista. Y treinta años más tarde, el viejo Heidegger seguía creyendo que esta ideología antiliberal y antidemocrática era la única alternativa posible al comunismo, a la democracia mundial y a la destrucción tecnológica del planeta, aunque los nazis no hubiesen sabido cumplirla cabalmente (¿por suerte o por desgracia?).

El honorable recorrido de Nolte no sólo revisa a Heidegger y a sus críticos, sino que nos plantea uno de los tantos dolorosos anacronismos del siglo que acaba. Que el máximo metafísico de esta centuria haya sido, a la vez, un enemigo de nuestro tiempo y un admirador pasajeramente entusiasmado del totalitarismo nazi, da que pensar en nuestras propias contradicciones, es decir, en nuestra identidad histórica. Porque Heidegger, mal que le pesara, también era un ente y estaba flotando, perdido y angustiado, en el devenir de los demás entes. Intentó tocar la orilla pensándose como un instrumento del ser pero cada vez que dijo «yo soy» (y lo dijo esquivamente pero siempre) se anotó en un episodio de la historia humana.

Blas Matamoro



Biblioteca de la UNAM, México DF

América en los libros

Culturas prehispánicas de México, Guatemala y Honduras, *María Longhena, México D.F., Monclem, 1998, 292 pp.*

El original de esta obra es italiano; en español se la ha publicado también en Barcelona (Muntaner) en el mismo año. En nuestra lengua estaba haciendo falta una obra de este tipo, con una visión general de esta región arqueológica (Mesoamérica), con grandes ilustraciones en colores y de alta calidad. Esto último bastaría para asegurar a la obra un puesto privilegiado en la docencia universitaria, ya que es imposible estudiar culturas tan distintas de la nuestra (europea occidental) sin exhibir continuamente objetos de su cultura material. El dibujo en las páginas plegadas 28-33 (1,47 m. de ancho total), por ejemplo, es una invalorable reconstrucción del centro de Teotihuacán; hay otra de Copán en páginas 255-258. Las máscaras reproducidas en páginas 14-15 y 16-17 superan incluso el tamaño original.

El texto abarca una «historia de la Mesoamérica precolombina», los temas «Vida cotidiana, arte y religión de los pueblos mesoamericanos» y escogidos «Itinerarios arqueológicos en Centroamérica». Junto a las culturas más conocidas (olmecas, zapotecas, teotihuacanos, mayas, toltecas, mixtecas, huastecas y aztecas), el primer gran capítulo presenta con lujo de detalles también otras del occidente mexicano (Nayarit y Colima con su inconfundible y bellísima cerámica). El segundo gran capítulo abarca todos los temas importantes de la cultura material y no material: la familia, la educación, la alimentación, la vivienda, la ropa, la música y la danza, la artesanía, la guerra, la muerte y la sepultura, la escritura, la astronomía y los calendarios, las divinidades y los cultos, el sacrificio y el autosacrificio, la arquitectura sagrada y el juego de pelota.

Los itinerarios arqueológicos son inmejorables. Reagrupándolos según su ubicación geográfica, para obtener auténticos itinerarios, encontramos lo siguiente: en la actual capital y sus alrededores: Teotihuacán (y su arquitectura impresionantemente sobria), Tula (la legendaria capital de los toltecas), Xochicalco (que floreció al derrumbarse Teotihuacán), Tenochtitlán (la capital azteca en el actual D.F.). y Cacaxtla (importantes murales); en la costa oeste del Golfo de México: El Tajín (también llamada Veracruz, probablemente totonaca); en la costa sur:

La Venta (esculturas colosales olmecas); saliendo de la capital hacia el S.E. (Oaxaca): Monte Albán (en buena parte zapoteca, con sus extraños «danzantes» que no son tales) y Mitla (mixteca con preciosas decoraciones geométricas); más hacia el este: Palenque (Chiapas, lugar famoso por muchas razones pero sobre todo por la tumba de Pacal), Bonampak y Yaxchilán (Alto Usamacinta, frontera con Guatemala, hasta hace poco accesibles solamente por aire); en el norte y centro de Yucatán: Chichén Itza (obras de arte de extilo mixto), Uxmal, Kabáh, Lahná, Sayil y Edzná (extraordinarias muestras del estilo Puuc), además de Dzibilchaltún (lugar cercano a los anteriores pero de estilo algo atípico); en la costa este de Yucatán: Tulum; en el Petén guatemalteco: Tikal (con las pirámides más empinadas del mundo maya) y Uaxactún (semiinvadido por una población campesina actual); en Honduras, finalmente: Copán (uno de los sitios mayas clásicos por excelencia).

Sería difícil exagerar la utilidad de esta obra: excelente tanto para la docencia (por ser altamente legible y sumamente informativa) como para preparar viajes al mundo maya con un trasfondo infinitamente superior al simplemente turístico.

Diccionario de arquitectura mesoamericana, *Paul Giendrop, México D.F., Trillas, 1997, 238 pp.*

Mesoamérica es el nombre que introdujo Kirchhoff en los años '40 para denominar la región ocupada, antes de Colón, por las altas culturas centroamericanas; abarca una buena parte de México (que ya es América del Norte, aunque muchos europeos se resistan a entender esto) y la mitad superior occidental de América Central. La arquitectura mesoamericana, por tanto, es la arquitectura precolombina de alta cultura de dicha región que incluye bastante más que las pirámides aztecas y mayas.

La referencia a la arquitectura, por otra parte, señala claramente la voluntad del autor de estudiar los aspectos técnicos y científicos de la edificación, y no sólo los artísticos que suelen prevalecer en buena parte de la bibliografía. La voluntad de no dejar de lado nada importante, sin embargo, ha llevado al autor y a sus más de 40 colaboradores a incluir contribuciones de ciencias y técnicas muy diversas. Gendrop era arquitecto, muy conocido por sus obras sobre arte mesoamericano; falleció antes de ver publicado este proyecto.

Los términos empleados en otros idiomas no siempre sirven para Mesoamérica; por ejemplo el inglés *balaustrade*, en español *alfarda*. Como es de suponer, tampoco la

traducción de tales términos foráneos pueden prestar mejores servicios. Pero tampoco los términos técnicos correctos sirven de ayuda cuando, haciendo trabajo de campo, se pide a los lugareños información sobre estructuras arqueológicas de la zona, porque éstos emplean términos como cuesillos, teteles, momoxtles, etc., que el arqueólogo a veces no conoce.

Imprescindible para la comprensión cabal de numerosos conceptos es la ilustración que los acompaña: tanto dibujos del autor o de sus colaboradores como de códices indígenas y diversas fuentes científicas. Especialmente valiosas son las síntesis ilustrativas, generalmente de Gendrop mismo, que presentan esquemas de un tema completo, como el de las columnas (p. 57), de las cabezas de dioses (pp. 37-38), de las creterías mayas (p. 64), de los rasgos estilísticos Río Bec (p. 87), del tablero-talud y otros perfiles (pp. 192-193) y muchos más, amén de varios mapas.

Esta obra es una verdadera joya de la investigación y de la información, una obra de consulta imprescindible para científicos y estudiantes, compañera ideal de las lecturas de los *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana* de la UNAM. Por su alcance es, además, la primera obra en su género, sólo parcialmente adelantada por el *Glosario de términos arquitectónicos-Instructivo de cédula para el catálogo de monumentos*, Secretaría del Patrimonio Nacional, México, 1971, y *A Lexicon for Maya Architecture*, de S. Loten y D. Pendergast, Toronto, 1984. Aunque los resultados de hallazgos posteriores permitan mejorarla, su forma actual es excelente, por no decir inobjetable. Sólo resta desearle la difusión que merece.

Rukemik ri Kaqchikel Chi'-Gramática Kaqchikel, *Pedro García Matzar (Lolmay) / José O. Rodríguez Guaján (Pakal B'alam), Guatemala, 1997, 487 pp.*

El kaqchikel forma parte de la amplia familia maya, que abarca más de veinte lenguas; tiene, a su vez, no pocas variantes regionales. Los autores son miembros de sendas asociaciones que se habían propuesto redactar esta obra y que luego, para evitar desperdicio de energías, aunaron sus trabajos. Otro efecto de la unión de esfuerzos ha sido que la gramática no presenta una sola variante regional sino dos (las de sus autores), amén de informaciones substanciales sobre otras dos (las de los revisores) y no pocas referencias a otras cuantas más.

El renacimiento de los estudios lingüísticos mayas en Guatemala no carece de antecedentes (incluyendo los esbozos gramaticales del kaqchikel que ambos autores publicaron a finales de los años 80), pero

no habría sido posible en su forma actual de no haberse llegado antes en Guatemala al Acuerdo sobre Identidad y Derechos de los Pueblos Indígenas (1995) y a la firma de la Paz (1996), logros que han puesto fin a décadas de persecución y muerte.

Sin mencionar la introducción y la bibliografía, la obra consta de tres grandes capítulos sobre fonología, morfología y sintaxis, respectivamente. Todos ellos tratan su materia con mucho detalle (el primero incluye también reglas de escritura), y es de notar que al estudio de la sintaxis se le ha dedicado aquí (de acuerdo con los avances de la lingüística contemporánea) mucho más espacio que ne las obras clásicas y la mayoría de las modernas; incluye, además, varios temas no tratados con anterioridad.

La base empírica ha sido excelente: recopilación, transcripción y análisis de textos, incluyendo diversos tipos entre estos últimos: narrativa, diálogos y rezos. Un detalle curioso y práctico es el empleo de los símbolos numerales mayas (junto con los arábigos) tanto en la paginación como en la división y subdivisión jerárquica del texto. Hubiera sido de desear que lo autores y correctores escribieran con minúsculas los etnónimos y glotónimos: lo hacen con los más habituales («castellano») pero lo olvidan (¿influencia del inglés?) en los menos afincados en la tradición («Kaqchikel») y, a veces, en los más allegados al propio mundo cultural («maya» y «Maya»). Fuera de detalles como el antedicho importa constatar que este libro es, con seguridad, la sistematización de gramática maya más completa publicada hasta el momento.

Gramática del idioma K'iche', *Estanislao A. Ixchajchal Batz / Luis M. Cumez / Candelaria D. López Ixcoy, Antigua (Guatemala), Proyecto Lingüístico Franciscò Marroquín, 1996, 195 pp.*

El k'iche' (cuya grafía más conocida es «quiché», término que sirve asimismo para denominar una importante región guatemalteca) es, como bien se sabe, la lengua del *Popol Vuh*, testimonio fundamentalísimo de la cosmovisión maya. Es asimismo uno de los idiomas mayoritarios de Guatemala: cuenta con cerca de un millón de hablantes. Sin embargo, la única lengua oficial de dicho país es el castellano.

Esta gramática ha sido publicada en el marco del Proyecto que figura como editor y que ha dado a luz toda una serie, pionera en su género, de obras similares. Dicho Proyecto ha publicado asimismo otras obras no directamente gramaticales sino más generales, como la *Introducción a la lingüística - idiomas mayas* de Nora C. England (en coo-

peración con la Editorial Cholsamaj). La doctora England ha intervenido como supervisora de los aspectos lingüísticos de la presente gramática y de otras, tanto de esa serie como ajenas a la misma (por ejemplo, la *Gramática Kaqchikel* de P. García Matzar y J. O. Rodríguez Guaján publicada por Cholsamaj).

Los autores presentan en su Introducción la obra en general, pero comienzan con unos pensamientos de combate en favor de la oficialización de lenguas indígenas tan difundidas como el k'iche' y en contra de la castellanización (educativa) de los hablantes de tales lenguas.

A pesar de su brevedad relativa, la presente gramática estudia en sus tres capítulos (fonología, morfología y sintaxis) todas las estructuras fundamentales de la lengua. Las explicaciones son claras, con la evidente intención de conquistar un público lector amplio, y cada una va a acompañada de los ejemplos necesarios. En una reedición convendría reducir a minúsculas los glotónimos que, quizás por influencias anglicistas, figuran con mayúsculas a lo largo de casi todo el libro.

No queda más que solidarizarse con la invocación religiosa de los autores con la que agradecen «al Corazón del Cielo y Corazón de la Tierra [...] por habernos permitido llevar a feliz término las investigaciones requeridas» (p. 10).

Los mapas de América 2.000 años antes de ser «descubierta», *Dick E. Ibarra Grasso, Buenos Aires, edición del autor, 1997, 197 pp.*

La tesis enunciada en el título puede resumirse de la manera siguiente: en mapas antiguos como el de Ptolomeo figura, al Este de Malaca, una gran península que, tanto por su ubicación como por su forma, puede ser identificada con América del Sur. Ello testimonia un conocimiento de América por parte de navegantes del este y/o sud este de Asia, que llegó bastante deformado a los países de nuestra Antigüedad clásica y de épocas posteriores. La gran península aparece allí unida a la costa del este de Asia, dejando en el medio un mar mucho menor que el Pacífico y que figuraba mucho más grande que el mapamundi del fenicio Marino de Tiro, a quien Ptolomeo cita y critica y que consideraba que el mundo habitado abarcaba 225°. Ptolomeo redujo erróneamente éstos a 180°, eliminando 45° de la parte menos conocida del mundo, con lo cual el Pacífico (ya pequeño en Marino), quedó reducido a 8° 30' y dificultó su identificación posterior.

La posible presencia de América en ese famoso mapamundi ya fue intuida por uno o dos autores previos, pero Ibarra Grasso es quien ha desarrollado por primera vez una verdadera teoría. Sobre todo la ha extendido al estudio de todos los

mapas antiguos que podrían aportar más datos, incluyendo los mapas de la primerísima época de la conquista de América. Un resultado de esta investigación es el mejor entendimiento de lo que Colón iba buscando en su primer viaje.

Sobre Colón trata también la segunda parte del presente libro: Ibarra Grasso, comparando mapas de la época y, muy especialmente, recopilando observaciones concretas que Colón da en su diario de a bordo, concluye que el genovés recorrió en su primer viaje la costa norteamericana desde Florida hasta más o menos la altura de la actual Nueva York. Efectivamente, Colón dice tres veces haber llegado a 42° Norte; es poco menos que imposible que un navegante tan experto cometiera un error inmenso de medición, como suponen sus exegetas habituales. También dice que en esa tierra debía de haber vacas, pues vio varios cráneos de ellas; esto sólo puede referirse a cráneos de bisontes, con cuernos como los vacunos. Muy importantes son los datos que apunta Colón sobre la tierra misma: su flora (distinta de la de La Juana), el clima (algo frío) y las amplias casas de los indígenas (iroquesas, no antillanas).

La interpretación de los detalles de diversos mapas de la época, así como la reconstrucción hipotética de aspectos importantes de la empresa colombina, resultan a veces sumamente discutibles. No así la tesis global recién resumida que se apoya en datos concretísimos. Tampoco parece discutible la presencia deformada de América en mapas precolombinos, y así lo han entendido otros estudiosos (Paul Gallez, Gunnar Thompson, Enrique de Gandía, etc.) que han continuado con éxito la investigación protocartográfica de Ibarra. Éste redondea un tema reproduciendo y analizando cuatro relatos orientales que, sin forzarlos para nada, pueden ser interpretados como de viajes transpacíficos precolombinos.

La agudeza de estas tesis y (en parte) de sus demostraciones compensa con creces el considerable desorden de la exposición. Quien desee adquirir la obra deberá dirigirse probablemente a la dirección particular del autor (Av. Rivadavia 2183 - 63, 1034 Buenos Aires), a menos que alguna distribuidora supranacional la haya tomado a su cargo.

Rostros ocultos de los mayas, *Linda Schele, fotografías de Jorge Pérez de Lara, Impetus Comunicación, 1997, 184 pp.*

Schele, fallecida prematuramente en 1998, es una de las personalidades más importantes de la historia de la mayística. Pérez de Lara es fotógrafo profesional y se ha encargado también de traducir del inglés

los textos de la autora; la lata calidad de la traducción es inusual en alguien que no se dedica profesionalmente a ello; no inusual, pero igualmente alto, es el valor de las ilustraciones fotográficas.

La obra es la mayor selección publicada hasta ahora de figurillas mayas de las principales colecciones no privadas del mundo (6 norteamericanas y 6 mexicanas). Reúne piezas de los lugares más conocidos (aunque no los únicos) de su producción: Jaina (isla de Campeche), Jonuta (Tabasco, junto al río Usumacinta) y Palenque (Chiapas, frontera oeste del mundo maya); el primero es el más famoso por este tipo de piezas. Lamentablemente, en estas zonas no se han realizado excavaciones tendientes a mejorar el conocimiento del Clásico Temprano, cuyos entierros deben contener ofrendas que incluyan terracotas del tipo de las aquí estudiadas. Es por eso que las figurillas de barro analizadas hasta el momento son predominantemente del Clásico Tardío.

No se sabe bien si estas terracotas cumplían solamente una función en el culto (de los antepasados) o si también se las hacía por su valor estético; Schele descarta que la función fuera exclusivamente funeraria. Las piezas representan personajes humanos o sobrenaturales, además de animales, con una intención realista que resulta sumamente útil para reconstruir parcelas importantes de la vida de sus pueblos respectivos.

También el arte monumental (estelas, dinteles y fachadas) contiene figuras similares, y otro tanto puede decirse de las vasijas pintadas, pero las diferencias son igualmente importantes: las figurillas de barro muestran, por ejemplo, una mayor cantidad de personajes femeninos; por otra parte, su tridimensionalidad permite observar los rasgos representados (como la ropa y la cabellera) en todas sus partes. Otras figurillas muestran personajes de distintos estratos sociales, además de sacerdotes y sacerdotisas, jugadores de pelota, enanos (vinculados con el mundo de los muertos), enfermos y hombres disfrazados. El realismo no abarca solamente cuerpos y objetos sino también la expresión de actitudes y sentimientos.

Muchas de estas cerámicas conservan algo de su pintura: blanca, roja y azul. Román Piña Chan, en su Introducción, supone que estos colores eran empleados por su valor simbólico: blanco = norte y muerte, rojo = oriente y vida, y azul = lo divino. El texto de Schele está dividido en capítulos según los temas de las figurillas: mujeres, tejedoras y parteras; hombres mayas; los soldados y la guerra; el juego de pelota; rituales y dramas; enanos y duendes, dioses y seres de la última creación. Concluye con un análisis de «figuras interesantes».

Los comentarios de la autora van hilvanando observaciones profundas y los conocimientos más actualizados sobre la cultura maya. Imposible intentar siquiera resumirlos aquí. Baste con señalar el feliz hecho de que la traducción castellana de la obra ha aparecido casi simultáneamente con el original, en edición igualmente cuidada. Es una lectura imprescindible para todo aquel que se interese por los temas mesoamericanos.

Agustín Seguí

El Evangelio según el Hijo, *Norman Mailer, trad. de Damián Alou, Anagrama, Barcelona, 1998, 208 pp.*

Si el Hijo tiene algo que contar, es porque no está muy de acuerdo con los evangelistas. Ya ocurrió con Saramago, cuyo *Evangelio según Jesucristo* despertó la hostilidad de ciertos círculos de creyentes (y el entusiasmo de otros), y ahora es el turno de Mailer, con la diferencia de que esta vez, seguramente, no habrá tormenta. Su *evangelio*, en efecto, se mantiene dentro de los límites de lo *razonable* –más allá del hecho, irrelevante para el caso, de que también acuda a fuentes apócrifas–, y salvo alguna reprimenda suave («Muchos cristianos creen que todo se ha ganado para ellos... que ya se ganó todo antes de que ellos nacieran») o alguna observación crítica puntual («Se han erigido muchas iglesias en mi nombre y en el de los apóstoles. La más importante y santa recibe el nombre de Pedro; es un lugar de gran esplendor en Roma. En ningún lugar encontraréis más oro»), el objetivo fundamental que persigue es devolver a Jesús su auténtica faz humana, como hijo de María, que los evangelistas descuidaron en tanto y en cuanto pusieron el énfasis en el Hijo de Dios.

Así, el autor nos presenta a Cristo en distintas ocasiones –o más bien deja que se presente él mismo, puesto que los hechos están narrados en primera persona– como un ser sexualmente deseante, o temeroso (de Dios), o dubitativo, o falto de elocuencia, o inseguro de muchas de las promesas que formula o del resultado de muchos milagros que se propone realizar. Y aunque también lo muestre coqueteando con el Diablo o escuchando alguna que otra invectiva de éste contra Dios, esto hay que cargarlo más bien a esa debilidad humana que Mailer pretende subrayar, antes que a un afán de dar una idea de Jesús sustancialmente distinta de la que transmite el Nuevo Testamento. Todo lo cual el autor de *Los desnudos y los muertos* lo hace muy bien, porque por algo lleva cincuenta años de oficio a las espaldas, aunque si recurrimos a las odiosas comparaciones –no hay nada que hacer, están ahí–, el propio Saramago en

primer lugar, Graves (*Rey Jesús*) o Kazantzakis/Scorsese (*La última tentación de Cristo*), cerramos el libro con cierta decepción.

Desde el punto de vista estricto del retrato, no nos basta, por ejemplo, que Jesús declare: «Por fin tuve el poder de mirar a los ojos de Satanás y decir: "No es a ti a quien quiero, sino a mi Padre". Y nada más decirlo, sentí un breve, pero hondo pesar. Acababa de perder algo que deseaba, y lo había perdido para siempre». Hace falta algo más que declaraciones –por lo demás, muchas de ellas, como ésta, ciertamente conmovedoras–, digamos un combate épico como el que sostiene el Cristo de Saramago con el Pastor. Y desde el punto de vista de la evaluación histórica del cristianismo como factor de acercamiento o de distanciamiento entre los hombres, no basta tampoco con señalar sumariamente –con la omnisciencia del Hijo– cosas tales como que «en el último siglo del segundo milenio hubo holocaustos, conflagraciones y plagas peores que en todos los anteriores». Es necesario, por ejemplo, un diálogo tan tremendo como el protagonizado en el *evangelio* saramaguense por Dios, el Diablo y Jesús, donde se pasa revista a todos los desastres del porvenir, entre ellos la Inquisición, y el Hijo pide a Su Padre que los impida, sin lograr convencerlo.

Al fin, tenemos la impresión de que Mailer (o Jesús) se ha quedado corto en relación a lo que prometía desde la primera página: rectificar a los evangelistas. Porque las palabras de éstos «fueron escritas muchos años después de mi muerte, y sólo repiten lo que les contaron los ancianos. Y éstos eran realmente muy viejos. La raíz de verdad que hay en tales historias es tan débil como la de esos arbustos que ruedan arrastrados por el viento». Sin embargo, la rectificación es casi siempre de detalle, y más que de rectificar, se trata de dar cuenta de lo que los Evangelios omitieron, fundamentalmente ese Jesús humano que, en las páginas de la novela, llega por ejemplo a desear a María Magdalena, aunque sin que la cosa pase a mayores. Pasó en el *Evangelio según Jesucristo*, pero esta es otra historia.

R. D.

Poetas contemporáneos de España y América, *José Olivio Jiménez, Madrid, Verbum, 1998, 351 pp.*

Además de propiciar en el año 1998 un reencuentro y un intercambio efectivos, en lo literario y espiritual, de España y de nuesttra América, este nuevo libro de José Olivio Jiménez nos revela, en un solo volumen, su conocimiento y su clarividente discernimiento crítico sobre la poesía hispánica contem-

poránea de ambas orillas del Atlántico. Estos ensayos críticos, publicados a lo largo de más de treinta años en revistas literarias y volúmenes colectivos –a veces de difícil acceso para el lector de poesías– arman una obra unitaria y plena de sentido global, tanto por la cronología de los poetas españoles abordados (Vicente Aleixandre, Juan Gil-Albert, José Hierro, Carlos Bousoño, José Ángel Valente, Jaime Gil de Biedma, Francisco Brines, Claudio Rodríguez, Eladio Cabañero, Félix Grande, Juan Luis Panero, Marcos Ricardo Barnatán, Antonio Colinas, Jaime Siles y Luis Antonio de Villena) como de los americanos (Vallejo, Borges, Eugenio Florit, Dulce María Loynaz, Humberto Díaz Casanueva, Ángel Gaztelu, Gonzalo Rojas, Gastón Baquero, Jorge Enrique Adoum, Héctor A. Murena, Roberto Fernández Retamar, José Carlos Becerra y Hugo Achúgar). Asimismo, la metodología crítica empleada, tan personal como rigurosa, confiere unidad e hilación histórica al estudio de estas figuras indispensables en la poesía hispánica contemporánea.

Se me hace muy oportuna, salvando las distancias cronológicas, la doble dimensión que advierte Cintio Vitier en la crítica literaria de José Martí, tan estimado por él como por Jiménez: señala Vitier en Martí la presencia de una crítica *estudiada*, que manifestaba un proceso de lectura minuciosa, analítica y fecunda, y, simultáneamente, el efecto de una crítica *bienhechora*, por cuanto el héroe y escritor cubano daba cuenta oportunamente, sin la abstracción de las formulaciones científicas, de los principios del quehacer poético y de los logros de cada obra abordada (es decir, la valoración, que es tarea esencial del crítico y que muchas veces, por incompetencia o temor, no se ejerce, a cambio de un mero descriptivismo con un empaque de discurso técnico). Y, a propósito de esa crítica bienhechora, apunta Vitier cómo Martí aprovechaba de la poesía su más alto magisterio: la revelación de la condición humana en cada individuo y en cada época histórica.

Esto, de una manera también personalísima y sobre otros autores más cercanos, es lo que viene ejerciendo José Olivio Jiménez en su dilatada carrera, como se evidencia en este libro tan representativo de su honesta y luminosa labor. Sorprende (y no me resisto a subrayarlo en el corto espacio de estas líneas) la sabia consustanciación entre el rigor científico y la profunda resonancia que la poesía de autores tan diversos ha producido en la aguda sensibilidad del crítico y, gracias a él, de sus lectores. Y por haber trabajado sobre tantos autores más o menos coetáneos (muchas veces afines en su cosmovisión y expresión poéticas), sorprende también que, en medio de tantas seme-

janzas, haya perfilado nítidamente la individualidad esencial de cada uno: a la luz de estos escrupulosos ensayos el lector percibe de continuo la singularidad poética de Bousoño frente a Hierro o Brines; de Humberto Díaz Casanueva frente a su compatriota Gonzalo Rojas. El lector español ya no tiene excusa para desconocer a tantos poetas hispanoamericanos esenciales.

Carlos Javier Morales

Trilogía sucia de La Habana, *Pedro Juan Gutiérrez, Anagrama, Barcelona, 1998, 359 pp.*

Son muchos los escritores cubanos que, de una forma u otra, nos han ofrecido páginas críticas de Cuba (Lezama Lima, Carpentier, Cabrera Infante, Severo Sarduy, Reinaldo Arenas, Zoé Valdés, Eliseo Alberto...) pero nadie lo ha heho con la contundencia, dureza y radicalidad de Pedro Juan Gutiérrez que, en esta *Trilogía sucia de La Habana*, integra tres libros de relatos centrados en la crisis cubana de los 90 y que constituyen una imagen de la realidad de la isla vista desde lo sucio, lo extremado, lo feo, lo marginal, lo brutal, lo violento, lo soez, lo inmoral y lo excrementicio, en un afán de poner de manifiesto el rechazo hacia una forma de gobierno que vulnera los derechos más básicos del hombre. Un descenso a los infiernos realizado con una familiaridad y facilidad que ponen de manifiesto que lo que aquí se cuenta no por extremo deja de ser algo cotidiano para este escritor cubano que no duda en identificarse con el hilo conductor de estos relatos. Protagonista y autor se llaman del mismo modo, ambos viven en La Habana, en el mismo barrio, son escritores y han desempeñado diversos oficios. Nos encontramos ante una radiografía de un momento histórico muy delicado y una autobiografía a la que da pleno sentido la elección de una primera persona llena de rabia, ironía y nostalgia. El propio autor explica la elección de este tono corrosivo, ácido y crudo porque «en tiempos desgarradores no se puede escribir suavemente». De ahí que a este escritor no le interese ni «lo decorativo, ni lo hermoso, ni lo dulce, ni lo delicioso».

Sobre esta Habana arrasada por el caos, «por el salitre, los vientos y el maltrato», planean obsesivamente el paro, el juego clandestino, la venta ilegal de mariguana, la miseria, los balseros deseosos de llegar a Miami, la posesión de dólares, la hambruna «que avanzaba al galope»... Allan Ginsberg, Bukowski, Lezama, Rimbaud, Nicanor Parra, Sebastián Salgado... son algunas de las citas que ayudan a entender esta escritura corrosiva que tiene como objetivo «pinchar un poco y obligar

a otros a oler la mierda», porque «el arte sólo sirve para algo si es irreverente y atormentado [...], sólo un arte irritado, indecente, violento, grosero, puede mostrarnos la otra cara del mundo». Resulta, por tanto, coherente, que no nos encontremos en estas páginas más que con antihéroes y personajes marginales, que sólo tratan de sobrevivir día a día, en un espacio, La Habana, que permite las siguientes opciones: endurecerse, volverse loco o suicidarse. Sexo, ron y música, serán las alternativas que aliviarán los estragos que la miseria está causando en los cubanos. A pesar de esta visión desencantada de la Cuba castrista, un profundo vitalismo se desprende de estos relatos. Hay una apuesta por la vida porque «un hombre puede ser destruido pero no derrotado». En este sentido la función del sexo como liberador de tensiones, como posibilidad de comunicación y huida de la cruda realidad, merece ser destacada. Un sexo hiperbólico y omnipresente, directo y nada escrupuloso, entendido como pura fisicalidad porque, como se afirma en uno de los relatos, «si sólo es ternura y espiritualidad etérea entonces se queda en una parodia estéril de lo que pudo ser». Lo único que escapa a esta visión escatológica es la poetización del paisaje cubano, bálsamo en una prosa descarnada, directa y con un acento muy personal, reveladora de un desbordante optimismo, a pesar de que la vida «no alcanza para vivirla y comprenderla», eso sí desde la certidumbre de que, irremediablemente, Cuba es el paraíso perdido.

Milagros Sánchez Arnosi

Una historia personal, *Katharine Graham, traducción de José Manuel Calvo Roy y María Luisa Rodríguez Tapia, Alianza, Madrid, 1998, 533 pp.*

Hija de un influyente magnate y de una Egeria de los años locos (que casi vuelve loco a Thomas Mann en su exilio norteamericano), dueña, en su momento, del *Washington Post* y del *Times Herald*, emisoras de radio y televisión, mansiones urbanas y rurales, colecciones de obras de arte y cuanto gústese pedir, la autora nos ofrece unas memorias en plena setentena. Desde luego, no hay personaje mediático, económico y político (tres categorías coincidentes, de ahí la reiteración esdrújula) que Missis Graham no haya frecuentado, con quienes no haya conversado, viajado, cenado o bailado. Y, en general, el libro tiene un amable tono de eco social entre gente elegante de la *café society* de Nueva Inglaterra.

La guerra mundial, el macartismo, las promesas de Kennedy y su asesinato, la guerra de Vietnam, el asunto Watergate (que ocurrió en el *Washington Post,* precisamente)

pasan en narración rápida y fluida, a través de una memoria implacable pero exenta de patetismo, donde todo se ha vuelto ligero e inocuo. Tal vez sea su mejor mérito literario, aunque también su mayor defecto como libro de memorias.

La memoria personal es, en parte, biografía privada (amores, hijos, abortos, episodios psiquiátricos, negocios, alcoholismo, vestidos de Patou, conciertos de Serkin y cuadros de Renoir) pero, cuando se trata de gente notoria que apenas si se ha visto con otra gente que no fuera notoria, pasa una época. Y esto es lo que falta en el libro de Missis Graham. A veces se tiene la sensación de que el biberón del hijo pequeño pesa tanto como la bomba sobre Hiroshima. Y así será, tal vez, en el corazón de la madre del hijo pequeño (no de las madres de Hiroshima, desde luego).

Graham ha resuelto uno de los problemas acuciantes de nuestra identidad (el cuento de nuestro pasado, la forma que ha adquirido nuestra vida al pasar) con astucia y, en definitiva, con cierta moraleja: el pasado no preocupa, ha pasado para siempre.

B. M.

El fondo de la maleta

Un fin de siglo

Nos hemos puesto melancólicos en este año de 1999. Lo señalamos como fin de siglo, lo cual es una obviedad y una opción. Parece interesarnos menos la llegada de lo que viene que la despedida de lo que se va.

Con su Guerra de los Treinta y Un Años, como Eric Hobsbawn denomina a la prolongada matanza mundial que va desde Sarajevo a Hiroshima (1914-1945), este siglo que se acaba resulta el más tanático de la historia. No hubo antes otra guerra de tamaña extensión mortífera.

Pero, muertos aparte, también le cabe al siglo el título de ser el más erótico. Nunca el planeta cobijó a tantos habitantes con tan larga extensión de vida. Siguen siendo escandalosas las estadísticas sobre hambrunas y pestilencias, pero el balance es favorable a la especie que, más allá de guerras titánicas, parece más arraigada a la vida que nunca. Eros y Tánatos, la infernal pareja del Tiempo, no pueden estar juntos ni separados: su ósmosis da carne, hueso y ceniza a la historia.

Lo de finisecular connota extenuación, delicuescencia y agobio. Estamos al final, con pocas fuerzas y una carga excesiva. En compensación, nos halaga pensar que los tiempos terminales fueron, con frecuencia, ricos en intensidad y creación. Quizá nos falte perspectiva para saber si la costumbre se repite en este final de siglo, de milenio y de década. Lo cierto es que la memoria objetiva y la capacidad informativa de la humanidad llegan, en estos días, a sus cotas más altas. No menos cierto es que, muy a menudo, la información es el precio que paga la cesación del saber, conforme la figura de T. S. Eliot.

¿Y si prescindiéramos de la manía occidental de encuadrar el paso del tiempo en unidades regulares y dejáramos de lado el fin de siglo? Los números cuadran mal a estos cien años que, en rigor, empezaron con el hundimiento del *Titanic* y acabaron con la caída del muro de Berlín. Dos catástrofes, dos advertencias: 1912 y 1989. «No hay que confiarse en las predicciones» parecen decir ambos eventos. Ni el tiempo admite moldes de almanaque ni la vida responde a leyes codificadas de antemano. Por otra parte, la calidad del tiempo depende de las zonas históricas. El siglo XV, con los turcos en Constantinopla, los españoles en América y los portugueses en la India, conmovió la Ecumene europea e incorporó nuevas tierras al comercio mundial de ideas, metales y

baratijas. Pero ¿se conmovieron igualmente el emperador de la China, los lamas del Tibet y el sultán de Borneo? ¿Acabó para ellos la penumbrosa Edad Media y se les encendieron las luces del humanismo? Sabemos que la cuenta termina, sigue y recomienza. Quisiéramos saber qué termina, que sigue y qué recomienza. Entre tanto, el deber oscuro que cumplimos es domesticar a ese borgiano tigre que nos devora, el tiempo que somos.



Mies van der Rohe: Neue National Galerie, Berlín

Colaboradores

CARLOS ALFIERI: Periodista argentino (Madrid).
MANUEL BLANCO: Arquitecto español (Madrid).
PEDRO CARRERAS LÓPEZ: Hispanoamericanista español (Madrid).
VICTORIANO COLODRÓN: Bibliotecólogo español (Madrid).
RICARDO DESSAU: Periodista y crítico argentino (Madrid).
MARÍA DEL CARMEN DÍEZ HOYO: Directora de la Biblioteca Hispánica (Madrid).
JORDI DOCE: Poeta y crítico español (Oxford).
INMACULADA GARCÍA: Licenciada en letras (Madrid).
PILAR IRURETA GOYENA: Bibliotecóloga española (Madrid).
JORDI GRACIA: Crítico y ensayista español (Universidad Central de Barcelona).
CARLOS JAVIER MORALES: Poeta y crítico español (Logroño).
MARTA PORTAL: Novelista y ensayista española (Madrid).
FERNANDO SAVATER: Filósofo, novelista y dramaturgo español (Madrid).
MILAGROS SÁNCHEZ ARNOSI: Crítica española (Madrid)
JUAN JOSÉ SEBRELI: Ensayista e historiador argentino (Buenos Aires).
AGUSTÍN SEGUÍ: Historiador argentino (Universidad de Saarlandes).
SAMUEL SERRANO: Licenciado en letras (Madrid).
ADOLFO SOTELO VÁZQUEZ: Ensayista y crítico español (Universidad Central de Barcelona).



N.º 59 (Noviembre-Diciembre 1998)

EN EL RICON DE UN QUICIO OSCURO
Sergio Ramírez

NOTAS DE LECTURA
George Steiner, Alejandro Katz, Sealtiel Alatriste,
Edgardo Oviedo, Pierre Lévy,
Armando Petrucci

EL CAMBIO DE IDENTIDAD
Edward Said

Felipe Hernández Cava • Victoria Camps • Arthur Koestler
Javier Alfaya • Soledad Puértolas
Adolfo García Ortega • Carlos Alvarez-Ude
Julio Neira • Jorge Volpi • Juan Villoro
Manuel López Blázquez

Suscripción 6 números:

España:		4.800 ptas.
Europa:	correo ordinario	5.500 ptas.
	correo aéreo	7.100 ptas.
América:	correo aéreo	7.500 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:
Monte Esquinza, 30 2.º dcha.
Tel.: 91 310 43 13 - Fax: 91 319 45 85 - 28010 Madrid
e-mail: fpi@ctasa.es



Colección Antología del pensamiento político, social y económico de América Latina

Dirigida por Juan Maestre Alfonso, con la colaboración de AIETI

TÍTULO	P.V.P.	P.V.P. + IVA
1. JUAN BAUTISTA ALBERDI Edición de **Aníbal Iturrieta y Eva García Román** 1988. 159 páginas. Rústica	1.100	1.166
2. JOSÉ MARTÍ Edición, selección y notas de **María Luisa Laviana Cuetos** 1988. 116 páginas. Rústica	1.100	1.166
3. VÍCTOR R. HAYA DE LA TORRE Edición de **Milda Rivarola y Pedro Planas** 1988. 167 páginas. Rústica	1.100	1.166
4. JOSÉ CARLOS MARIATEGUI Edición de **Juan Marchena** 1988. 122 páginas. Rústica	1.100	1.166
5. ERNESTO «CHE» GUEVARA Edición de **Juan Maestre** 1988. 168 páginas. Rústica	1.100	1.166
6. JOSÉ VASCONCELOS Edición de **Juan Maestre** 1988. 168 páginas. Rústica	1.100	1.166

Edita:

AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL

Ediciones Cultura Hispánica

Avda. de los Reyes Católicos, 4. 28040 MADRID

Tel. 91 583 83 08


EDICIONES DE
CULTURA HISPANICA

LOS ÍNDICES DE «CUADERNOS HISPANOAMERICANOS» EN CD-ROM

Con motivo de cumplir cincuenta años de edición ininterrumpida, *Cuadernos Hispanoamericanos* ha editado sus índices en CD-ROM. A lo largo de este medio siglo la revista ha publicado cerca de cien mil páginas de texto que han dado lugar a unas catorce mil entradas. Por ellas, quien consulte el citado CD-ROM podrá acceder a los autores de los artículos, los mencionados en ellos, las materias que tratan y las fechas de publicación, con los cruces que prefiera efectuar durante la consulta.

Este CD-ROM es un instrumento indispensable para manejar la colección de la revista, cuyo volumen y diversidad temática resultan inaccesibles o de muy difícil acceso por otros medios. También es un precioso material de trabajo para los investigadores de las distintas disciplinas de las que se ha ocupado la revista entre 1948 y 1997.

Los índices así informatizados serán remitidos gratuitamente a los suscriptores y a quienes mantienen canje con *Cuadernos Hispanoamericanos*. También se podrán adquirir mediante cheque bancario a la orden de Admón. General de la AECI, remitido al administrador de la revista, en Reyes Católicos, 4. 28040 Madrid. El precio del CD-ROM es de mil pesetas dentro de España y diez dólares fuera de ella.

Próximamente:

Dossier:
Humboldt en América

Octavio Paz-Charles Tomlinson
La poesía Inglesa

Juan Antonio Masoliver
Antonio Machado: las voces traicionadas

Centenario de Balzac

Entrevistas con Miguel Herrero de Miñón, Rafael Argullol y Griselda Gámbaro



AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL

